





SEGUNDA PARTE.

I

Al día siguiente llegó al colmo mi desesperacion al ver á Edmunda más que nunca fria conmigo. M. de la Marche no habia venido y crei observar que el abate habia estado en su casa, y hablaba á Edmunda del resultado de su conferencia. Por lo demás, ambos estuvieron enteramente tranquilos, y devoré en silencio mi inquietud, pues no logré hallarme á solas con Edmunda ni un instante.

Por la tarde fui á pié á casa de Mr. de la Marche. No sé lo que queria decirle. Me hallaba en un estado de desesperacion que me

impelia á obrar sin objeto y sin plan. Supe que habia dejado á Paris. Volví á casa y hallé á mi tio muy triste. Al verme frunció el ceño, y despues de haberme dirigido cuatro palabras indiferentes y forzadas, me dejó con el abate, quien á pesar de haber intentado hacerme hablar, no obtuvo mejor resultado la vispera.

Por espacio de muchos dias busqué la ocasion de hablar á Edmunda, pero supo evitarla constantemente.

Hacíanse á la sazón los preparativos de marcha para San Severo; pero ella no mostraba tristeza ni alegría. Me resolví á deslizar entre las hojas de su libro dos líneas pidiéndole una entrevista. A los cinco minutos recibí la respuesta siguiente:

«A nada conduciria una entrevista; vos insistís en vuestra falta de delicadeza; yo perseveraré en mi lealtad. Una conciencia recta no sabe faltar á su juramento. He jurado no ser de otro sino de vos y no me casaré; pero no he jurado ser vuestra á costa de todo. Si continuais siendo indigno de mi estimacion sabré permanecer libre. Mi pobre padre declina hácia el sepulcro; un convento será mi asilo cuando se rompa el único lazo que me une á la sociedad.»

De nada me sirvió haber cumplido las con-

diciones impuestas por Edmunda, porque por toda recompensa me prescribía que las rompiera. Hallábame, pues, en el mismo estado que el día de su conversacion con el abate.

Pasé el resto de aquel día encerrado en mi cuarto; durante toda la noche ni hice más que pasearme con agitacion, y ni aún traté de dormir. No os diré cuáles fueron mis reflexiones, pero sí que no fueron indignas de un hombre de bien.

Al rayar el día fuí á casa de Lafayette, proporcionándome los papeles necesarios para salir de Francia.

Me dijo que pasara á esperarle en España, donde debía embarcarse para los Estados-Unidos. Volví á mi casa para recoger los efectos y el dinero indispensable al más modesto viajero.

Dejé escrita una carta á mi tío, diciéndole que no se inquietara por mi ausencia, y que dentro de breves días le daría en otra más estensa las esplicaciones necesarias, y suplicándole por último que no me juzgase hasta entónces y que entretanto viviera persuadido de que sus bondades no se borrarían jamás de mi corazón.

Partí antes que nadie se levantara en la casa, temiendo que me abandonase mi resolucion á la menor señal de amistad, pues cono-

cia que habia abusado del afecto demasiado generoso que me profesaban.

No pude pasar por delante de la habitacion de Edmunda sin aplicar mis lábios á la cerradura; despues, ocultando mi cabeza en mis manos, eché á correr como un loco, y no paré hasta el otro lado de los Pirineos.

Allí tomé algun descanso y escribí á Edmunda que estaba libre y que no contrariaria ninguna de sus resoluciones, pero que me era imposible ser testigo del triunfo de mi rival.

Tenia yo la íntima persuacion de que ella le amaba, y estaba resuelto á sofocar mi amor prometiendo más de lo que podia cumplir, si bien los primeros efectos del orgullo herido me daban confianza en mí mismo.

Escribi tambien á mi tio para decirle que no me creeria digno de los ilimitados favores que me habia hecho mientras que no ganase mis espuelas de caballero. Hablábale de mis esperanzas de gloria y de fortuna guerrera con toda la sencillez de mi orgullo, y como suponía con razon que Edmunda leeria esta carta, afectaba una alegría sin turbacion y un entusiasmo sin pesar. No sabia si mi tio tenia conocimiento de los verdaderos motivos de mi partida, pero mi orgullo no pudo resignarse á confesárselos.

Lo mismo me sucedia respecto del abate á

quien escribí una larga carta llena de frases, en las que le espresaba mi gratitud y mi afecto.

Terminaba suplicando á mi tío que no hiciese ningun gasto por mi causa en el castillo de Mauprat, asegurándole que jamás podría resolverme á habitarlo, y que considerase el feudo rescatado por él como propiedad de su hija. Pedíale solamente que se sirviera anticiparme dos á tres años de la renta que me correspondia, á fin de poder sufragar los gastos de mi pasage, y no hacer onerosa al noble Lafayette mi adhesion á la causa americana.

Todos quedaron satisfechos de mi conducta y de mis cartas, pues al llegar á las costas de España, recibí una carta de mi tío, en la que, contestándome á la mia, me daba su bendicion paternal, reconviniéndome solamente por haberme marchado sin despedirme de nadie; en esta carta me aseguraba por su honor que jamás tomaria Edmunda el feudo de la Roca de Mauprat y me enviaba una suma considerable sin tocar á mis rentas futuras.

El abate me hacia las mismas protestas y amistosas reconvenciones, pero dejábase conocer fácilmente que preferia el reposo de Edmunda á mi felicidad y que experimentaba una verdadera alegría con mi partida. Sin em-

bargo, me amaba, y esta amistad se espresaba de una manera tierna é interesante al través de la satisfaccion cruel de que aparecia mezclada.

Envidiaba mi suerte, mostrábase entusiasta por la causa de la independenciam y me decia que más de una vez habia estado tentado por ahorcar los hábitos y tomar el mosquete; pero conociase desde luego que todo esto no era más que una pueril afectacion de su parte, pues su natural tímido y dulce revelaba siempre al sacerdote, por más que se encubriera con la capa de la filosofía.

Entre estas dos cartas hallé un billete estrecho y sin sobrescrito como si se hubiera introducido allí furtivamente, que conocí ser de la única persona que me interesaba realmente en el mundo, pero no tenia valor para abrirlo.

Largo rato anduve por la playa dando vueltas á este papel con mano trémula, temiendo perder, al leerlo, la especie de calma desesperada que sentia, y más que todo, hallar entre las frases de gratitud y de una alegría entusiasta otro amor satisfecho. ¿Qué puede escribirme? decia en mi interior; ¿por qué me escribe? No quiero su compasion y mucho menos su agradecimiento.

Estuve tentado por arrojar este billete al

mar, y hasta hubo vez que levanté el brazo para verificarlo; pero lo estreché inmediatamente contra mi corazón y lo tuve así largo rato guardado, como si hubiese creído en esa vista oculta de los partidarios del magnetismo, que pretenden leer con los órganos de la mente y del sentimiento, tan bien como con los ojos.

En fin me decidí á romper el lema y leí estas palabras:

«Has hecho bien, Bernardo; pero no te lo agradezco, porque voy á sufrir con tu ausencia más de lo que puedo decir. Marcha, sin embargo, donde tu honor y el amor de la santa verdad te llaman; mis votos y mis plegarias te seguirán á todas partes. Vuelve cuando cumplas tu mision; no me hallarás casada ni religiosa.»

En este billete me incluía la sortija de cornelina que me habia cedido durante mi enfermedad, y que yo le devolvi al regresar de París.

Mandé hacer una cajita de oro donde guardé el billete y esta sortija, y que coloqué junto á mi corazón como un escapulario.

Lafayette, detenido en Francia por orden del gobierno, que se oponia á su expedicion, vino pronto á unirse á nosotros, despues de haberse evadido de la prision. Yo habia tenido

tiempo de hacer mis preparativos, y me hice á la vela, lleno de tristeza, de ambicion y de esperanza.

Dispensadme que omita la narracion de la guerra de América, pues quiero separar todo lo que tenga relacion con mi existencia de los hechos de su historia; pero permitidme tambien que suprima aquí mis aventuras personales, porque forman en mi memoria un capítulo aparte, en que Edmunda representa el papel de una Madona constantemente invocada, pero invisible; y no puedo creer que tomeis el menor interés por oír los incidentes de una gran parte de narracion, en la que no aparezca absolutamente esa figura angelical, única digna de ocupar vuestra atencion, en primer lugar por ella misma, y despues por la accion que sobre mí ejercia.

Os diré solamente que desde los grados inferiores, alegremente aceptados por mí al principio en el ejército de Washington, logré por rigorosa escala, pero rápidamente el grado de oficial. Mi educacion militar fué pronta, porque en esto, como en todo lo que emprendí durante mi vida, desplegué la mayor aplicacion, y con una voluntad de hierro triunfé de las dificultades.

Obtuve la confianza de mis ilustres gefes. Mi escelente constitucion me hacia propio

para las fatigas de la guerra, y aún mis antiguas costumbres de bandido me sirvieron de mucho, pues soportaba los reveses con una calma que no tenía ninguno de los jóvenes franceses que desembarcaron conmigo, cualquiera que fuese su denuedo y bizarría. Mi valor fué frío y tenaz no sin gran sorpresa de nuestros aliados, que más de una vez sospecharon de mi origen al ver cuán pronto me familiarizaba con los bosques, y lo bien que luchaba en astucia y desconfianza con los salvajes que frecuentemente nos molestaban en nuestras maniobras.

A pesar de mis continuas marchas y de los trabajos inherentes á ellas, tuve la felicidad de poder cultivar mi espíritu con la intimidad de un jóven de mérito que la Providencia me deparó por compañero y amigo. El amor á las ciencias naturales le había llevado á nuestra expedicion, en la que se portó siempre como buen militar, pero era fácil conocer que la simpatia política no jugaba en su resolucion más que un papel secundario. Ningun deseo tenía de adelantar en la carrera y era poco apto para los estudios estratégicos. Su herbario y sus observaciones zoológicas le ocupaban mucho más que el éxito de la guerra y el triunfo de la libertad. Se batía como el primero cuando llegaba la ocasion, para no

merecer nunca la reconvencion de cobarde; pero hasta la víspera del combate parecia ignorar que se tratase de otra cosa que de una escursion cientifica en las sábanas del nuevo mundo.

Su maleta estaba siempre llena, no de dinero, ni de alhajas, sino de muestras de historia natural; y mientras que acostados sobre la yerba, estábamos atentos al menor rumor que pudiera revelarnos la aproximacion del enemigo, él permaneciò absorto en el análisis de una planta ó de un insecto.

Era este jóven admirable bajo todos conceptos, puro como un ángel, desinteresado como un estóico, sufrido como un sábio, pero jovial siempre y afectuoso. Cuando una sorpresa nos ponía en peligro, él sólo se apuraba por sus preciosas piedras y por sus inapreciables plantas que llevaba á la grupa; y sin embargo cuando alguno de nosotros salía herido lo cuidaba con una bondad y un celo superiores á todo encarecimiento.

Un dia me vió la cajita de oro que llevaba debajo de mi casaca, y me suplicó con mil instancias que se la cediera para colocar en ella unas patas de mosca y unas alas de cigarra, que hubiera defendido hasta derramar la última gota de su sangre.

Necesario fué todo el respeto que yo tenia

á las reliquias del amor para resistir á las instancias de la amistad. Todo lo que pudo obtener de mí fué deslizar en mi preciosa cajita una planta muy linda que decia haber descubierto el primero, y que sólo tuvo derecho de asilo al lado del billete y del anillo de mi amada, con la condicion de llamarse Edmunda Sylvestris.

Consintió en ello con tanta más facilidad cuanto que ya habia dado á un hermoso maguillo el nombre de Samuel Adans, y el de Francklin á no sé qué abeja industriosa, pues nada le agradaba tanto como asociar sus nobles entusiasmos á sus ingeniosas observaciones.

Llegué á profesarle un cariño tanto más intenso, cuanto que era el primer amigo que tenia de mi edad. El encanto que hallé en esta union me reveló una faz de la vida, facultades y necesidades del alma que yo no conocia.

Como jamás habia podido desprenderme de las primeras impresiones de mi infancia, en mi amor á la caballeria, me complací en ver en él un hermano de armas, y quise que me diese este título, con exclusion de otro cualquiera amigo íntimo. Accedió á este deseo con una sinceridad de corazon que me probó cuán

viva era la simpatía que habia entre nosotros.

Opinaba que yo habia nacido para ser naturalista, á causa de mi aptitud para la vida nómada y rudas expediciones. Censurábame que fuese algo preocupado, y me reñía seriamente cuando caminaba sin reflexion sobre algunas plantas interesantes; pero aseguraba que estaba dotado del espíritu de método, y que podria inventar un día, no una teoría de la naturaleza, sino un *escelente* sistema de clasificacion.

Su prediccion no se realizó, pero sus estímulos despertaron en mí el gusto al estudio, y fueron parte para que mi espíritu no se paralizara en la vida de los campos. Fué para mí el enviado del cielo; á no haber sido por él, tal vez hubiera yo llegado á ser, sino el cortapiernas de la Roca de Mauprat, á lo ménos el salvaje de la Virenne.

Sus lecciones reanimaron en mí el sentimiento de la vida intelectual; engrandeció mis ideas, ennobleció mis instintos, porque si una maravillosa rectitud y hábitos de modestia le impedian lanzarse en discusiones filosóficas, tenia el amor innato de justicia y decidía con una sagacidad infalible todas las cuestiones de sentimiento y de moralidad. Tomó sobre mí un ascendiente que jamás pudo to-

mar el abate en la posición en que nuestra desconfianza mútua nos habia colocado al principio.

Me reveló una gran parte del mundo físico; pero lo que me enseñó de más precioso, fué habituarme al conocimiento de mí mismo y á reflexionar sobre mis impresiones. Llegué á gobernar hasta cierto punto mis movimientos, y digo hasta cierto punto, porque jamás me corregí de mi carácter orgulloso y violento. A nadie es dado cambiar la esencia de su ser; pero puede dirigir hácia el bien sus diferentes facultades, y aún logrará casi utilizar sus propias faltas; por lo demás, este es el gran secreto y el gran problema de la educación.

Las conferencias de mi querido Arturo me condujeron á tales reflexiones que logré deducir lógicamente de todos mis recuerdos los motivos de la conducta de Edmunda. Entonces me pareció grande y generosa, sobre todo en las cosas que, mal vistas y mal apreciadas, me habian ofendido más. No la amaba más, porque esto era imposible, pero llegué á comprender por qué la amaba invenciblemente, á pesar de todo lo que ella me habia hecho sufrir. Esta llama santa ardió en mi alma sin debilitarse un solo momento durante los seis años de nuestra separación.

A pesar del exceso de vida que inundaba mi ser, á pesar de las escitaciones de una naturaleza exterior, llena de voluptuosidad, á pesar de los malos ejemplos y de las infinitas ocasiones que atacan en brecha á la debilidad humana en la libertad de vida errante y militar, tomo á Dios por testigo de que conservé intacta mi túnica de inocencia y no conocí el ósculo de ninguna mujer.

Arturo, á quien una organizacion más tranquila estimulaba con menos violencia, y á quien el trabajo intelectual absorvia casi enteramente, no fué siempre tan austero, y hasta me invitó muchas veces á no correr los peligros de una vida escepcional, contraria al voto de la naturaleza.

Cuando le confié que una gran pasion alejaba de mí toda debilidad y hacia toda caida imposible, cesó de combatir lo que él llamaba mi fanatismo (palabra que estaba muy en boga y que se aplicaba á casi todo indiferentemente), y observé que me profesaba una estimacion más profunda, y aún puedo decir, una especie de respeto que no se espresaba por medio de palabras, sino que se revelaba en mil demostraciones más ó menos grandes de adhesion y deferencia.

Un día en que me hablaba del gran poder que ejerce la dulzura exterior unida á una vo-

luntad firme, citándome por ejemplo el bien y el mal que presenta la historia de los hombres, sobre todo la dulzura de los apóstoles y la hipocresía de los falsos ministros de todas las religiones, vínome en mientes preguntarle si con la fogosidad de mi sangre y la violencia de mi carácter, podría ejercer alguna vez cualquiera influencia sobre mi familia. Al servirme de esta última palabra no pensaba más que en Edmunda.

Arturo me contestó que tendría otro ascendiente que el de la dulzura adquirida, esto es, la bondad natural. El calor del alma, el ardor y la perseverancia del cariño, hé aquí lo que se necesita en la vida de familia, y estas cualidades hacen amar nuestros defectos aun por aquellos mismos que más habitualmente los sufren. Debemos procurar vencernos por amor á aquellos que nos aman; pero proponerse un sistema de moderacion en el seno del amor ó de la amistad, seria, en mi concepto; pretension pueril y un trabajo egoísta, que mataria desde luego el amor dentro de nosotros mismos, y muy pronto despues en los demás. No os hablo de moderacion reflexionada sino en la aplicacion de la autoridad sobre las masas. Así que, si teneis alguna vez ambicion....

—Segun eso, le dije sin escuchar la última parte de su discurso, ¿creeis que tal como me

conoceis puedo hacer feliz á una mujer y hacer que me ame á pesar de todos mis defectos y los males que ocasionan?

—Oh, cabeza de loco enamorado! exclamó, cuán difícil es distraeros!... Pues bien, ya que lo quereis así, Bernardo, os diré lo que pienso de vuestros amores. La persona á quien tan ardientemente amais os ama, á menos que sea incapaz de amar ó enteramente desprovista de sentido.

Yo le aseguré que era tan superior á las demás mujeres, como lo es el leon á la ardilla y el cedro al hisopo, y á fuerza de metáforas logré convencerle. Entonces me invitó á confiarle algunos pormenores, á fin, decia, de poder juzgar de mi posicion respecto de Edmunda.

Abrile, pues, mi corazon sin reserva y le conté toda mi historia desde el principio hasta el fin.

Estábamos entónces á orillas de una hermosa selva virgen y el sol declinando á su ocaso nos enviaba sus últimos rayos. El parque de San Severo, con sus hermosos árboles señoriales que jamás habian sufrido el ultrage del hacha, se representaba á mi pensamiento, mientras miraba los árboles del desierto libres de todo cultivo desplegándose en toda su fuerza y gracia primitiva por encima

de nuestras cabezas. El horizonte encendido me recordaba las visitas de la tarde á la cabaña de Paciencia y veía á Edmunda sentada bajo los dorados pámpanos; y el canto de las cotorras alegres me recordaba el de los hermosos pájaros exóticos que ella educaba dentro de su cuarto.

Lloré al pensar en la distancia que me hallaba de mi patria, en el vasto océano que nos separaba y que se ha tragado á tantos peregrinos en el momento de saludar la playa natal.

Pensé también en los azares de la fortuna, en los peligros de la guerra, y por primera vez tuve miedo á la muerte, porque mi querido Arturo, estrechando mi mano entre las suyas, me aseguraba que era amado, y que veía una nueva prueba de afecto en cada rasgo de rigor y desconfianza.

—¡Qué niño eres! me decía, ¿no ves que si en efecto no quisiera casarse contigo, hubiera tenido mil medios para librarse eternamente de tus pretensiones? Y si no te amase con tan inagotable ternura, ¿crees que se hubiera tomado tanto trabajo ni hecho tantos sacrificios para sacarte de la abyección en que te encontrabas y hacerte digno de ella? Pues bien, tú que no piensas sino en las antiguas hazañas de la caballería andante, ¿no conoces que

eres un caballero condenado por tu dama á pruebas difíciles y rudas por haber faltado á las leyes de la galantería, reclamando con tono imperioso el amor que se debe implorar de rodillas?

Entonces entraba en un exámen circunstanciado de mis crímenes y opinaba que los castigos eran muy fuertes, pero merecidos; discutía en seguida las probabilidades del porvenir y me daba el excelente consejo de someterme hasta que juzgaran conveniente absolverse.

—Pero, ¿no es una vergüenza, le decía yo, que un hombre maduro, como yo lo estoy ahora, por la reflexion, y rudamente experimentado en la guerra, se someta como un niño al capricho de una mujer?

—No, me respondió Arturo, no es una vergüenza, ni la conducta de esa mujer es dictada por el capricho. No hay más que honor en reparar la falta que cometemos, y sin embargo, ¡qué pocos son los hombres capaces de hacerlo! No hay más que justicia en el pudor ofendido que reclama sus derechos y su independencia natural. Os habeis conducido como Albion: no os admireis de que Edmunda se conduzca como Filadelfia. Ella no se rendirá sino con la condicion de una paz gloriosa, y tendrá razon,

Después quiso saber qué conducta había observado Edmunda conmigo en los dos años que habían trascurrido desde que estábamos en América. Le enseñé las pocas y breves cartas que había recibido de ella, y quedó sorprendido del gran talento y delicado amor que revelaban sus frases escritas en un estilo elevado y conciso.

Edmunda no me hacía ninguna promesa ni me alentaba con ninguna esperanza directa; pero manifestaba vivos deseos de mi regreso y de la felicidad que gustáramos *todos*, reunidos al rededor del hogar, cuando la relación de mis extraordinarias aventuras prolongase agradablemente las veladas del castillo; y por último, no vacilaba en decirme, que yo era, con mi padre, *la única solicitud de su vida*.

Sin embargo, á pesar de una ternura tan sostenida, me asaltó una sospecha terrible. En esas cartas tan lacónicas de mi prima, así como en las de su padre, y en las estensas y floridas del abate Auberto, no se me comunicaban jamás los sucesos que podían y debían ocurrir en la familia.

Todos me hablaban de mí mismo, y jamás me decían una palabra los unos de los otros; todo lo más que hacían era hablarme de los ataques de gota del caballero. No parecía sino

que los tres se habian puesto de acuerdo para no decirme ninguno de ellos las ocupaciones y la situacion de espíritu de los otros dos.

—Ilústrame y tranquilízame, si puedes, sobre este particular, dije á Arturo. Hay momentos en que me imagino que Edmunda está casada, y que todos se han convenido en no decírmelo hasta mi vuelta; porque al fin, ¿quién lo impide? ¿Es probable que me ame bastante para vivir en la soledad sólo por amor hácia mí, mientras que este amor sometido á los principios de una fria razon y de una austera conciencia se resigna á ver prolongarse indefinidamente mi ausencia con la guerra? No hay duda que tengo aquí deberes que llenar; el honor exige que defienda mi bandera hasta el dia del triunfo ó de la derrota irreparable de la causa que sirvo; pero conozco que prefiero Edmunda á estos vanos honores y que por verla una hora más pronto abandonaria mi nombre á la burla y á las maldiciones del universo.

—La violencia de vuestra pasion os sugiere este último pensamiento, respondió Arturo sonriéndose; pero no obrareis como decís llegando la ocasion. Cuando tenemos que luchar con una sola de nuestras facultades, creemos á las demás anonadadas; pero que un choque

esterior las despierte, y pronto veremos que nuestra alma vive por muchos puntos á la vez. No sois insensible á la gloria, Bernardo, y si Edmunda os invitase á renunciar á ella, advertiríais que esta gloria os importaba más de lo que pensábais; teneis ardientes convicciones republicanas, y Edmunda ha sido la primera que os las ha inspirado. ¿Qué pensariais de ella, y qué seria en efecto, si os dijese hoy: Una cosa hay más augusta y sagrada que la religion que os he predicado y que los dioses que os he revelado: esta cosa es mi placer. Bernardo, vuestro amor está lleno de exigencias contradictorias. La inconsecuencia es por lo demás la propiedad de todos los amores humanos.

Los hombres se imaginan que la mujer no tiene existencia por sí misma, y que debe siempre absorverse en ellos: y sin embargo, no aman apasionadamente sino á la mujer que parece elevarse, por su carácter, sobre la debilidad y la inercia de su sexo. Bajo este clima veis á todos los colonos disponer de la hermosura de sus esclavas; pero no las aman por más hermosas que sean, y cuando por una casualidad se apasionan de alguna de ellas, su primera necesidad es emanciparla. Hasta entónces no la consideran como criatura humana. El espíritu de independenciam, la nocion

de la virtud, el amor del deber, privilegio de las almas elevadas, son, pues, necesarios en una compañera, y cuanto más fuerza y paciencia muestre vuestra amada, más la amaréis á pesar de vuestros padecimientos. Es menester que sepais distinguir al amor del deseo: este quiere destruir los obstáculos que lo atraen, y muere sobre las ruinas de una virtud vencida; el amor quiere vivir, y por lo mismo quiere ver al objeto de su culto largo tiempo defendido por ese muro de diamante, cuya fuerza y brillo forman su valor y hermosura.

De este modo me esplicaba Arturo los resortes misteriosos de mi pasion y reflejaba la luz de su sabiduría en las tempestades tenebrosas de mi alma.

De vez en cuando añadía: «Si el cielo me hubiese dado la mujer que algunas veces he soñado, creo que hubiera sabido hacer de mi amor una pasion noble y generosa; pero la ciencia absorve demasiado tiempo y no he tenido espacio para buscar mi ideal, y si lo he encontrado, no he podido estudiarlo, ni reconocerlo; esta dicha os está concedida, Bernardo; pero no profundizareis la historia natural: un hombre solo no puede abarcarlo todo.»

En cuanto á mi sospecha sobre el casamien-

to de Edmunda, que tanto temia, la desechara muy léjos como una obsesion enfermiza, y hallaba por el contrario en el silencio de Edmunda sobre el particular una admirable delicadeza de conducta y de sentimientos.

Cuando la Francia concedió al fin abiertamente su proteccion á la causa americana, recibí del abate una carta que vino á tranquilizarme enteramente sobre este punto. Decíame en ella que probablemente encontraria en el nuevo mundo á un *antiguo amigo*.

El conde de la Marche habia obtenido un regimiento y partia para los Estados-Unidos. «*Sea dicho entre nosotros*, añadía el abate bien necesitaba crearse una posicion, pues aunque modesto y despejado, ha tenido siempre la debilidad de ceder á una preocupacion de familia. Avergonzábase de su pobreza y la ocultaba como se oculta una lepra; así es que ha acabado de arruinarse, no queriendo dejar traslucir los progresos de su ruina. Las gentes atribuyen el rompimiento de Edmunda con él á este revés de fortuna, y hasta hay quien dice que estaba muy poco enamorado de la persona de la novia, y mucho de su dote. Yo por mi parte no me atrevo á suponerle miras tan bajas, y solo creo que ha sufrido las terribles consecuencias que producen los falsos principios sobre el precio de los bienes de

este mundo. Si le encontráis, desea Edmunda que le mostreis interés y afecto, y le expreséis el que ella siempre le ha tenido. La conducta de vuestra prima en esto, como en todas las cosas, ha sido llena de dulzura y dignidad.»

II

La víspera de la partida de M. de la Marche, despues de la remision de la carta del abad, pasó en la Varenne un lijero acontecimiento que supe en América con agradable sorpresa, y que por otra parte se encadenó de una manera notable á los sucesos más importantes de mi vida, como sabreis más adelante.

Aunque gravemente herido en la desgraciada batalla de Savannah, me habia ocupado activamente en Virginia bajo las órdenes del general Green, en reunir los restos del ejército de Gales, que era á mis ojos un héroe

muy superior á su venturoso rival Washington.

Acabábamos de saber el desembarco de la escuadra de Mr. de Ternay, y la tristeza que se habia apoderado de nosotros en aquella funesta época de reveses y contratiempos, principiaba á disiparse ante la esperanza de un socorro más considerable que el que nos llegó en efecto.

Paseábame por entre los bosques, á poca distancia del campamento, con Arturo, y aprovechábamos aquel momento de tregua para ocuparnos y distraernos al fin con otra cosa que no fuese Cornwallis y el infame Arnoldo. Largo tiempo afligidos con el espectáculo de los males de la nacion americana, y con el temor de ver la injusticia y la codicia triunfar de la causa de los pueblos, nos entregábamos á una dulce alegría.

Cuando tenia una hora de descanso, olvidaba mis rudos trabajos para refugiarme en el oasis de mis pensamientos, en la familia de San Severo. En estas horas, acostumbraba contar al amable Arturo alguna escena bufona de mi entrada en el mundo al salir de la Roca de Mauprat, describiéndole tan pronto mi primer peinado y mi primer vestido, como el desprecio y horror de la señorita Leblanc á mi persona y sus encargos á su amigo San

Juan de no aproximarse jamás á mí al alcance de mi brazo.

No sé como en medio de estas divertidas figuras se presentó á mi imaginacion la del solemne hidalgo Marcasse, y me puse á hacer la pintura fiel y detallada del traje, continente y conversacion de este enigmático personaje. Quizás no fuese el pobre Marcasse tan realmente cómico como me lo retrataba mi fantasia; pero á los veinte años el hombre no es más que un niño, sobre todo cuando es militar que acaba de escapar de grandes peligros y cuando la conquista de su propia vida le llena de un orgullo indolente.

Arturo reia con todo su corazon escuchándome, y me aseguraba que daría todo su bagaje de naturalista por un animal tan curioso como el que yo le describia. El placer que sentia en participar de mis niñadas me daba verbosidad, y no sé si hubiera podido resistir al deseo de recargar un poco mi modelo, cuando de repente al volver un camino nos encontramos en presencia de un hombre alto, pobremente vestido, lastimosamente descarnado, el cual marchaba hácia nosotros con aire grave y pensativo, llevando en la mano una larga espada desenvainada, cuya punta estaba pacíficamente inclinada hasta la tierra. Este personaje se parecia tanto al que acababa de

describír, que sorprendido Arturo de la identidad no fué dueño de contener la risa que le retozaba en el cuerpo, y echándose á un lado para dejar pasar el espectro de Marcasse se tiró sobre el césped acometido de una tos convulsiva.

Yo, por mi parte, no me reía porque nada de lo que parece sobrenatural deja de afectar vivamente al hombre más habituado al peligro. Con una pierna hácia adelante, la mirada fija y el brazo estendido nos aproximamos el uno al otro, yo y él, no la sombra de Marcasse, sino la persona respetable, en carne y hueso, del hidalgo cazador de topos.

Petrificado de sorpresa, cuando ví al que tenia por espectro llevar lentamente la mano al cuerno de su sombrero, y levantarlo sin perder una linea de su talla, retrocedí tres pasos, y esta emocion que Arturo tomó por una burla de mi parte, aumentó su hilaridad.

El cazador de comadrejas no se mostró alterado, creyendo sin duda en su juiciosa calma que esta era la manera de recibir á las gentes en la otra orilla del océano.

Pero la alegría de Arturo estuvo á punto de ser contagiosa cuando Marcasse me dijo con una serenidad incomparable:

—Hace mucho tiempo, Mr. Bernardo que me concedo el honor de buscaros.

—Mucho tiempo hace en efecto que no nos vemos, contesté apretando alegremente la mano de este antiguo amigo; pero dime, ¿á qué poder inaudito debo la felicidad de atraerme hasta aquí? En otro tiempo pasabas por hechicero, ¿habré yo llegado á serlo sin aperi-
birme de ello?

—Os lo contaré todo, mi querido general, respondió Marcasse, á quien sin duda deslumbraba mi uniforme de capitán; ¿quereis permitirme que vaya en vuestra compañía y os contaré muchas cosas?

Al oír Arturo repetir á Marcasse su última palabra con voz débil y como haciéndose eco á sí mismo, manía que un momento antes estuve muy inclinado á remedar, no le fué posible contenerse y volvió á dar rienda suelta á su risa.

Marcasse se volvió hácia él, y habiéndole mirado fijamente, le saludó con una gravedad imperturbable.

Entonces Arturo, recobrando lo mejor que pudo su serenidad, se levantó y le devolvió el saludo, haciendo con dignidad cómica una genuflexion tan profunda que casi tocó con el suelo.

Volvimos juntos al campamento. En el ca-

mino me contó Marcasse su historia en un estilo breve, que forzando al oyente á mil preguntas enojosas, léjos de simplificar el discurso, lo complicaba estraordinariamente. Sin embargo, causó no poco gozo y diversion á Arturo; pero como supongo que no hallaréis el mismo placer en oír una relacion exacta de este interminable diálogo, me limitaré á decir cómo Marcasse se habia decidido á dejar su pátria y sus amigos para llevar á la causa americana el poderoso socorro de su larga espada.

Mr. de la Marche determinó partir para la América en la época en que Marcasse, instalado en su quinta de Berri, hacia su ronda anual sobre las vigas de los graneros. La casa del conde, trastornada con esta partida, se entregaba á maravillosos comentarios sobre aquel país lejano, lleno de peligros y de prodigios, de donde nadie volvia jamás, segun la general creencia, sino con una fortuna tan considerable y tantas barras de oro y plata, que se necesitaban diez bajeles para trasportarlas.

Bajo su exterior helado, D. Marcasse, semejante á los volcanes hiperbóreos, ocultaba una imaginacion de fuego y un amor sin límites á lo extraordinario. Habitado á vivir en equilibrio sobre las tablas de las armaduras de los

edificios, en una region evidentemente más elevada que los demás hombres, y no siendo insensible á la gloria de admirar todos los dias á las gentes por el atrevimiento y serenidad de sus maniobras acromáticas, se dejó inflamar con la pintura de El Dorado, y esta ilusion fué tanto más viva cuanto que, segun su costumbre, no se la confió á nadie.

Así es que Mr. de la Marche no pudo menos de sorprenderse cuando la víspera de su partida se presentó á él D. Marcasse y le propuso acompañarle á América en calidad de camarero. En vano Mr. de la Marche le objetó que era ya muy viejo para dejar su estado y esponerse á los azares de una existencia nueva; Marcasse mostró tanta firmeza, que acabó por convencerle. Muchas razones determinaron á Mr. de la Marche á hacer esta singular eleccion.

Habia resuelto llevar un criado de mucha más edad que el cazador de comadrejas, y el cual no le seguia sino con mucha repugnancia; pero este hombre le merecia toda su confianza, favor que Mr. de la Marche otorgaba dificilmente, no teniendo más que la aparien-
cia del boato de un hombre de su posicion, y queriendo ser servido con economía, prudencia y fidelidad.

Sabia que Marcasse era un hombre escri-

pulosamente honrado y aun singularmente desinteresado, porque D. Marcasse tenia no sólo el cuerpo sino el alma de D. Quijote, y como una prueba de su desinterés diremos que, habiéndose encontrado entre unas ruinas una especie de tesoro, es decir una vasija de barro que contenia una suma de cerca de diez mil francos en monedas antiguas de oro y plata, no sólo lo entregó al poseedor del solar, á quien fácilmente hubiera podido ocultar su hallazgo, sino que rehusó la recompensa que este le ofrecia diciendo con énfasis en su lacónica jerga: *que la honradez moría vendiéndose.*

La fragilidad de Marcasse, su discrecion, su puntualidad, debian recomendarle como un hombre de inestimable precio si podia habituarse á poner sus cualidades al servicio de otro. Era, pues, sólo de temer que no pudiera resignarse á perder su independenciam; pero antes de darse á la vela la escuadra de M. de Ternay, creyó Mr. de la Marche que tendria tiempo suficiente para hacer una prueba de su nuevo escudero.

Por su parte D. Marcasse sintió algun pesar al despedirse de sus amigos y de su país; porque si bien tenia *amigos en todas partes, y en todas partes una pátria* como él decia, aludiendo á su vida errante, mostraba por la Va-

renne grande preferencia y de todas sus quintas (pues acostumbraba denominar suyos todos los sitios á donde lo llamaban para utilizar su profesion), el castillo de San Severo era el único á donde llegaba con placer y de donde se alejaba con sentimiento.

Y en verdad que no le faltaba razon, pues habiéndose caído una vez del tejado, por haber perdido el equilibrio, recibió tan fuerte caída, que Edmunda todavía muy niña, no pudo menos de enternecerse y llorar, ganándose desde entonces el corazón de D. Mascasse que jamás olvidó este rasgo de sensibilidad y ternura, como tampoco los cuidados [que durante su enfermedad recibió de las infantiles manos de Edmunda.

Desde que Paciencia habitaba cerca del parque tuvo San Severo mucho más atractivo para Marcasse, porque Paciencia era su Orestes, pues aunque no siempre le comprendía, era comprendido perfectamente por Paciencia, único hombre que supo cuánta honradez caballeresca y cuánto valor exaltadose ocultaba bajo aquella estravagante corteza.

Prosternado ante la superioridad intelectual del solitario, sobrecojía de respeto y admiracion cuando no entendía su verbosidad poética.

Entonces con una dulzura interesante y absteniéndose de preguntas ó demostraciones impertinentes bajaba los ojos, y haciendo una señal con la cabeza de vez en cuando como si hubiese comprendido y aprobado, daba á lo menos á su amigo el inocente placer de ser escuchado sin contradiccion.

Sin embargo, Marcasse habia cemprendido lo bastante para abrazar las ideas republicanas y para participar de las romancescas esperanzas de nivelamiento universal, y de feliz retorno á la igualdad de la edad de oro, que el honrado Paciencia nutría y abrigaba en su corazon.

Habiendo oido decir muchas veces á su amigo que era preciso cultivar estas doctrinas con prudencia (precepto que Paciencia por su parte no observaba demasiado), el hidalgo, poderosamente ayudado por su costumbre é inclinacion, jamás hablaba de su filosofia; pero hacia una propaganda más eficaz llevando desde el palacio á la choza, y desde las poblaciones al campo esas edificaciones económicas de la *ciencia del honrado Ricardo*, y otros pequeños tratados de patriotismo popular que, segun decian los jesuitas, hacia circular gratis entre los menestrales y últimas clases del pueblo una sociedad secreta de filósofos

volterrianos, dedicados á las prácticas diabólicas de la francmasonería.

Habia, pues, tanto entusiasmo revolucionario como amor á las aventuras en la repentina resolución de Marcasse. Largo tiempo hacia que el liron y la garduña le parecían enemigos demasiado débiles y el área de los graneros un campo demasiado estrecho para su valor inquieto.

Leía diariamente los periódicos de la víspera que encontraba en las casas que recorría, y aquella guerra de América que se designaba como la aurora de la justicia y libertad del universo, le habia parecido deber traer una revolución á Francia. Verdad es que tomaba al pié de la letra esa influencia de las ideas que debia atravesar los mares y venir á apoderarse de los espíritus en nuestro continente. Veía en sueños un ejército de americanos victoriosos descender de numerosos bajeles y traer la oliva de la paz y el cuerno de la abundancia á la nacion francesa.

Veíase además en ese mismo sueño mandando una legion de héroes y presentándose en la Varenne, como guerrero, legislador y émulo de Washington, suprimiendo los abusos, derribando las grandes fortunas, dotando á cada proletario de una porcion conveniente, y en medio de estas vastas y severas medidas,

protegiendo á los nobles, buenos y honrados, y conservándoles una subsistencia decorosa. Es inútil decir que las calamidades dolorosas de las grandes crisis políticas no entraban en el ánimo de Marcasse, y que ni una gota de sangre derramada venía á manchar el romántico cuadro que Paciencia desarrollaba á su vista.

Mucho debia alejarle de estas esperanzas gigantescas el oficio de camarero de M. de la Marche; pero no le quedaba otro camino para llegar á su objeto. Los cuadros del cuerpo de ejército destinado para la América, estaban llenos hacia ya mucho tiempo y no podia, sino en calidad de pasajero agregado á la expedicion, tomar puesto en un buque mercante de los que habian de seguir á la escuadra. Sobre todo esto habia preguntado al abate, aunque sin decirle su proyecto, de suerte que su partida fué un golpe teatral para todos los habitantes de la Varenne.

Apenas puso el pié en las playas de la Union, conoció la necesidad irresistible de tomar su gran sombrero y descomunal espada y marchar enteramente solo delante de su amo por entre los bosques, como habia acostumbrado á hacer en su país; pero su conciencia le prohibia abandonar á aquel, despues de haber contraido la obligacion de ser-

virle. Habia contado con la fortuna, y la fortuna le secundó.

La guerra era mucho más sangrienta y activa de lo que se habia creído, y Mr. de la Marche temió sin razon verse entorpecido y embarazado con la salud débil de su amojado escudero. Presintiendo además su deseo de libertad le ofreció una suma de dinero y cartas de recomendacion para que pudiera unirse como voluntario á las tropas americanas; pero Marcasse que sabia cuán escasa era la fortuna de su amo, rehusó el dinero y no quiso aceptar sino un pequeño salario y las recomendaciones, y partió lijero como la más ágil de las comadreas que hubo jamás cazado.

Su intencion era dirigirse á Filadelfia, pero por una casualidad inútil de contar, supo que yo estaba en el Sur, y esperando con razon hallar en mí consejos y apoyo, se habia puesto en camino para reunirse á mí, solo, á pié, por países desconocidos, casi desiertos y frecuentemente llenos de toda clase de peligros. Su traje solo habia sufrido, porque su figura pálida no habia mudado de color, y no estaba más admirado de su nuevo destino que si hubiera recorrido la distancia de San Severo á la torre de Gazeau.

La única cosa particular que observé en él

fué que se volvía de vez en cuando y miraba atrás como si quisiera llamar á alguien; pero al punto se sonreía y suspiraba casi al mismo tiempo. No pude resistir al deseo de preguntarle la causa de su inquietud.

—Ay! respondió, la costumbre no puede perderse, mi pobre perro! mi buen perro! Siempre decir: Aquí Tejon! Tejon aquí!

—Comprendo, le dije, Tejon se ha muerto y no podeis habituaros á la idea de que no volveréis á verle más siguiendo vuestras huellas?

—Muerto! exclamó con un gesto de espanto. No, á Dios gracias! Amigo Paciencia, grande amigo! Tejon feliz, pero triste como su amo.

—Si Tejon está con Paciencia, dijo Arturo, es feliz en efecto, porque Paciencia no carece de nada; Paciencia lo cuidará mucho por el amor que os tiene, y no perdais la esperanza de volver á ver á vuestro digno amigo y á vuestro perro fiel.

Marcasse alzó los ojos para mirar á la persona que parecia conocer tan perfectamente su vida; pero habiéndose asegurado de que jamás le habia visto, tomó el partido que acostumbraba tomar cuando no comprendia: levantó su sombrero y saludó respetuosamente.

Gracias á mi eficaz recomendacion no tardaron en alistar á Marcasse bajo mis órdenes, y poco tiempo despues fué nombrado sargento. Este hombre tan apreciable hizo toda la campaña conmigo, y la hizo como valiente, y cuando en 1782 pasé á la bandera de mi nacion y me agregué al ejército de Rochambeau me siguió, queriendo participar de mi suerte hasta el fin.

En los primeros dias fué para mí una diversion más bien que una compañía; pero muy pronto su buena conducta y su intrepidez tranquila le granjearon la estimacion de todos, y tuve ocasion para envanecerme de mi protegido.

Arturo tambien llegó á profesarle una grande amistad, y fuera del servicio, nos acompañaba en todos nuestros paseos, llevando la caja del naturalista y perforando las serpientes su espada.

Pero cuando quise hacerle hablar de mi prima no me satisfizo. Ora no comprendiese el interés que tenia yo en saber todos los pormenores de la vida que ella hacía lejos de mí, ora que se hubiese formado sobre este particular una de esas leyes invariables que gobernaban su conciencia, jamás pude obtener una solucion clara de las dudas que me atormentaban.

Lo único que pude arrancarle fué que no se hablaba de su casamiento con nadie; pero por muy acostumbrado que yo estuviese á la manera vaga con que él se esplicaba, me imaginé que habia dado esta respuesta con embarazo y con el aire de un hombre que se habia comprometido á guardar el secreto. El honor me inpedia insistir hasta el punto de dejarle ver mis esperanzas, quedando, pues, este asunto entre nosotros como cosa sagrada á que no era lícito tocar, pero en la que continuamente pensaba á pesar mio.

En tanto que Arturo estuvo á mi lado conservé mi razon, é interpreté las cartas de Edmunda en el sentido más leal; pero cuando tuve el dolor de separarme de él se despertaron mis dolores, y cada dia se me hacia más insoportable mi permanencia en América.

Verificóse esta separacion cuando dejé el ejército americano para hacer la guerra bajo las órdenes del general francés. Arturo era americano y además solo esperaba la conclusion de la guerra para retirarse del servicio y establecerse en Boston, al lado del doctor Cooper, que le amaba como á hijo, y que se encargó de agregarlo á la biblioteca de la sociedad de Filadelfia en calidad de bibliotecario principal, que era cuanto Arturo

habia deseado como recompensa de sus trabajos.

Los acontecimientos que llenaron estos últimos años pertenecen á la historia. Yo ví la paz proclamar la existencia de los Estados-Unidos con un júbilo puramente personal, porque el pesar se habia apoderado de mí, no habia hecho más que crecer mi pasion y no quedaba hueco para el entusiasmo de la gloria militar. Antes de partir fuí á abrazar á Arturo y me embarqué con el valiente Marcasse, luchando entre el dolor de separarme de mi único amigo y la alegría de volver á ver mis únicos amores. La escuadra de que yo formaba parte sufrió grandes vicisitudes en la travesía, y muchas veces renuncié á la esperanza de hincar jamás una rodilla en tierra delante de Edmunda bajo los venerables árboles de San Severo.

En fin, despues de la última borrasca que corrimos en las costas de Francia, pisé las playas de la Bretaña y cai en los brazos de mi pobre sargento que habia soportado, si no con más fuerza física, á lo menos con más tranquilidad moral, los males comunes, y se confundieron nuestras lágrimas.

III

Partimos de Brest sin que nos precediera ninguna carta.

Cuando nos aproximamos á la Varenne, echamos pié á tierra, y enviando la silla de postas por el camino más largo, tomamos un sendero por entre los bosques.

En cuanto vi los árboles del parque levantar sus cabezas venerables por encima de los montes bajos, como una falange de druidas en medio de una multitud prosternada, mi corazón latió con tanta fuerza que me vi precisado á pararme.

—¿Qué haceis? me dijo Marcasse, volviéndose con aire casi severo y como reconvinién-

dome por mi debilidad; pero un instante despues ví su filosofía igualmente comprometida por una emocion inesperada.

Un leve gañido lastimero y el roce de una cola de vulpeja en sus piernas le hicieron estremecerse y lanzó un grito al reconocer á Tejon. El pobre animal habia olido á su amo desde léjos y corrió con la agilidad de su primera juventud para revolcarse á nuestros piés. Creimos por un momento que se iba á morir, porque se quedó inmóvil y como crispado bajo la mano acariciadora de Marcasse; despues, levantándose de pronto como asaltado de una idea digna de un hombre, echó á correr con la rapidez del relámpago, dirigiéndose hácia la cabaña de Paciencia.

—Sí! va á avisar á mi amigo Paciencia; ¡qué perro tan leal y tan bueno! exclamó Marcasse, más amigo que tú no lo seria ningun hombre.

Volvióse hácia mí, y observé dos gruesas lágrimas rodar por las megillas del impassible hidalgo.

Redoblamos el paso hasta la cabaña, en la cual se habian hecho notables mejoras; un lindo jardin rústico, cerrado por un seto vivo apoyado en algunos trozos de piedra, se extendia al rededor de la casita; llegamos, no ya por el sendero pedregoso, sino por una her-

mosa alameda, á cuyos dos lados se veian multitud de legumbres en lineas regulares como un ejército en órden de marcha. Un batallon de coles componia la vanguardia; las zanahorias y demás hortaliza para ensalada formaban el cuerpo principal, y á lo largo del vallado la modesta acedera cerraba el cortejo. Lindos manzanos, ya fuertes, inclinaban sobre estas plantas su quitasol de verdura; y la variedad de perales, y los alfombrados cuadros de tomillos y de sálvia, que besaban el pié de los tornasoles y alelies, revelaban las ideas de órden social y los hábitos de lujo á que habia vuelto Paciencia.

Este cambio era tan notable que creí no hallarle en esta habitacion. Una inquietud mucho más grave principiaba á atormentarme: inquietud que pronto se convirtió casi en certidumbre cuando vi á dos jóvenes de la aldea cortando las espalderas.

Nuestra travesía habia durado más de cuatro meses, y ya hacia más de seis que no oíamos hablar del solitario. Pero Marcasse no tenia ningun temor; Tejon le habia dicho que Paciencia vivia, y las huellas del perro recientemente estampadas en la arena de la alameda marcaban la direccion que habia tomado. Sin embargo, temia yo tanto ver turbado el júbilo de aquel dia, que no me atreví á hacer

ninguna pregunta á los jardineros de Paciencia, y seguí en silencio al hidalgo, cuyas miradas se paseaban por este nuevo Edén y cuya boca discreta no dejaba escapar más que la palabra *cambio* muchas veces repetida.

En fin, no pude dominar mi impaciencia: la alameda era interminable, aunque muy corta en realidad, y eché á correr con el corazón palpitando de emoción; Edmunda, decía interiormente, tal vez estará allí!

No estaba, sin embargo, y solo oí la voz del solitario que decía:

—¿Qué es esto? ¿Se ha vuelto loco este pobre animal? Parece que rabia. No atormentarías á tu amo de este modo, no. Esto es ya molestar á las gentes.

—Tejon no rabia, dije al entrar: ¿os habeis vuelto sordo á la aproximación de un amigo, maestro Paciencia?

El solitario dejó caer sobre su mesa un montón de oro que parecía iba á contar, y vino hácia mí con su antigua cordialidad. Yo le abracé, y quedó sorprendido y gozoso también con mi alegría; después, mirándose de los pies á la cabeza, se admiró del cambio operado en mi persona, y á este tiempo apareció Marcasse en el umbral de la puerta.

Entonces Paciencia con una expresión sublime exclamó levantando sus manos al cielo,

y repitiendo aquellas palabras del cantar de los cantares: «Ahora puedo morir porque mis ojos han visto al que yo esperaba.» El hidalgo nada dijo, levantó el sombrero como de costumbre, y sentándose en una silla, se quedó pálido y cerró los ojos.

Tejon saltó sobre sus rodillas manifestando su ternura con algunos esfuerzos de gritos que se convertían en estornudos multiplicados. Todo trémulo de vejez y de alegría alargó su nariz puntiaguda hacia la afilada nariz de su amo; pero este no le contestó. Marcasse estaba desmayado.

Esta alma apasionada, que sabía más que Tejon manifestarse por medio de la palabra, sucumbía bajo el peso de su felicidad.

Paciencia corrió á traerle un gran vaso de vino del país, de dos años, es decir del más añejo y mejor posible, y le hizo tragar algunas gotas que le reanimaron. Cuando volvió en sí escusó su debilidad atribuyéndola al cansancio y al calor: no quiso ó no pudo atribuirla á su verdadero motivo. Hay almas que se apagan despues de haber ardido por todo lo que hay de hermoso y grande en el órden moral, sin haber hallado el medio y hasta sin haber conocido la necesidad de manifestarse á los demás.

Cuando se calmaron los primeros trasportes

de alegría, Paciencia que estaba tan expansivo como taciturno su amigo, me dijo:

—Ea, mi querido oficial, veo que teneis muchas ganas de permanecer aquí mucho tiempo. Vámonos, pues, sin demora á donde teneis prisa por llegar. ¡Qué agradable sorpresa y qué gozo va á causar vuestro inesperado regreso!

Penetramos en el parque, y al atravesarlo nos esplicó Paciencia el cambio sobrevenido en su habitacion y en su vida.

—Por lo que hace á mí, nos dijo, ya veis que no he variado; me hallais como me dejásteis, y mi sistema de vida higiénico es el mismo, pues aunque acabo de serviros vino, no he cesado de beber agua. Pero tengo dinero y tierras y trabajadores. Y todo esto lo tengo como vais á ver, á pesar mio. Hace cerca de tres años que la señorita Edmunda me habló de las dificultades que se le presentaban para hacer las obras de caridad de una manera útil y conveniente. El abate era tan inhábil para esto como ella. Todos los dias los engañaban sacándoles dinero para darle mal uso, mientras que los jornaleros honrados y laboriosos carecian de todo, sin que el abate ni Edmunda pudieran saberlo. Esta temia humillarlos, si ella misma iba á indagar sus necesidades, y cuando algunos pícaros se dirigian á ella, pre-

feria dejarse engañar á equivocarse con detrimento de la caridad. De esta manera gastaba mucho dinero y hacia poco bien.

Entonces la hice comprender que el dinero era la cosa menos necesaria á los indigentes; que lo que hacia á los hombres verdaderamente desgraciados, no era el no poder vestirse mejor que los demás, ir á la taberna los domingos, ostentar en la misa mayor una media muy blanca con una liga encarnada sobre la rodilla, y no poder decir: mi jumento, mi vaca, mi viña, mi granero, etc., sino tener el *cuerpo débil y sufrir los rigores de la estacion*, no poder preservarse del frio, del calor, de las enfermedades, *de la sed y del hambre*. Dijele, pues, que no juzgase por mí de la fuerza y salud de los campesinos, sino que fuera á informarse por sí misma de sus enfermedades y de lo que les faltaba para los usos más indispensables de la vida. Esas gentes no son filósofas, tienen vanidad, le gustan las galas, comen lo poco que ganan por parecer bien, y carecen de prevision para privarse de un pequeño placer y reservar un recurso contra las grandes necesidades. En fin, no saben manejar el dinero, os dicen que tienen deudas; y si es verdad que las tienen, no lo es que emplean en pagarlas el dinero que les dais. No piensan en el dia de mañana, pagan el interés tan alto como se les

pide y compran con vuestro dinero un cañamar ó un ajuar, á fin de que los vecinos se admiren y les tengan envidia. Entre tanto las deudas se aumentan cada año y por fin de cuenta tienen que vender cañamar y ajuar, porque el acreedor que es siempre uno de ellos mismos, quiere su reintegro á tales intereses que les es imposible pagar. De esta suerte se empobrecen y llegan á viejos, y como no pueden trabajar, se ven abandonados por sus hijos que, como han sido mal educados, tienen las mismas pasiones y la misma vanidad que sus padres. Entonces no queda á estos más recurso que coger una alforja é ir pidiendo de puerta en puerta un pedazo de pan para su sustento, porque están habituados al pan y no podrian, sin morir, comer raices como el hechicero Paciencia, escoria de la naturaleza, á quien todo el mundo ódia y desprecia, porque no se ha hecho mendigo.

—Por lo demás, el mendigo es menos desgraciado que el jornalero. Como no tiene vanidad, no sufre. Las gentes del país son buenas; á ningun pordiosero le falta una cama ni una cena que siempre alcanza de la caridad pública en sus escursiones; los labradores le cargan la espalda de mendrugos en tanta cantidad, que tiene para criar aves y cerdos en la mezquina covacha donde deja á un muchacho

ó una parienta vieja para cuidar el ganado. Aquí viene todas las semanas á pasar dos ó tres dias para no hacer nada y contar las piezas de dos sueldos que ha recibido; dinero que frecuentemente le sirve para satisfacer necesidades supérfluas que la ociosidad engendra. Un colono fuma raras veces; muchos mendigos no pueden pasarse sin tabaco y lo piden con más avidez que el pan. Resulta, pues, que no debemos lamentarnos tanto de la suerte del mendigo como de la del trabajador, pues cuando no ladron y asesino, es por lo ménos corrompido y de relajadas costumbres, y de todos modos perjudicial á la sociedad.

Mirad, pues, lo que debia hacerse, y cuenta que el abate me ha dicho que esta es tambien la opinion de vuestros filósofos. Seria menester que los que dan, como vos, muchas limosnas particulares, las hicieran, no ateniéndose al capricho del que pide, sino despues de haberse informado de sus verdaderas necesidades.

Edmunda me puso la objeccion de que la seria imposible hacer esta averiguacion, de que tendria que emplear todo su tiempo en ella y abandonar á su padre, ya anciano, y que no puede leer ni hacer nada sin los ojos y la cabeza de su querida Edmunda.

El abate necesitaba emplear demasiadas ho-

rás en el estudio de sus libros favoritos, para que le quedara una sola para otra cualquiera ocupacion.

—Hé aquí para lo que sirve la bella ciencia de la virtud, le dije, para que nos olvidemos de ser virtuosos.

—Tienes mucha razon, replicó Edmunda; pero ¿qué he de hacer?

—Prometo pensar en ello, la dije, y hé aquí lo que discurrí.

En vez de pasearme, como tenia de costumbre, por el bosque, hice mis escursiones á la llanura. Esto me costó mucho trabajo, pues me gusta la soledad, y hacia ya muchos años que huia por todas partes de la compañía del hombre: pero en fin era un deber y lo cumplí. Me aproximé á las casas; primero me informé asomándome por los vallados y despues en el interior de las habitaciones, y á modo de conversacion, de lo que deseaba saber.

Al principio me recibian como á un perro perdido en tiempo de sequía y ví, con un pesar que me fué muy costoso ocultar, el ódio y la desconfianza en todos los semblantes. Yo no habia querido vivir con los hombres, pero los amaba; los consideraba más desgraciados que criminales; habia pasado todo mi tiempo en condolerme de sus males é indignarme contra los que los causaban, y cuando por pri-

mera vez entreví la posibilidad de hacer bien á algunos, estos cerraban al punto sus puertas desde que me distinguían á lo lejos, y sus hijos, inocentes criaturas á quienes amo tanto, se ocultaban en los fosos para no padecer las enfermedades que, según se decía, causaba yo con mis miradas.

Sin embargo, como todos sabían la amistad que Edmunda me profesaba, no se atrevían á rechazarme abiertamente; al fin pude lograr saber lo que nos interesaba, y Edmunda remedió cuantos males le dí á conocer. En una parte hallamos una casa toda llena de goteras y rendijas, y mientras se veía á una jóven con delantal de seda, la lluvia caía sobre la cama de su abuela y sobre la cuna de sus hermanitos; mandamos reparar los techos y las paredes, dimos los materiales y pagamos á los operarios, pero no dimos ni un óbolo para delantales primorosos.

En otro lado una anciana estaba reducida á mendigar, porque no había escuchado más que á su corazón dando sus bienes á sus hijos, que ó la echaron de la casa, ó hicieron su vida tan amarga en ella, que prefería vagabundear. Nos constituimos en abogados de la vieja, con amenaza de elevar, á nuestra costa, este asunto al conocimiento de los tribunales.

y obtuvimos para ella una pension que atimentábamos con nuestros socorros, cuando no era bastante á cubrir sus necesidades. De muchos ancianos que se hallaban en la misma posicion conseguimos que se asociaran y se pusieran á pension en la casa de uno de ellos mismos á quien dimos un pequeño fondo, y el cual, á fuerza de industria y órden, llegó á hacer buenas especulaciones, en términos que muchos de sus hijos, que los habian abandonado por pobres, vinieron á pedirles perdon y á ayudarles en su establecimiento.

Otras muchas cosas hicimos además, cuya enumeracion seria demasiado prolija é inútil puesto que ya las vereis. Digo *nosotros*, porque, poco á poco, aunque no queria mezclarme en hacer nada más de lo que habia hecho, fui impelido y forzado á hacer mucho más, á mezclarme en muchas cosas, y finalmente en todo.

En una palabra, yo soy quien tomo los informes, quien dirijo los trabajos y quien hace las negociaciones. La señorita Edmunda ha querido que tuviera dinero en mi poder, y hasta que dispusiera de él sin consultarla de antemano; pero esto fué lo que jamás me permití; pero tampoco ella me contradijo ni una sola vez en mis ideas. Como podéis suponer, to-

do esto me ha acarreado muchos trabajos y no pocos disgustos.

Desde que los habitantes saben que soy un pequeño *Turgoť*, se han echado en medio del surco para no trabajar, y esta indolencia me llena de pesar. Tengo amigos que no me engrien y enemigos de quienes no hago caso. Los *falsos menesterosos* me odian porque no pueden engañarme, hay indiscretos y gentes sin virtud que creen que se hace siempre demasiado por lo demás, y jamás bastante por ellos. En medio de este ruido y de estas habladurías yo no me paseo ya por las noches, ni duermo de día. Soy M. Paciencia y no el hechicero ni el solitario de la torre de Gazeau; pero creedme: hubiera querido nacer egoísta, y daría cualquier cosa por volver á mi vida salvaje y á mi libertad.

Después que Paciencia acabó de hablar, le felicitamos por todo, pero sin hacerle la menor objeción contra su supuesta abnegación personal: aquel magnífico jardín manifestaba una transacción con las *necesidades superfluas*, cuyo uso había criticado y deplorado toda su vida en los demás.

—Esto, dijo alargando el brazo por el lado de su cercado, no me pertenece; lo han hecho contra mi voluntad, pero como eran unas gentes honradas y mi negativa las afligía, me he

visto precisado á consentir, pues debeis saber que aunque he hecho muchos ingratos, tambien he hecho algunos felices agradecidos. Dos ó tres familias á quienes he hecho favores han buscado todos los medios posibles de proporcionarme distracciones y contentos, y como yo lo rehusaba todo, resolvieron sorprenderme. Una vez fui á pasar muchos días en la Bartheuoux para un asunto de confianza que me habian encomendado, pues han llegado á suponerme todos un talento extraordinario, natural condicion del vulgo que pasa frecuentemente de un extremo á otro. Cuando volví hallé este jardin plantado y cercado como le habeis visto. Por más que me mostré enojado, por más que dije que no queria trabajar, que era demasiado viejo y que el placer de comer algunas frutas más, no merecia la pena de emplear mi tiempo en cuidar el jardin, no me hicieron caso y lo acabaron, declarándome que nada tendria que hacer porque ellas se encargaban de cultivarlo por mí.

En efecto, en el trascurso de dos años no han dejado de venir esas honradas gentes, unas veces unos y otras veces otros, á pasar en cada estacion el tiempo necesario para su perfecta conservacion. Por lo demás, aunque nada haya cambiado en mi modo de vivir, me ha sido útil el producto de este jardin; he po-

dido alimentar durante el invierno á muchos pobres con mis legumbres; las frutas me servian para captarme las simpatías de los niños que no gritan ya *al lobo* cuando me ven, y hasta se atreven á venir á abrazar al hechicero. Me han obligado á aceptar tambien vino y de vez en cuando pan blanco y queso; pero todo esto no me sirve sino para hacer finezas á algunos ancianos que vienen á manifestarme las necesidades de la aldea y á encargarme que lo participe á los del castillo. Ya veis que estos honores no me trastornan la cabeza, y aun puedo decir que cuando haya hecho lo que tengo que hacer, dejaré los cuidados y sinsabores de la grandeza y volveré á la vida de filósofo y tal vez á la torre de Gazeau, ¿quién sabe?

Llegábamos al fin de nuestra marcha. Al poner el pié en las gradas del castillo junté las manos, y sobrecogido de un sentimiento religioso invoqué al cielo con una especie de terror. No sé que vago temor se despertó en mí; me imaginé cuanto podía impedirme ser feliz, y vacilé en traspasar el umbral de la puerta; pero al fin me lancé dentro, turbada mi vista y zumbándome los oídos.

Encontré á San Juan, que no conociéndome, dió un grito y se puso delante de mí para impedirme que entrase sin ser anunciado; lo

empujé fuera del paso y cayó consternado sobre una silla en la sala, en tanto que yo me disponia á entrar en el salon con impetuosidad. Pero en el momento de empujar la mampara bruscamente, me detuve sobrecogido de un nuevo temor y abrí tan tímidamente, que Edmunda, ocupada en bordar, no alzó la vista, creyendo reconocer en este ruido, la manera respetuosa de San Juan. El caballero dormia y no se despertó. Tenia los piés estirados delante de un monton de sarmientos encendidos en la chimenea, á pesar que calentaba el sol, y de que un claro rayo daba en su cabeza blanca y la hacia brillar como si fuera de plata. ¿De qué modo os pintaré la sensacion que esperimenté al ver la actitud de Edmunda? Estaba inclinada sobre su bordado, y de vez en cuando alzaba los ojos para mirar á su padre y examinar los menores movimientos de su sueño; pero, ¡cuánta paciencia y resignacion en todo su ser! Edmunda no tenia aficion á los trabajos de aguja; pero desde que su padre, presa de los achaques de la vejez, no abandonaba casi nunca su sillón, ella tampoco abandonaba un solo instante á su padre, y no pudiendo siempre leer y vivir por el espíritu, se habia resignado á la necesidad de adoptar estas ocupaciones femeninas que eran, segun ella, las distracciones del cautiverio. Ha-

bia, pues, vencido su carácter de una manera heróica. En una de esas luchas oscuras que se verifican frecuentemente á nuestros ojos, sin que sospechemos siquiera su mérito, Edmunda habia hecho más que dominar su carácter, pues habia cambiado hasta en la circulacion de su sangre. La encontré flaca, y su tez habia perdido esa primera flor de la juventud, que es como el fresco vapor que el aliento de la mañana deposita sobre las frutas, y que se cae al menor choque exterior, aunque el ardor del sol lo haya respetado. Pero en aquella palidez precoz y en aquella delgadez enfermiza habia cierto encanto indefinible; su mirada más hundida y siempre impenetrable, tenia menos esquivez y más melancolía que en otro tiempo; su boca más movible tenia la sonrisa más fina y menos desdeñosa. Cuando me habló, me pareció ver dos personas en ella, la antigua y la nueva; y en lugar de haber perdido de su hermosura, hallé que habia completado el ideal de la perfeccion. Sin embargo, oí decir entonces á muchas personas que habia *variado mucho*, lo que, segun ellas, queria decir que habia perdido mucho.

Pero la hermosura es como un templo del que los profanos no ven más que las riquezas exteriores. El divino misterio del pensamiento del artista no se revela si no á las grandes

simpatías, y el menor detalle de la obra sublime encierra una inspiracion que se escapa á la inteligencia del vulgo. Creo que uno de vuestros modernos escritores ha dicho esto en otros términos, y mucho mejor. Por lo que hace á mi, jamás he hallado á Edmunda en ningun momento de su vida más hermosa que en otros; hasta en las horas del dolor en que parece borrarse la hermosura en el sentido material, la suya se divinizaba á mis ojos, y me revelaba otra hermosura moral cuyo reflejo iluminaba su rostro. Por lo demás, si yo hubiese sido pintor no habria podido reproducir mas que un solo tipo, aquel de que mi alma estaba llena; porque una sola mujer me ha parecido hermosa en el discurso de mi larga vida: esta mujer fué Edmunda.

Por algunos instantes permanecí contemplándola, pálida é interesante, triste pero tranquila, imágen viva del amor filial, de la fuerza encadenada por el cariño; en seguida me lancé y caí á sus piés sin poder articular una palabra. Ella no lanzó un grito, sino una exclamacion; pero ciñó mi cabeza con sus dos brazos, y la tuvo largo tiempo estrechada contra su pecho. En este fuerte abrazo, en esta alegría muda, reconocí la sangre de mi raza, reconocí á mi hermana.

El buen caballero despertó sobresaltado, y

fijando la vista, con el codo apoyado sobre su rodilla y plegado el cuerpo hácia adelante, nos miraba diciendo: ¿Qué es eso? ¿qué hay? No podia ver mi rostro oculto en el seno de Edmunda: esta me empujó hácia él, y entónces me estrechó en sus débiles brazos con un arranque de ternura generosa que por un instante le volvió el vigor de la juventud.

Podeis muy bien imaginaros la multitud de preguntas con que me abrumarian padre é hija, y los tiernos cuidados que me prodigarían. Edmunda fué para mí una verdadera madre. Aquella bondad expansiva y confiada tenia tanta santidad, que durante todo aquel dia no tuve á su lado otros pensamientos que los que hubiera tenido, si hubiera sido realmente su hijo. Causóme una grata satisfaccion el cuidado que pusieron para atenuar el efecto de la sorpresa que mi regreso causaria al abate, porque en esto vi una prueba del gozo que iba á experimentar al verme. Hicieron que me ocultase debajo del bastidor de Edmunda y me taparon muy bien con un gran pedazo de tafetan verde, que era el que servia para cubrir la labor de Edmunda. El abate se sentó muy cerca de mí, y le hice dar un grito cogiéndole las piernas, broma que habia acostumbrao á usar con él otras veces, y cuando sali de mi escondite, derribando bruscamente

el bastidor y echando á rodar todos los ovillos de estambre por el suelo, ví en su semblante una espresion de alegría y de terror muy rara é indefinible.

Pero no quiero molestaros más con la narracion de todas estas escenas de familia, á las que mi memoria se transporta, á pesar mio, con demasiada complacencia.

IV

Un inmenso cambio se habia verificado en mí en el transcurso de seis años. Era un hombre poco más ó ménos semejante á los demás; los instintos habian llegado casi á equilibrarse con los afectos, y las impresiones con el raciocinio. Esta educacion social se habia hecho naturalmente, pues yo no habia tenido que hacer más que aceptar las lecciones de la esperiencia y los consejos de la amistad. Faltábame mucho para ser un hombre instruído, pero habia logrado llegar á un estado en que podia adquirir rápidamente una instruccion sólida. Tenia sobre todas las cosas nociones tan claras como podian tenerse en mí

tiempo. Sé que desde aquella época la ciencia ha hecho progresos positivos; los he seguido desde léjos, y jamás he pensado en negarlos. Pero como no veo á todos los hombres de mi edad mostrarse tan racionadores, quiero creer que me han puesto en el buen camino demasiado temprano, puesto que no me he detenido en el laberinto de los errores y de las preocupaciones.

Los progresos de mi espíritu y de mi razon parecieron satisfacer á Edmunda.

—No me admiro de vuestros adelantos, me dijo; vuestras cartas me lo habian dicho, pero me regocijo de ellos con orgullo maternal.

Mi buen tio no tenia ya el vigor necesario para entregarse, como otras veces, á tempestuosas discusiones, y creo verdaderamente que si hubiera conservado este vigor, habria sentido no hallar en mi al antagonista infatigable que tanto le habia contrariado en otro tiempo; sin embargo, hizo algunos ensayos de contradiccion para probarme; pero yo hubiera considerado entónces como un crimen darle este peligroso placer. Mostróse algo enojado y creia que le trataba como si fuera demasiado viejo. Para consolarle, hice girar la conversacion sobre la historia del pasado que acababa de atravesar, y le interrogué sobre mu-

chos puntos en que su experiencia le servia mejor que mis luces. De esta manera adquirí buenas nociones sobre el espíritu de conducta en los asuntos personales, y satisfice plenamente su legítimo amor propio. Me cobró amistad por simpatía, como me habia adoptado por generosidad natural y por espíritu de familia.

No me ocultó que su mayor deseo, antes de descender al sepulcro, era verme casado con Edmunda, y cuando le contesté que este era el único pensamiento de mi vida y el único voto de mi alma,

—Lo sé, lo sé, me dijo, todo depende de ella, y creo que ya no tenga motivos de incertidumbre y vacilacion. No veo, añadió despues de un instante de silencio y con un poco de mal humor, los que podria alegar ahora.

Segun estas palabras, las primeras que se le escaparon sobre el asunto que más me interesaba, conocí que hacia mucho tiempo que era favorable á mis deseos, y que el obstáculo, si alguno existia, procedia de Edmunda. La última reflexion de mi tio implicaba una duda que no traté de esclarecer, pero que sin embargo dejó mucha inquietud en mi corazon. El orgullo quisquilloso de Edmunda me inspiraba tanto temor y su bondad inefable me

imponia tanto respeto, que no me atreví á pedirle abiertamente que fallara sobre mi suerte. Tomé, pues, el partido de obrar como si no hubiese alimentado más esperanza que la de ser siempre su hermano y amigo.

Un acontecimiento que por largo tiempo fué inesplicable para mí, vino á dar nuevo giro á mis pensamientos por espacio de algunos dias. Habíame negado constantemente á ir á tomar posesion de la Roca de Mauprat.

—Es absolutamente preciso, me dijo un día mi tio, que vayas á ver las mejoras que he hecho en tu finca, las tierras que he puesto en buen estado, los arrendamientos que he renovado, en fin, debes ponerte al corriente de tus asuntos, mostrar á tus jornaleros que te tomas interés en sus trabajos; de otro modo, despues de mi muerte todo irá de mal en peor, te verás en la necesidad de arrendarlo todo, lo que no podrá ménos de disminuir tu capital. Yo soy ya demasiado viejo para ir á vigilar tus intereses. Hace dos años que no he podido salir de casa; el abate no entiende palabra de esto, Edmunda es una escelente cabeza, pero no puede decidirse á ir allá porque dice que tiene mucho miedo, lo que no deja de ser una niñada.

—Conozco que debo mostrar más valor, le

respondí; y sin embargo, tío mio, lo que me mandais es para mí la cosa más penosa del mundo. No he puesto el pié en aquella tierra maldita desde el día que salí de ella arrancando á Edmunda del poder de sus raptores. Me parece que me lanzais del cielo para enviarme á visitar el infierno.

El caballero se encogió de hombros; el abate me suplicó que tratara de complacerle, pues mi resistencia era una verdadera contrariedad para mi tío. Sometíme, pues, al sacrificio, y resuelto á dominar lo mejor que pudiera mi repugnancia, me despedí de Edmunda diciéndole que volveria dentro de dos dias. El abate quiso acompañarme para distraerme de los tristes pensamientos que iban á asediarme; pero se me hizo cargo de conciencia alejarlo de Edmunda durante este corto espacio de tiempo, porque sabia cuán necesario le era. Adherida como estaba al sillón del caballero, su vida era tan grave, tan retirada, que no podia ménos de resentirse al menor acontecimiento.

Cada año se habia aumentado más su aislamiento, y casi habia llegado á ser completo desde que la caducidad del caballero habia desterrado de su mesa las canciones y los chistes, hijos alegres del vino. Habia sido gran cazador, y la fiesta de San Huberto, que era pre-

cisamente la suya, habia reunido en otro tiempo á su alrededor, en semejante dia, á toda la nobleza del país.

Por mucho tiempo habian resonado los patios con los ahullidos de la jauría; por mucho tiempo habian contenido las caballerizas dos largas filas de alazanes briosos; por mucho tiempo se habia oido en las montañas el eco de la corneta de caza, ó debajo de las ventanas alegres tocatas que acompañaban á los brindis de la alborozada compañía. Pero estos hermosos dias habian desaparecido largo tiempo hacia; el caballero ya no cazaba, y la esperanza de obtener la mano de su hija no retenia ya al rededor de su sillón á los jóvenes fastidiados de su vejez, de sus ataques de gota y de las historias que repetia por las noches, sin acordarse de que las habia contado por la mañana.

Las obstinadas negativas de Edmunda y la marcha de Mr. de la Marche habian causado mucha sorpresa y estimulado á la curiosidad á hacer prolijas investigaciones.

Cierto joven, apasionado de ella, despedido como los demás y arrastrado por un necio y cobarde orgullo, á vengarse de la única mujer que, segun él, se habia atrevido á rechazarle, descubrió que Edmunda habia sido robada por los *Corta-piernas*, y divulgó la voz de que

habia pasado una noche de orgía en la Roca de Mauprat, si bien habia que agradecerle todavía que se hubiese dignado decir que ella no habia cedido sino á la violencia.

Edmunda infundia demasiado respeto y estimacion para suponer que habia estado por su voluntad en poder de los bandidos; pero todos creyeron que habian sido víctima de su brutalidad.

Marcada con una mancha indeleble, cesó de ser solicitada por nadie. Mi ausencia no sirvió más que para confirmar esta opinion. Yo la habia salvado de la muerte, decian, pero no de la infamia, y por consiguiente no podia casarme con ella; pero como estaba perdidamente enamorado, huia para no sucumbir á la tentacion de darle mi mano. Todo esto tenia tanta verosimilitud que era difícil hacer creer al público otra cosa, y lo era tanto más, cuanto que Edmunda nada hizo para destruir la calumnia, ni hacer callar la maledicencia, dando su mano á un hombre á quien no podia amar.

Tales eran las causas de su aislamiento, segun supe más tarde. Pero viendo el interior tan austero del caballero y la serenidad tan melancólica de Edmunda, temí hacer caer una hoja seca sobre aquella agua dormida, y supliqué al abate que permaneciese á su lado

hasta mi vuelta, y solo llevé conmigo á mi fiel sargento Marcasse, á quien Edmunda no habia querido dejar alejarse de mí, y el cual participaba de la cabaña elegante y de la vida administrativa de Paciencia.

Llegué á la Roca de Mauprat en una tarde nebulosa de los primeros días de otoño: el sol estaba velado, la naturaleza como aletargada en el silencio y la bruma, los llanos desiertos, el aire solo lleno con el movimiento y el ruido de grandes falanges de aves de paso: las grullas dibujaban en el cielo triángulos gigantescos y las cigüeñas, pasando á una altura inconmensurable, enviaban desde las nubes gritos melancólicos.

Por la primera vez del año sentí el frío de la atmósfera, y creo que á todos los hombres sobrecoje una tristeza instintiva al aproximarse la estación rigurosa. Hay en las primeras escarchas cierta cosa que recuerda al hombre la próxima dispersion de los elementos de su ser.

Habiamos atravesado el bosque mi compañero y yo sin decirnos una sola palabra, y habiendo dado un largo rodeo para evitar la torre de Gazeau, que no me sentía con fuerzas de volver á ver. El sol declinaba á su ocaso entre velos cenicientos cuando pasamos el rastrillo de la Roca de Mauprat. Este rastrillo esta-

ba roto, el puente no se levantaba ya, y solo daba paso á pacíficos rebaños y á sus indolentes pastores.

Los fosos estaban semi obstruidos, y ya las azuladas mimbreras estendian sus ramos flexibles sobre las aguas bajas; la ortiga crecia al pié de las torres derruidas, y las huellas del fuego parecian todavia recientes en los muros. La parte de edificio que servia de granja estaba renovada, y el corral lleno de ganado, aves, chiquillos, perros é instrumentos de labranza, contrastaba con aquella sombría muralla, donde creia ver todavia la llama roja de los sitiadores y correr la sangre negra de los Mauprat.

Fui recibido con la cordialidad tranquila y algo fria de los habitantes de Berri. No hicieron esfuerzo alguno por agradarme, pero no me dejaron carecer de nada. Me instalé en la única habitacion que no habia sufrido detrimento en el sitio del castillo, ni sido abandonada desde aquella época á la accion del tiempo.

La arquitectura maciza de este edificio se remontaba al siglo X; la puerta era más pequeña que las ventanas, y estas mismas daban tan poca luz, que era preciso encender teas para penetrar dentro, á pesar de que acababa de ponerse el sol. Este edificio habia sido res-

taurado provisionalmente para servir de posada al nuevo señor ó á sus mandatarios. Mi tío Huberto habia ido allí muchas veces para inspeccionar y cuidar sus intereses, mientras sus fuerzas se lo permitieron, y fuí conducido al mismo cuarto que él habia reservado para sí, y que desde entónces se llamó el cuarto del amo.

Habian trasladado á él todo lo que pudo salvarse del antídúo ajuar, y como era frio y húmedo, á pesar de todo el cuidado que se habia empleado para hacerlo habitable, tuvo que echar á andar delante de mí la criada del colono con un tizon en una mano y un haz de sarmientos en la otra.

Ciego por el humo que iba arrojando y se esparcia á mi alrededor, engañado por la nueva puerta que habian abierto en otro punto del patio, y por ciertos corredores que habian tapiado para ahorrarse el trabajo de conservarlos, llegué hasta este cuarto sin reconocer nada, y aún me hubiera sido imposible decir en qué parte de las antiguas habitaciones del castillo me hallaba, á causa de que el nuevo aspecto que se les habia dado confundía mis recuerdos, y mi alma, demasiado triste y turbada se cuidaba poco de los objetos exteriores.

Encendieron lumbre, mientras que yo, ar-

rojándome en una silla y ocultando la cabeza entre mis manos, me entregué á tristes cavilaciones. Esta situación, sin embargo, no carecía de encanto, pues lo pasado se reviste naturalmente de formas embellecidas ó dulcificadas en el cerebro de los jóvenes, dueños presuntuosos del porvenir.

Cuando, á fuerza de soplar el tizon, hubo la criada llenado el cuarto de un humo espeso, salió en busca de lumbre y me dejó solo. Marcasse se había quedado en la caballeriza para cuidar nuestros caballos. Tejon me había seguido; acostado delante de la chimenea, me miraba de vez en cuando, con aire disgustado, como para preguntarme por qué estábamos en un sitio tan malo y al lado de un fuego tan pobre.

De repente, dirigiendo mi vista en derredor me pareció que se despertaba mi memoria. El fuego, despues de haber hecho crugir la leña verde, despidió una llamarada en la chimenea, y todo el cuarto quedó alumbrado con una luz brillante, pero agitada, que daba á los objetos una apariencia dudosa y estraña. Tejon se levantó, volvió la espalda al fuego y se sentó entre mis piernas como si esperara alguna cosa extraordinaria é imprevista.

Entónces conocí que aquel sitio no era otro que el dormitorio de mi abuelo Tristan, ocu-

pado despues, durante muchos años por su hijo mayor, el detestable Juan, mi más cruel opresor, el más vil é infame de los *Cortapiernas*.

Apoderóse de mí un movimiento de terror y disgusto al reconocer los muebles y hasta la cama de columnas espirales, en la que mi abuelo habia entregado á Dios su alma criminal, entre los tormentos de una lenta agonia.

El sillón en que me hallaba sentado era el que ocupaba Juan el *tuerto* (como él mismo se complacia en llamarse en sus dias de broma) para meditar sus crímenes ó pronunciar sus odiosas sentencias. Creí ver pasar en aquel momento, los espectros de todos los Mauprat con sus manos ensangrentadas y sus ojos embotados por el vino. Me levanté, y ya iba á ceder al horror que experimentaba tomando la fuga, cuando de repente vi alzarse delante de mí una figura tan clara, tan perceptible, tan diferente, en virtud de sus apariencias de realidad, de las quimeras que acababan de atormentarme, que volví á caer sobre mi silla todo bañado de un sudor frio. Juan Mauprat estaba de pié al lado de la cama. Acababa de salir de ella, porque tenia todavía un pedazo de cortina entreabierta. Me pareció el mismo que otras veces, sin más

diferencia que estar algo más flaco, pálido y feo; su cabeza estaba rasurada y su cuerpo envuelto en un sudario de color oscuro.

Lanzóme una mirada infernal; una sonrisa horrible y mofadora asomó á sus lábios delgados y marchitos. Permaneció inmóvil, con la vista clavada en mí, y me pareció que quería dirigirme la palabra.

En aquel instante estaba yo convencido de que lo que veía era un ser viviente, un hombre de carne y hueso; así que, es increíble que me sintiese helado de un terror tan pueril; pero en vano lo negaría, y aunque después no he podido explicármelo á mí mismo, lo cierto es que me hallaba encadenado por el miedo. Su mirada me petrificaba, mi lengua estaba paralizada.

Tejon se lanzó sobre él, entónces Juan agitó los pliegues de su vestidura, semejante á la mortaja manchada con la humedad del sepulcro, y me desmayé.

Cuando volví en mí, Marcasse estaba á mi lado y me levantaba con inquietud. Estaba tendido en el suelo y tieso como un cadáver. Gran trabajo me costó coordinar mis ideas, pero tan pronto como pude sostenerme en mis piernas, cogí á Marcasse por la cintura y lo arrastré precipitadamente fuera de aquella estancia maldita. Muchas veces estuve á pun-

to de caerme al bajar la escalera de caracol, y hasta que respiré en el patio el aire fresco de la noche y el sano olor de los establos, no recobré el uso de mi razon.

No vacilé en atribuir lo que acababa de pasar á una alucinacion de mi cerebro. Habia hecho mis pruebas de valor en la guerra, en presencia de mi bravo sargento, y por consiguiénte no me avergoncé de confesarle la verdad. Contesté sinceramente á sus preguntas, y le pinté mi horrible vision con tales pormenores, que no pudo menos de manifestarse aterrado á su vez como si se tratase de una realidad, y repitió muchas veces con aire pensativo paseándose conmigo por el patio: Singular! singular!... admirable!

—No, esto no es admirable, le dije, cuando me hallé enteramente repuesto. He experimentado la sensacion más dolorosa del mundo al llegar aquí; hacia muchos dias que luchaba por dominar la repugnancia que sufría en volver á ver la Roca de Mauprat. Ayer noche tuve la pesadilla y me levanté tan fatigado y tan triste, que si no hubiera temido enojar á mi tio, habria diferido este viaje desagradable. Al entrar aqui sentí mucho frio; mi pecho estaba oprimido, no respiraba. Quizás tambien el humo ácre, de que estaba lleno el cuarto, me trastornó la cabeza. En fin, des-

pués de las fatigas y de los peligros de nuestra desgraciada travesía, de que apenas nos hemos repuesto aún, ¿será extraño que haya sufrido una crisis nerviosa en la primera emoción desagradable?

—Decidme, replicó Marcasse siempre pensativo, ¿habeis reparado en Tejon en aquel momento? ¿Qué hizo Tejon?

—Me parece que se lanzó sobre el fantasma en el momento de desaparecer; pero indudablemente he soñado esto como todo lo demás.

—Hum! dijo el sargento; cuando entré, Tejon estaba como azogado. Iba, venia donde estábais vos, volvía, olfateaba, arañaba la pared, iba hacia la cama, venia hacia mí, volvía á donde estábais. Oh! esto es muy singular! admirable!

Después de algunos instantes de silencio, exclamó meneando la cabeza:

—No hay aparecidos! Por otra parte, ¿quién asegura que ha muerto Juan? Dos Mauprat todavía! ¿Quién sabe? ¿No hay aparecidas, y mi amo loco? Jamás. Enfermo? No.

Terminado este coloquio, fué el sargento á buscar una luz, desenvainó su inseparable espada, silbó á Tejon, y volvió á coger valerosamente la cuerda que servía de pasamano á la escalera, suplicándome que me quedara aba-

jo. Por grande que fuese mi repugnancia á subir otra vez al cuarto, no vacilé en seguir á Marcasse, á pesar de sus instancias, y nuestro primer cuidado fué visitar la cama; pero mientras hablábamos en el patio, la criada habia puesto sábanas limpias y acababa de estender y estirar la colcha.

—Quién se ha acostado aquí? le preguntó Marcasse con su prudencia acostumbrada.

—Nadie, respondió, nadie más que el caballero ó el señor abate Auberto cuando solian venir.

—Pero hoy ó ayer, no se ha acostado nadie? replicó Marcasse.

—Ayer y hoy, nadie, señor; porque hace dos años que no viene el caballero, y el señor abate jamás se ha acostado en esta cama desde que viene solo; llega por la mañana, almuerza con nosotros y se marcha á la tarde.

—Pero la cama estaba deshecha, dijo Marcasse mirándola con atencion.

—Ah! eso bien puede ser, señor, contestó la criada; no sé cómo quedaria la última vez que se acostaron en ella; al echar las sábanas hoy no he reparado; todo lo que sé es que estaba la capa de Mr. Bernardo que la habia echado encima.

—Mi capa! exclamé, la he dejado en la caballeriza.

—Y la mia tambien, dijo Marcasse; acabo de liarlas y colocarlas sobre el arca de la cebada.

—Quiere decir que teneis dos, replicó la criada, porque estoy segura de haber quitado una de encima de la cama, una capa toda negra y nada nueva.

—La mia estaba precisamente forrada de encarnado y bordada con un galon de oro. La de Marcasse era azul. De consiguiente la capa en cuestion no era de ninguno de los dos, puesto que las nuestras habian quedado en la cuadra.

—Y qué habeis hecho de ella? preguntó el sargento.

—La puse sobre el sillón, respondió la criada, pero ¿qué es eso? ¿La habeis recogido mientras he salido á buscar candela, porque no la veo?

La buscamos por todo el cuarto, pero fueron inútiles nuestras pesquisas; la capa no pareció en ninguna parte. Supusimos que la necesitábamos, no negando que fuese nuestra. La fámula desbarató la cama, levantó los colchones en nuestra presencia y fué á preguntar al mozo de la cuadra qué habia hecho de ella. Toda la granja se puso en alarma, temiendo

cada cual ser acusado de robo. Preguntamos si habia venido algun forastero á la Roca de Mauprat, y si todavía no se habia ido. Cuando nos aseguramos de que aquellas honradas gentes no habian albergado ni visto á nadie, las tranquilizamos sobre la capa perdida, diciéndoles que Marcasse la habia enroyado inadvertidamente con las otras dos, y nos encerramos en el cuarto, á fin de registrarlo bien, pues era ya casi evidente que yo no habia visto á un espectro, sino al mismo Juan Mauprat ó á otro hombre cualquiera que se le parecia y habia equivocado con él.

Habiendo Marcasse escitado á Tejon con la voz y el gesto, observó todos sus movimientos.

—No tengais cuidado, me dijo con orgullo, mi perro, á pesar de ser viejo, no ha olvidado el antiguo oficio, si hay un agujero tan grande como la mano. No tengas miedo, Tejon, no tengas miedo!

El perro, en efecto, despues de haber olfateado por todas partes, se obstinó en rascar la pared en el mismo sitio donde yo habia visto la aparicion; cada vez que su nariz puntiaguda encontraba alguna parte de ensambladura, temblaba, y meneando enseguida su cola de zorra con aire satisfecho se dirigia á su amo

y parecía quererle decir que fijase allí su atención.

El sargento se puso entónces á examinar la pared y la ensambladura, procuró introducir su espada en alguna rendija pero nada cedió. Sin embargo, no era difícil que hubiese allí una puerta, pues los adornos de la ensambladura podían ocultar algún bastidor hábilmente practicado. Era preciso hallar el resorte que hacía jugar el bastidor; pero esto nos fué imposible; á pesar de todos los esfuerzos que hicimos durante más de dos horas, inútil fué que intentáramos menear el tabique; tenía el mismo sonido que los demás; todos eran sonoros é indicaban que la ensambladura no estaba muy adherida á la pared, si bien solo podía distar de ella algunas líneas.

En fin, Marcasse bañado en sudor, se detuvo y me dijo:

—Somos muy locos; aunque estuviéramos buscando hasta mañana, no hallaríamos resorte alguno, si efectivamente no le hay; y aún cuando diéramos hachazos, no derribaríamos la puerta si tiene detrás gruesas barras de hierro como he visto en otros antiguos castillos.

—Podríamos, le dije, hallar la salida, si existe alguna, sirviéndonos del hacha, pero, ¿porqué á una simple indicacion de tu perro

que araña la pared, nos hemos de obstinar en creer que Juan Mauprat ó el hombre que se le parece, no ha entrado y salido por la puerta.

—Entrado, podría suceder, respondió Marcasse, ¡pero salido! no á fé mia, porque la criada bajaba, yo estaba en la escalera limpiando mis zapatos, cuando oí caer una cosa aquí, subí al punto tres escalones, y me hallé á vuestro lado; estábais hecho un cadáver, tendido en el suelo y muy malo; juro que nadie ha entrado ni salido.

—En ese caso, he soñado con el diablo de mi tío, y la criada ha soñado con una capa negra, porque indudablemente aquí no hay puerta secreta; y aunque la hubiera, y todos los Mauprat vivos y muertos tuvieran la llave, ¿qué nos importa? ¿Somos agentes de policía para indagar el paradero de esos malvados, y aún cuando los halláramos ocultos en alguna parte, ¿no les ayudaríamos más bien á huir que entregarlos á la justicia? Nosotros tenemos nuestras armas, no debemos temer que nos asesinen esta noche, y si se divierten en meternos miedo, ¡pardiez! ¡desgraciados ellos! No conozco parientes, ni amigos, cuando me quitan el sueño de repente. Así, pues, soy de parecer que pidamos la tortilla que esas buenas gentes de la granja nos preparan, por-

que si seguimos golpeando y arañando las paredes, van á tenernos por locos.

Marcasse cedió por obediencia más bien que por convicción; no sé qué importancia daba al descubrimiento de este misterio, ni qué inquietud le atormentaba, pues no quiso dejarme solo en el aposento encantado, temiendo que volviera á darme otro accidente ó alguna convulsion.

—Oh! esta vez, le dije, no seré tan cobarde. La capa me ha curado de miedo á los aparecidos, y no aconsejo á nadie que se roce conmigo.

El hidalgo se vió obligado á dejarme solo. Cebé mis pistolas y las coloqué al alcance de mi mano sobre la mesa; pero estas precauciones fueron inútiles; nada turbó el silencio de aquella estancia y las tupidas cortinas de damasco encarnado no fueron agitadas por el menor soplo.

Marcasse volvió, y satisfecho de hallarme tan alegre como me habia dejado, preparó nuestra cena con tanto cuidado como si hubiésemos venido á la Roca de Mauprat con la única intencion de tener una buena franquela.

Como el hidalgo estaba de humor, tuvo felices ocurrencias, burlándose del gallo que cantaba todavía en el asador y del vino que hacia

el efecto de un cepillo en la garganta. Pero el colono de la granja vino á aumentar su buen humor, trayéndonos algunas botellas de excelente madera, que el caballero le habia entregado en otro tiempo, y del cual gustaba beber uno ó dos vasos cuando ponía el pié en el estribo.

Por recompensa invitamos á este buen hombre á que cenara con nosotros para hablar de asuntos lo menos enojosamente posibles.

—En buen hora, nos dijo, será como en otros tiempos: los villanos comían á la mesa de los señores de la Roca de Mauprat; vos haceis lo mismo, Mr. Bernardo, está bien.

—Sí, señor, le respondi friamente, pero yo lo hago con aquellos que me deben dinero, no con aquellos á quienes le debo.

Esta respuesta y la palabra *señor* le intimidaron de tal modo que empleó muchas ceremonias para sentarse á la mesa; pero insistí, queriendo al punto dar la medida de mi carácter. Lo traté como á un hombre hasta el que yo queria descender. Le obligué á ser casto en sus bromas, y le permití que fuese expansivo y chistoso dentro de los límites de una honesta alegría; él era naturalmente jovial y franco. Le examiné con atención para ver si tenia alguna familiaridad con el fantas-

ma que se dejaba olvidada su capa sobre las camas; pero esto no era en manera alguna probable, conservaba en el fondo tanta aversion á los *Corta-piernas*, que sin su respeto á mi parentela, los hubiera de buena gana tratado, en mi presencia, como merecian; pero no pude tolerarle ninguna libertad sobre este particular, y le invité á darme cuenta de mis asuntos, lo que hizo con inteligencia, exactitud y lealtad.

Cuando se retiró, observé que el madero le habia hecho mucho efecto, porque le flaqueaban las piernas y tropezaba en todos los muebles; sin embargo, habia conservado bastante dominio sobre su cerebro para discurrir con acierto. Despues noté siempre que el vino obraba más sobre los músculos de la gente del campo que sobre los nervios; que andaban con dificultad, pero que por el contrario los escitantes producian en ellos una beatitud que nosotros no conocemos, y que hace de su embriaguez un placer enteramente distinto del nuestro y muy superior á nuestra exaltacion febril.

Cuando nos hallamos solos Marcasse y yo, aunque no estábamos borrachos, notamos que el vino nos habia dado una alegría que no hubiéramos tenido en la Roca de Mauprat, aún sin la aventura de la fantasma. Habitua-

dos á una franqueza mútua, nos hicimos mútuamente esta reflexion, y convenimos en que nos sentiamos mejor dispuestos que antes de cenar para recibir á todos los lobos hechiceros de la Varenne.

Esta palabra de lobos hechiceros me recordó la aventura que me habia puesto en relacion muy poco simpática con Paciencia, á la edad de trece años. Marcasse la conocia, pero no sospechaba siquiera el carácter que yo tenia en aquella época, y me divertí en contarle mi carrera despavorida por los campos despues de haber sido azotado por el hechicero.

—Esto me hace pensar, le dije al concluir que tengo la imaginacion fácil de exaltar y que no soy inaccesible al miedo de las cosas sobrenaturales. Así es que la fantasma que acabo de ver...

—No importa, no importa dijo Marcasse examinando el cebo de mis pistolas y colocándolas sobre mi mesa de noche, no olvidéis que no todos los *Corta-piernas* están muertos; y que si Juan se halla en este mundo haré todo el mal que pueda hasta que sea enterado y encerrado con triple llave en las cavernas del diablo.

El vino desataba la lengua del hidalgo que no carecia de agudeza de ingenio cuando se

permitia estas raras infracciones á su sobriedad habitual. No quiso abandonarme é hizo su cama al lado de la mia.

Mis nervios estaban escitados por las emociones de aquel dia, é insensiblemente vine á hablar de Edmunda, no de manera que hubiera merecido la menor reconvencion de su parte, si hubiese escuchado mis palabras, pero sin embargo más de lo que debia permitirme con un hombre que era todavía mi subalterno, y no mi amigo, como llegó á ser despues. No sé positivamente lo que le dije acerca de mis pesares, esperanzas y temores; no obstante, estas revelaciones tuvieron un efecto terrible, como muy pronto vereis.

Hablando nos quedamos dormidos, Tejon á los piés de su amo, la espada atravesada al lado del perro sobre las rodillas del hidalgo, la luz entre nosotros dos, mis pistolas al alcance de mi brazo, mi machete debajo de la almohada y los cerrojos echados.

Nada turbó nuestro reposo; y cuando nos despertó el sol, los gallos cantaban alegremente en el patio y los boyeros se dirigian unos á otros chanzas rústicas unciendo á los bueyes debajo de nuestras ventanas.

—Es indudable, aquí hay gato encerrado; tal fué la primera palabra de Marcasse al

abrir los ojos, y volviendo á tomar la conversacion donde la habia dejado la víspera.

—¿Has visto ú oído alguna cosa esta noche? le dije.

—Nada absolutamente, contestó; pero es indudable, aquí hay gato encerrado; Tejon no ha dormido bien, mi espada está caída en el suelo, y despues todavía no hemos podido esplicarnos nada de lo que en esta habitacion ha pasado.

—Que lo esplique quien quiera, respondí, no me ocuparé ciertamente de esto.

—Haceis mal, muy mal!

—Como gustéis, mi sargento, pero no me gusta nada este cuarto y me parece tan feo de dia, que necesito ir muy léjos á respirar el aire puro.

—Pues bien! yo os acompañaré; pero volveré. No quiero dejar esto á la casualidad. Sé de qué es capaz Juan Mauprat, y vos no.

—Ni quiero saberlo; y si hay algun peligro para mí ó para alguno de mi familia, no puedo permitir que vuelvas.

Marcasse meneó la cabeza y nada contestó. Antes de partir hicimos otra visita á la granja, y llamó la atencion de Marcasse una cosa en la que yo no hubiera reparado. El colono quiso presentarme á su muger; pero esta no consintió en dejarse ver por mí y

fué á ocultarse detrás de un cañamar. Yo atribuí esta rusticidad á la timidez de la juventud.

—Linda juventud por cierto! dijo Marcasse; una juventud como la mia, de cincuenta años cumplidos! Os lo repito, aquí hay gato encerrado.

—¿Y qué diablo de gato puede haber?

—¡Hum! en sus tiempos ha estado en muy buenas relaciones con Juan Mauprat, y me consta que el *tuerto* no le ha parecido costal de pajas. Os digo que lo sé; oh! y otras muchas cosas más, no lo dudeis.

—Me las dirás cuando volvamos aquí, le contesté, y no será muy pronto, porque mis asuntos van mucho mejor que si yo me mezclara en ellos, y no quisiera acostumbrarme á deber madera para no tener miedo á mi sombra. Si deseas complacerme, Marcasse, á nadie hablarás de lo que ha pasado, no todos profesan á tu capitan la misma estimacion que tú.

—El que no estime á mi capitan es un imbecil, contestó el hidalgo con tono doctoral; pero si me lo mandais nada diré.

En efecto Marcasse me cumplió su palabra. Por cuanto hay en el mundo hubiera yo querido turbar al espíritu de Edmunda con la relacion de tan necia historia. No puede sin em-

bargo impedir á mi sargento que ejecutase su proyecto.

Desde la mañana del siguiente día desapareció y por Paciencia supe que habia vuelto á la Roca de Mauprat pretestando haberse dejado olvidada una cosa.

V

En tanto que Marcase se entregaba á sus graves investigaciones, pasé al lado de Edmunda dias llenos de delicias y de angustias. Su conducta firme, generosa, pero reservada bajo muchos aspectos, me sumergia en continuas alternativas de alegría y de dolor.

Un dia tuvo el caballero una larga conferencia con ella, mientras estaba yo de paseo, y llegué precisamente en el momento de estar más animada la conversacion; apenas me vió mi tio, me dijo:

—Acércate, ven á decir á Edmunda que la amas, que la harás feliz, que te has corregido de tus antiguos defectos. Procura agradarla,

porque es preciso que esto concluya de una vez, que cese la posicion estraña que tenemos en la sociedad, pues no quiero bajar al sepulcro sin haber visto rehabilitarse el honor de mi hija, y sin estar seguro de que ningun ridiculo capricho de su parte la sepultarará en un convento, en vez de dejarla ocupar en el mundo el rango que la pertenece y que he trabajado durante toda mi vida por asegurarle. Vamos, Bernardo, échate á sus piés; ten ánimo para decirle alguna cosa que la persuada, ó si no creeré ¡Dios me lo perdone! que eres tú quien no la amas ni deseas sinceramente casarte con ella.

—¡Yo! justo cielo! exclamé, no desearlo! cuando no tengo otro pensamiento hace siete años; cuando mi corazon no ha abrigado otro deseo, ni mi imaginacion ha concebido otra felicidad!

Entónces dije á Edmunda todo lo que me dictó la pasion más exaltada. Ella me escuchó en silencio y sin retirar las manos que yo cubria de besos. Pero su fisonomía estaba grave, y la espresion de su voz me hizo temblar cuando dijo, despues de haber reflexionado algunos instantes:

—Mi padre no deberia jamás dudar de mi palabra; he prometido casarme con Bernardo, lo he prometido á Bernardo y á mi pa-

dre, y es indudable que me casaré con él.

En seguida añadió, después de otra pausa y con tono más severo:

—Pero si mi padre cree hallarse tan cercano al sepulcro, ¿porqué quiere obligarme á que solo piense en mí y vista el traje de boda en la hora de sus funerales? Si por el contrario está, como creo, todavía lleno de fuerza á pesar de sus padecimientos, y puede disfrutar largos años el amor de su familia, ¿porqué se empeña en abreviar el plazo que le he pedido? ¿No es por ventura una cosa demasiado importante para que no reflexione en ella? Un cambio que debe durar toda mi vida y que decidirá, no digo de mi felicidad, pues sabría sacrificarla al menor deseo de mi padre, sino de la paz de mi conciencia y de la dignidad de mi conducta; (porque, ¿qué muger puede estar bastante segura de sí misma para responder de un porvenir encadenado contra su voluntad?); ¿Semejante compromiso no merece que se pesen todos los riesgos y todas las ventajas durante muchos años á lo ménos?

—¡A Dios gracias! ya hace siete años que pesas todo eso, dijo el caballero, y debes saber muy bien si te tiene cuenta ó nó casarte con tu primo. Si estás resuelta á darle tu mano, ¡qué diantre! dásela; pero si no le quieres, acaba de decirlo y que se presente otro.

—Padre mio, replicó Edmunda algo más friamente, yo no me casaré sino con él.

—¡Sino *con él!* está muy bien, dijo el caballero golpeando con las tenazas los leños de la chimenea; pero esto no quiere decir tal vez que te cases con él.

—Me casaré con él, padre mio, replicó Edmunda. Hubiera deseado algunos meses más de libertad; pero puesto que os desagradan todas estas dilaciones, estoy pronta á obedecer vuestras órdenes.

—¡Diablo! hé aquí un buen modo de sentir, exclamó mi tío, ¡y muy comprometido para tu primo! ¡Pardiez! Bernardo, ya soy muy viejo; pero puedo decir que cada vez entiendo menos á las mugeres, y probablemente moriré sin haberlas comprendido.

—Tío mio, le dije, comprendo muy bien la repugnancia de mi prima en casarse conmigo; he merecido su desden. He hecho cuanto he podido para reparar mis crímenes. Pero, depende de ella olvidar un pasado que la ha hecho sufrir tanto? Por lo demás, si ella no me perdona, imitaré su rigor; no me perdonaré tampoco á mi mismo, y renunciando á toda esperanza en este mundo, me alejaré de ella y de vos, para imponerme un castigo peor que la muerte.

—Adios! todo se ha concluido! dijo mi tío

arrojando las tenazas al fuego; mira, mira lo que has conseguido, hija mia!

Yo habia dado algunos pasos para salir; sufría terriblemente, pero Edmunda corrió hácia mí, me cogió del brazo, y llevándome á donde estaba su padre, me dijo:

—Sois muy cruel é ingrato en decir eso. ¿Es propio de un corazon noble y generoso renunciar á una amistad, á un amor, y aún me atrevo á decir, una fidelidad de siete años, solo porque os pido algunos meses más de prueba? ¿Y aún cuando jamás os haya profesado, Bernardo, un amor tan vivo como el vuestro, el que os he manifestado hasta ahora es tan poca cosa que merezca vuestro desprecio y que renunciéis á él solo porque no me inspirais el que creéis debo exigir? ¿Sabeis que por esta cuenta ninguna muger tendria derecho á poner á prueba la amistad? ¿Quereis en fin castigarme por haberos servido de madre, alejándoos de mí ó no recompensarme sino con la condicion de ser vuestra esclava?

—No, Edmunda, no, le contesté con el corazon oprimido y los ojos llenos de lágrimas, llevando su mano á mis labios; conozco que habeis hecho por mí más de lo que merecia, conozco que en vano querria alejarme de vuestra presencia, pero ¿podeis considerar como

tin crimen el que padezca á vuestro lado? Este es por lo demás un crimen tan involuntario y tan fatal, que se salvaria de todas vuestras reconvenciones y de todos mis remordimientos. No hablemos más de esto; es cuanto puedo hacer. Conservadme vuestra amistad: yo procuraré mostrarme siempre digno de ella.

—Abrazaos y no os separeis jamás, dijo el caballero enternecido. Bernardo, cualquiera que sea el capricho de Edmunda no la abandones jamás, si quieres merecer la bendicion de tu padre adoptivo. Si no llegas á ser su marido, sé siempre su hermano. Piensa, hijo mio, en que muy pronto quedará sola sobre la tierra, y que moriré en el mayor desconsuelo, si no llevo al sepulcro la certidumbre de que le queda un apoyo y un defensor. Piensa, en fin, que por tu causa, por causa de un juramento que su inclinacion tal vez desapueba, pero que su conciencia respeta, se halla así abandonada, calumniada...

El caballero se deshizo en lágrimas, y en un instante me fueron revelados todos los dolores de aquella familia desgraciada.

—Basta! basta! exclamé postrándome á sus piés; todo esto es demasiado cruel. Seria el más infame de los hombres, si no reconociera mis faltas y mis deberes. Dejadme llorar á vuestras plantas; dejadme expiar por medio

de un eterno dolor, por la eterna renuncia de mi vida, el mal que os he causado! ¿Porqué no me habeis echado léjos de vos cuando os he dado alguna pesadumbre? ¿Porqué, tio mio, no me habeis roto la cabeza de un pistoletazo como á una fiera? ¿Qué he hecho yo para ser perdonado, yo que pagaba vuestros beneficios con la ruina de vuestro honor? No, no, lo conozco; Edmunda no debe casarse conmigo; esto seria aceptar el baldon de la injuria que he atraido sobre ella. Me quedaré aquí; no la veré jamás, si ella lo exige; pero me acostaré atravesado á su puerta como un perro fiel, y despedazaré al primero que se atreva á presentarse delante de ella de otro modo que no sea de rodillas; y si algun dia, un hombre de bien, más feliz que yo, merece fijar su eleccion, lejos de combatirla, cumpliré con el tier-no y sagrado deber de protegerla y defenderla; seré un amigo y su hermano; y cuando vea á los dos unidos y felices, iré á morir en paz lejos de ellos.

Mis sollozos me ahogaban; el caballero nos estrechó á su hija y á mí contra su corazon, y confundimos nuestras lágrimas, jurándole no separarnos jamás, ni durante su vida, ni despues de su muerte.

—No pierdas, sin embargo, la esperanza de casarte con ella, me dijo el caballero en voz

baja algunos instantes despues, cuando se restableció la calma; ella tiene caprichos muy raros; pero nadie podrá disuadirme de que te ama mucho. No quiere esplicarse todavía. Lo que la mujer quiere, Dios lo quiere.

—Y lo que Edmunda quiere, lo quiero yo tambien, le contesté.

Algunos dias despues de esta escena, que hizo suceder en mi alma la tranquilidad de la muerte á las agitaciones de la vida, me paseaba en el parque con el abate.

—Es menester, me dijo, que os participe una aventura que me sucedió ayer, y que es un poco novelesca. Salí á pasearme por los bosques de Briantes y despues bajé á la fuente de los Helechos. Ya sabeis que hacia calor como en la mitad del estío; nuestras bellas plantas, enrojecidas por el otoño son más bellas que nunca al rededor del arroyo que cubren con la multitud de sus hojas picadas. El bosque da poca sombra; pero los piés huellan alfombras de hojas secas cuyo ruido tiene para mí cierto encanto. El tronco satinado de los abedules y tiernos robles está lleno de musgo que ostenta delicadamente su matiz oscuro, mezclado de verde claro, encarnado y amarillo, en variedad de estrellas, rosetones y cartas de geografía de toda es-

pecie, donde la imaginacion puede soñar nuevos mundos en miniaturá. Yo estudiaba apasionadamente estos prodigios de gracia y finura, estos arabescos en que la variedad infinita se junta con la regularidad inalterable, y contento con saber que no sois como el vulgo, ciego á estas coqueterías adorables de la creacion, arranqué algunos de ellos con el mayor cuidado, levantando la corteza del árbol donde tienen su raiz, á fin de no destruir la pureza de sus dibujos. He hecho una pequeña provision de estas curiosidades, y la he depositado en casa de Paciencia, donde podemos ir á verla si quereis. Pero en el camino os diré lo que me sucedió al acercarme á la fuente. Llevaba la cabeza baja, caminaba sobre los chinarras húmedos, guiado por el ruido del surtidor claro y delicado que se lanza del seno del peñasco mohoso. Iba á sentarme en la piedra que forma á sulado un banco natural, cuando lo ví ocupado por un buen religioso cuyo rostro macilento cubria á medias una capucha de burel. Como me pareciera haberse intimidado con mi presencia, procuré tranquilizarlo lo mejor que pude, diciéndole que mi intencion no era incomodarle, sino aproximar solamente mis labios á la canaliza de corteza que los leña-

dores habían adaptado al peñasco para beber más fácilmente.

—Oh, santo eclesiástico! me dijo en el más humilde tono, que no fuérais el profeta cuya vara hiciera brotar las fuentes de la gracia, y ¿porqué mi alma, semejante á este peñasco, no puede dar curso á un arroyo de lágrimas?

Afectándome la manera con que este monje se espresaba, su aire triste y su actitud meditabunda en aquel paraje poético, donde tantas veces había recordado la deliciosa plática de la Samaritana con el Salvador, me dejé llevar insensiblemente á una conversacion amistosa y simpática. Supe de boca de este religioso que era trapense y que estaba peregrinando para cumplir una penitencia.

—No me preguntéis ni mi nombre, ni mi pais, dijo. Pertenezco á una familia ilustre, á la que haria avergonzarse si le recordase que existo; además, al entrar en la Trapa, renunciarnos al orgullo de la vida pasada y nos hacemos semejantes á niños recién nacidos; morimos en el mundo para resucitar en Jesucristo. Pero no temais ver en mi uno de esos ejemplos vivos de los milagros de la gracia; y si pudiera contaros mi vida religiosa, mis terrores, mis remordimientos y mis

expiaciones, estoy seguro de que os comipadeceriais de mí. Pero ¿de qué me servirían la compasion é indulgencia de los hombres, si la misericordia de Dios no se digna absolverme?

Ya sabeis, continuó el abate, que no me gustan los frailes, que desconfio de su humildad y que aborrezco su haraganería. Pero este hablaba de un modo tan triste y afectuoso, estaba tan penetrado de su deber, parecíame tan enfermo, tan estenuado por su vida austera y tan lleno de arrepentimiento, que se ha grangeado mi afecto y mi amistad. Hay en sus miradas y en sus discursos destellos que revelan un gran talento, una actividad infatigable y una perseverancia á toda prueba. Pasamos dos horas juntos y me separé de él tan enternecido que deseo volver á verle antes de su partida. Habia escogido para albergarse aquella noche la quinta de los Boquetes, y no pude conseguir que fuera al castillo pretestándome que tenia un compañero de viaje del que no podia separarse.

—Pero puesto que sois tan caritativo, me dijo, os agradecería hallaros aquí mañana al ponerse el sol, quizás me atreva á pedir un favor, puespodeis serme útil en un negocio importante que tengo que evacuar en

este país. No puedo decir más en este momento.

Yo le aseguré que podía contar conmigo, y tendría mucho gusto en servir á un hombre como él.

—En término que esperais con impaciencia, dije al abate, la hora de la cita?

—Así es la verdad, me contestó, pues mi nuevo conocimiento tiene para mí tantos atractivos, que si no temiera abusar de su confianza, de buena gana llevaria á Edmunda á la fuente de los Helechos.

—Creo, repliqué, que Edmunda tiene cuidados de más interés á que atender que escuchar las declamaciones de vuestro fraile que, despues de todo, puede muy bien ser un intrigante, como tantos otros á quienes habeis dispensado á ciegas vuestra caridad. Perdonadme, mi querido abate, perdonadme que os diga que no sois muy buen fisonomista y que os dejais prevenir con mucha facilidad en pró ó en contra de las gentes sin más motivo que la disposicion benévola ó tímida de vuestro carácter romancesco.

El abate se sonrió, creyó que hablaba así por rencor, sostuvo la piedad del trapense, é hizo girar de nuevo la conversacion sobre la botánica.

Pasamos mucho tiempo herborizando en la

huerta de Paciencia, y como yo sólo deseaba salvarme de mí mismo, salí de la cabaña con el abate y lo conduje hasta el bosque donde tenia su cita. A medida que nos aproximábamos, el abate parecia arrepentirse de la ligereza con que se habia confiado á mí la víspera y temer las consecuencias de su imprudencia. Sucediendo, pues, tan repentinamente la incertidumbre al entusiasmo, reasumió aquella de tal modo su carácter, movible, amante, tímido, mezcla singular de las pasiones más opuestas, que principié á hacerle burla con la confianza de la amistad.

—Vamos, me dijo, es menester que cumpla mi palabra y que le veais, observareis su fisonomía, la estudiareis durante algunos minutos y nos dejareis solos, puesto que le he prometido escuchar sus revelaciones. Seguí al abate por ociosidad; pero cuando nos hallamos en la cumbre del monte cerca de la fuente, me situé para ver al monge detrás del ramaje de su monton de fresnos. Colocado inmediatamente debajo de nosotros, á la orilla de la fuente, tenia la vista fija en el ángulo del sendero que debiamos volver para llegar á él; pero pensaba en mirar hácia el sitio donde estábamos y podiamos contemplarle con toda comodidad sin que nos viese.

Apenas le hube visto, cogí del brazo al aba-

te y apartándolo á corta distancia, le dije con una amarga sonrisa y no sin grande agitación:

—Mi querido abate, no habeis visto jamás en alguna parte la figura de mi tío Juan de Mauprat?

—Jamás que yo sepa, contestó el abate lleno de sorpresa; pero, ¿porqué me haceis esa pregunta?

—Para deciros, amigo mio, que habeis tenido un buen encuentro, y que ese trapense tan bueno y venerable en quien hallais tanta virtud, tanto candor, compuncion y talento, no es otro más que el mismo Juan Mauprat, el *Corta-piernas*.

—¡Estais loco! exclamó el abate dando tres pasos atrás. Juan Mauprat ha muerto hace ya mucho tiempo.

—Juan Mauprat no ha muerto, y quizás tampoco Antonio Mauprat; y si me veis menos sorprendido que vos, es porque ya he visto á uno de estos aparecidos. Que se haya hecho monje y que llore sus pecados es muy posible; pero no lo es ménos que se haya disfrazado para proseguir aqui algun mal designio, y por lo mismo bueno será que esteis muy alerta y prevenido.

El abate se aterró tanto, que no queria ya acudir á la cita; pero yo le demostré que era

necesario averiguar el objeto que se proponía el monje en sus revelaciones, y como conocía el carácter débil del abate y temía que cayera en algun lazo armado por mi tío Juan para apoderarse de su conciencia, tomé el partido de deslizarme entre el monte, de modo que pudiera ver y oír todo.

Sin embargo, las cosas no pasaron como yo había creído. El trapense, en vez de valerse de rodeos, descubrió al abate su verdadero nombre, y le declaró que lleno de arrepentimiento, y no creyendo que su conciencia le permitiese evitar el castigo al abrigo de los hábitos (pues era realmente trapense hacia ya mucho tiempo) venía á ponerse en manos de la justicia, á fin de expiar de una manera pública y solemne los crímenes de que estaba manchado. Este hombre, dotado de un talento poco comun, había adquirido en el cláustro una elocuencia mística.

Hablaba con tanta dulzura que me cautivó casi del mismo modo que al abate. En vano fué que este último tratase de combatir una resolución que le parecia temeraria. Juan de Mauprat mostró la más intrépida abnegacion en sus ideas religiosas, pues decía que habiendo cometido los crímenes de la antigua barbarie pagana, no podía rescatar su alma sino

á costa de una penitencia pública digna de los primeros cristianos.

—Bien podemos, dijo, ser cobardes respecto de Dios como respecto de los hombres, y en el silencio de mis vigiliass oigo una voz terrible que responde á mis sollozos: Miserable cobarde, el miedo de los hombres es el que te arroja en el seno de Dios, y si no temieras la muerte temporal, jamás habrias pensado en la vida eterna. Entonces conozco que lo que más temo, no es la cólera de Dios, sino la cuerda y el verdugo que me esperan entre mis semejantes. Pues bien! es preciso que acabe de una vez de avergonzarme conmigo mismo, y el dia en que los hombres me llenen de oprobio y castiguen mis crímenes me sentiré absuelto y rehabilitado á la faz del cielo. Entonces solamente me creeré digno de decir á Jesús mi Salvador: Escúchame víctima inocente, tú que escuchaste al buen ladrón, víctima culpable, pero arrepentida, asociada á la gloria de tu martirio y rescatada con tu sangre.

—Una vez que persistís en esa voluntad entusiasta, le dijo el abate despues de haberle presentado sin resultado todas las objeciones posibles, decidme á lo ménos vuestros proyectos para que pueda ayudaros.

—No puedo ejecutarlos, contestó el trapense, sin la autorizacion de un hombre que pronto será el último de los Mauprat; porque el caballero no tardará en recibir la recompensa que merecen sus virtudes, y por lo que hace á mí no puedo salvarme del suplicio que vengo á buscar, sino para sumergirme nuevamente en la eterna noche del cláustro. Aludó á Bernardo Mauprat, á quien no quiero llamar sobrino mio, porque si me oyera se avergonzaria de llevar este titulo funesto. He sabido su regreso de América, y esta noticia me ha decidido á emprender el viaje en cuyo término doloroso me veis.

Parecióme que al hablar de esta suerte dirigia una mirada oblicua hácia el sitio donde me hallaba oculto, como si hubiese adivinado mi presencia, y tal vez el movimiento de algunas ramas me habia delatado.

—¿Podria preguntaros, dijo el abate, qué teneis hoy de comun con ese jóven? ¿No temeis que ofendido por los malos tratamientos que no se le escasearon en otro tiempo en la Roca de Mauprat, rehuse veros?

—Estoy seguro de que rehusará, porque sé el ódio que abriga contra mí, dijo el trapense volviéndose hácia el paraje donde yo estaba. Pero espero que lo decidireis á concederme esta entrevista, porque sois generoso

y bueno, señor abate. Me habeis prometido servirme, y por otra parte sois amigo del jóven Mauprat y le hareis comprender que esta entrevista importa mucho á sus intereses y al honor de su nombre.

—¿Cómo? replicó el abate, todo lo contrario. Lo que indudablemente desea Bernardo es que renunciéis á esa expiacion pública que quereis sufrir presentándoos á los tribunales para denunciar crímenes que podian quedar sepultados en la sombra del cláustro. ¿Cómo, pues, quereis que consienta en esa determinacion?

—Lo espero, porque Dios es bueno y grande, porque su gracia es eficaz, porque tocará el corazon de cualquiera que se digne escuchar el lenguaje de un alma verdaderamente arrepentida y frecuentemente convencida, porque mi salvacion eterna está en las manos de ese jóven, que no querrá vengarse de mí más allá del sepulcro. Además, es menester que muera en paz con aquellos á quienes he ofendido: es menester que me postre á los piés de Bernardo y que me absuelva de mis pecados. Mis lágrimas lo enternecerán y si su alma implacable los desprecia, habré á lo ménos cumplido un deber imperioso.

Viendo que hablaba con la certidumbre de

ser escuchado por mí, experimenté una sensación desagradable, pues creí ver el fraude y la traición al través de aquella rastrera hipocresía. Me alejé y fui á esperar al abate á alguna distancia, donde no tardó en incorporarse conmigo, habiéndose terminado la entrevista con la promesa mútua de volver á verse pronto.

El abate se empeñó en trasmitirme las palabras del trapense, quien amenazaba con el tono más doloroso del mundo venir á buscarme, si me negaba á su petición. Prometimos el abate y yo conferenciar sobre el particular, sin participarlo al caballero ni á Edmunda, á fin de no molestarlos sin necesidad. El trapense habia ido á hospedarse en el convento de carmelitas de Châtre, lo cual habia puesto en cuidado al abate, á pesar de su primera preocupacion en favor del arrepentimiento del pecador. Estos carmelitas le habian perseguido en su juventud, y el prior habia concluido por obligarle á secularizarse. El prior vivia todavía, viejo, pero implacable. El abate no pudo oír su nombre sin estremecerse y me invitó á conducirme con la mayor prudencia en este asunto.

— Aunque Juan Mauprat se halle bajo la cuchilla del verdugo, me dijo, y os halleis en la cumbre del honor y la prosperidad, no des-

preciéis la debilidad de vuestro enemigo. ¿Quién sabe lo que pueden la astucia y el rencor? Pueden suplantarse en el lugar del justo, y arrojarle en el estiércol; pueden hacer recaer su crimen sobre otro y manchar con su ignominia la túnica de la inocencia. Tal vez no hayais concluido todavía con los Mauprat!

El pobre abate no creía decir tanta verdad.

VI

Después de haber reflexionado maduramente sobre las intenciones probables del trapense, creí deber conceder la entrevista solicitada. No era yo seguramente á quien Juan Mauprat pudiera esperar engañar con sus artificios, y quise hacer lo que dependía de mí para evitar que viniese á atormentar con sus intrigas los últimos días de mi tío. Dirigíme, pues, al siguiente día á la villa, hácia la conclusión de las visperas, y llamé, no sin emoción, en la puerta de los carmelitas.

El retiro escogido por el trapense era una de esas innumerables comunidades mendicantes que alimentaba la Francia; aquella, aun-

que sometida á una regla austera, era rica y dada á los placeres. En aquella época escéptica, no estando el corto número de los frailes en proporcion con la estension y riqueza de los establecimientos fundados por ellos, los religiosos errantes por las vastas abadías en el centro de las provincias, en el seno del lujo, libres de la fiscalizacion de la opinion, que no alcanza al hombre aislado, pasaban la vida más regalada y ociosa que jamás hubieran disfrutado. Pero esta oscuridad madre de los *vicios amables*, como entónces se decia, no gustaba sino á los ignorantes. Los gefes estaban entregados á las penosas cavilaciones de una ambicion nutrida en la oscuridad, y estimulada en la inaccion. Obrar, aún en el círculo más estrecho, y con el auxilio de los elementos más nulos, obrar á toda costa, tal era la idea fija de los priores y de los abades.

El prior de los *carmelitas calzados* á quien yo iba á ver era la imágen viva de esta impotencia agitada. Clavado por la gota en su gran sillón, me recordó la venerable figura del caballero, pálido é inmóvil como él, pero noble y patriarcal en su melancolía. El prior era pequeño de estatura, gordo y lleno de petulancia. Estando libre la parte superior de su cuerpo, movia la cabeza de derecha á iz-

quiera con vivacidad; agitábanse sus brazos para dar órdenes, su palabra era breve, y su metal de voz opaco parecia dar un sentido misterioso á las cosas. En una palabra, la mitad de su persona parecia luchar sin cesar para arrastrar á la otra, como el hombre encantado de los cuentos árabes que ocultaba bajo su vestido su cuerpo de mármol hasta la cintura.

Recibióme con afectada amabilidad: se incomodó porque no me trajeron pronto una silla, alargó su mano gorda y floja para arrastrar esta silla cerca de la suya, é hizo seña á un gran sátiro barbudo, á quien él llamaba su hermano tesorero, para que se retirara, y en seguida, luego que me abrumó á fuerza de preguntas sobre mi viage, regreso, salud y familia, y fijando en mí sus ojuelos claros y vivarachos que levantaban los pliegues de los párpados hinchados por la intemperancia, entró en materia.

—Sé, hijo mio, el asunto que os trae aquí; ¿quereis presentar vuestros respetos á vuestro santo pariente, á ese trapense, modelo de edificacion que Dios nos envía para que sirva de ejemplo al mundo y hacer brillar el milagro de la gracia?

—Padre prior, le contesté, no soy bastante buen cristiano para apreciar el milagro de

que hablais. Que las almas devotas den por él gracias al cielo! En cuanto á mí, vengo aquí, porque M. Juan de Mauprat desea comunicarme, segun ha dicho, proyectos que me interesan y que estoy dispuesto á escuchar. Si quereis permitirme que vaya á verle...

—No he querido que os vea antes que yo, jóven! exclamó el prior con afectada franqueza, y apoderándose de mis manos, que no sin gran repugnancia vi entre las suyas; tengo que pedir os un favor en nombre de la caridad, en nombre de la sangre que corre por vuestras venas...

Desprendí una de mis manos, y viendo el prior la espresion de mi desagrado cambió inmediatamente de lenguaje con una delicadeza admirable.

—Sé que sois un hombre de mundo; sé que estais quejoso del que fué Juan de Mauprat y hoy se llama el humilde hermano Juan Nepomuceno. Pero si los preceptos de nuestro divino maestro Jesucristo no os inducen á la misericordia, hay consideraciones de decencia pública y de decoro de familia que deben haceros participar de mis temores y de mis esfuerzos. Ya sabeis la resolucion piadosa, pero temeraria, que ha formado el hermano Juan; debeis, pues, uniros á mí para separarlo de ella, y no dudo que así lo hareis.

—Tal vez, padre, respondí friamente; pero, ¿podría preguntaros á qué motivos debe mi familia el interés que os tomáis por sus asuntos?

—Al espíritu de caridad que anima á todos los siervos de Cristo, respondió el fraile con una dignidad muy bien representada.

Atrincherado en este pretesto que ha servido siempre al clero para mezclarse en todos los secretos de familia, le fué fácil poner término á mis preguntas; y sin destruir la sospecha que combatía contra él en mi espíritu logró probar á mis oídos que le debía gratitud por el cuidado que tomaba por el honor de mi nombre. Faltaba saber á donde se dirigian sus miras, pero no tardé en ver confirmados mis recelos.

Mi tío Juan reclamaba de mí la parte que le correspondia del feudo de la Roca de Mauprat, y el prior estaba encargado de hacerme entender que tenia que optar entre el desembolso de una suma muy considerable (pues se trataba de la renta atrasada de los siete años que yo habia estado en posesion, además del capital procedente de la sétima parte de propiedad), y la resolucion insensata que queria abrazar mi tío, cuya publicidad no dejaria de abreviar los días del anciano caballero y de

suscitarme *obstáculos grandes y personales*. Todo esto me fué insinuado maravillosamente bajo las apariencias de la más cristiana voluntad en mi favor, de la más ferviente admiracion al celo del trapense y de la más sincera inquietud por los efectos de esta *firme* resolucion.

En fin, se me demostró claramente que Juan de Mauprat no venia á pedirme medios de existencia, sino que era menester que yo le suplicase humildemente que aceptara la mitad de mis bienes para que no arrastrase mi nombre y talvez mi persona ante los tribunales.

Por lo que pudiera suceder, aventuré esta última objecion.

—¿Si la resolucion del hermano Nepomuceño, como le llamais, Padre prior, es tan firme como decís; si el cuidado de su salvacion es el único que tiene en este mundo, explicadme cómo la seduccion de los bienes temporales podrá separarle de ella? Hay en esto una inconsecuencia que no comprendo.

El prior se vió por un momento cortado con la mirada penetrante que le fulminé; pero parando inmediatamente el golpe con esa serenidad impudente que es el gran recurso de los embaucadores:

—¡Válgame Dios! hijo mio, exclamó; luego

no sabéis cuán inmensos son los constielos que la posesion de los bienes de este mundo pueden derramar sobre una alma piadosa? Aunque las riquezas percederas son dignas de desprecio cuando representan vanos placeres, el justo debe reclamarlos con firmeza cuando le aseguran los medios de hacer el bien. Si estuviera yo en el lugar del trapense, os confieso que no cederia mis derechos á nadie, á fin de fundar una comunidad religiosa para la propagacion de la fé y la distribucion de las limosnas con los fondos que entre las manos de un jóven y brillante señor como vos no sirven más que para mantener con grandes dispendios caballos y perros. La iglesia nos enseña que por medio de grandes sacrificios y ricas ofrendas podemos rescatar nuestras almas de los más negros pecados. El hermano Nepomuceno, cediendo á un terror santo, cree que necesita una espiacion pública para salvarse. Ansioso de la palma del martirio, quiere ofrecer su sangre á la implacable justicia de los hombres. ¡Cuánto más dulce no será para vos (y mas seguro al mismo tiempo) verle erigir algun santo altar á la gloria de Dios, y ocultar en la venturosa paz de un cláustro el brillo funesto de un nombre que ya ha renunciado! Está de tal modo dominado por el espíritu de la Trapa; ha tomado tal

amor á la abnegacion, á la humildad y á la pobreza, que necesitare muchos esfuerzos y muchos socorros del cielo para decidirle á que cambie de resolucion y acepte estos otros *méritos*.

—Con que sois vos, P. prior, el encargado, solo por una voluntad desinteresada, de cambiar esa funesta resolucion? Admiro vuestro celo, y os doy gracias por él; pero no creo que sean necesarias tantas negociaciones. Juan Mauprat reclama su parte de herencia, nada más justo, y aun cuando la ley niegue todo derecho civil al que sólo ha debido su salvacion á la fuga (lo que no quiero examinar), mi pariente puede estar seguro de que jamás habria la menor disputa entre nosotros sobre este particular, si yo fuera libre poseedor de una fortuna cualquiera; pero no ignorais que sólo á la bondad de mi tío, el caballero Huberto de Mauprat, debo la posesion de esa fortuna; que bastante ha hecho él con pagar las deudas de la familia, deudas que han absorbido todo el capital; que nada puedo enagenar sin su permiso, y que en realidad no soy más que el depositario de una fortuna que todavía no he aceptado.

El prior me miró con sorpresa, y como herido de un golpe imprevisto; sonriéndose despues con aire astuto, me dijo:

—Muy bien! segun parece estaba equivocado, y ahora veo que es menester dirigirse á M. Huberto de Mauprat. Así lo haré, porque no dudo que me agradecerá mi buena voluntad de salvar á su familia de un escándalo que puede tener muy buenos resultados en la otra vida para uno de sus parientes, pero que de seguro los tendrá muy malos para *otro pariente* en este.

—Comprendo, padre, comprendo, repliqué. Esa es una amenaza; contestaré en el mismo tono. Si M. Juan de Mauprat se atreve á molestar á mi tío y á mi prima, tendrá que habérselas conmigo; y no será ciertamente ante los tribunales á donde lo llame para reparar ciertos ultrajes que no he olvidado. Decidle que no concederé la absolucion al penitente de la Trapa, si no permanece fiel al papel que ha adoptado. Si M. Juan de Mauprat carece de recursos é implora mi caridad, podré darle, de las rentas que me están señaladas, los medios de subsistir humilde y honradamente, segun el espíritu de sus votos; pero si la ambicion eclesiástica se apodera de su cerebro, y piensa, con locas y pueriles amenazas, intimidar bastante á mi tío para arrancarle los medios de satisfacer sus nuevos gustos, decidle de mi parte que se desengañe y deseche tan locas ilusiones. La seguridad del anciano y el

porvenir de su hija no tienen más defensor que yo, y sabré defenderlos aun á costa de mi honor y de mi vida.

—El honor y la vida son sin embargo de alguna importancia en vuestra edad, replicó el abate visiblemente irritado, pero afectando modales más dulces que nunca; ¿quién sabe á qué locura el fervor religioso puede arrastrar al trapense? Porque, aqui para entre nosotros, sabed, hijo mio, que soy un hombre desocupado: he visto el mundo en mi juventud, y no apruebo esos partidos extremos, dictados la más veces por el orgullo y no por el celo religioso. Así que no he tenido reparo en atemperar la austeridad de la regla: mis religiosos están robustos y llevan camisas..... Creed, pues, amigo mio, que estoy muy distante de aprobar el designio de vuestro pariente, y que haré los mayores esfuerzos para estorbarlo; pero en fin, si persiste, ¿de qué os servirá mi celo? El tiene el permiso de su superior y puede entregarse á una inspiracion funesta... Os podeis ver gravemente comprometido en un negocio de este género; porque al fin, aunque seais, como dicen, un buen hidalgo, aunque hayais abjurado los errores pasados, aunque tal vez vuestra alma haya odiado siempre la iniquidad, habeis tenido, de hecho, participacion en muchas exacciones que

las leyes humanas reprueban y castigan. ¿Quién sabe á qué revelaciones involuntarias puede verse arrastrado el hermano Nepomuceno si provoca la instruccion de un proceso criminal? ¿Podrá provocarla contra sí mismo, sin provocarla al mismo tiempo contra vos?... Creedme, yo quiero la paz... yo soy un hombre bueno...

—Sí, un hombre muy bueno, conteste con ironía, lo veo perfectamente. Pero no os apureis demasiado, porque hay un argumento muy claro que debe tranquilizarnos á uno y otro. Si una verdadera vocacion religiosa impele á M. Juan el trapense á una reparacion pública, será fácil hacerle entender que debe arredrarse ante el temor de arrastrar á otro consigo al abismo, porque el espíritu de Cristo se lo prohíbe. Pero si lo que presumo es cierto, si M. Juan de Mauprat no tiene el menor deseo de ponerse en manos de la justicia, sus amenazas son poco á propósito para espantarme, y sabré impedir que hagan más ruido del que conviene.

—¿Es esa toda la respuesta que he de llevarle? dijo el prior lanzándome una mirada que revelaba el resentimiento.

—Sí, señor, contesté, á menos que prefiera recibir esta respuesta de mi propia boca presentándose aquí. He venido resuelto á vencer

la repugnancia que su presencia me inspira, y me admiro que despues de haber manifestado un deseo tan vivo de hablarme se oculte cuando yo llego.

—Caballero, replicó el prior con ridícula magestad, mi deber es hacer que reine en este santo retiro la paz del Señor, y por lo mismo me opondré á toda entrevista que pueda producir esplicaciones violentas...

—Veo, Padre prior, que sois muy propenso á asustaros, contesté, nada hay en este asunto que pueda escitar la cólera; pero como no soy yo quien ha provocado estas esplicaciones y he venido aquí solamente por pura complacencia, renuncio de buen grado á llevarlas más adelante, agradeciéndoos sinceramente que hayais querido servir de intercesor.

Saludé al fraile profundamente y me retiré.

VII

Referí esta conferencia al abate que me esperaba en la cabaña de Paciencia, y fué absolutamente de mi mismo parecer; pensó como yo que el prior, lejos de disuadir al trapense de sus supuestos designios, le estimulaba con todo su poder á intimidarme para obtener de mí grandes sacrificios pecuniarios. Consideraba cosa muy fácil que este viejo, fiel al espíritu monacal, quisiera poner en las manos de un Mauprat fraile, el fruto de los trabajos y de las economías de un Mauprat seglar.

—Este es el carácter indeleble de la mayor parte de los clérigos, me dijo, no saben vivir

sin hacer la guerra á las familias y sin espiar todos los medios de despojarlas. No parece sino que estos bienes son propiedad suya, y que le son permitidos todos los medios para adquirirlos. No es tan fácil como pensais defenderse contra este dulce salteamiento. Los frailes tienen el apetito perseverante y el espíritu ingenioso. Sed prudente y manteneos á la expectativa. Jamás podreis decidir á un trapense, á batirse; atrincherado bajo su capucha, recibirá encorvado y con los brazos en cruz los más irritantes ultrajes, y sabiendo que no habeis de asesinarle, no os temerá. Ignorais además lo que es la justicia en la mano de los hombres, y de qué manera se conduce y falla un proceso criminal cuando una de las partes no retrocede ante ningun medio de seducción y espanto. El clero es poderoso; la ropa talar es declamatoria; las palabras *probidad* é *integridad* resuenan hace ya muchos años contra las endurecidas paredes de los pretorios sin impedir que haya jueces prevaricadores y sentencias inicuas. Desconfiad, desconfiad! El trapense puede lanzar la jauria de bonete cuadrado detrás de sus huellas, y hacer que pierda la pista desapareciendo oportunamente y dejándola detrás de las vuestras. Habeis herido muchos amores propios frustrando numerosas pretensiones de aspirantes á herencias,

Uno de los más ultrajados y peores es próximo pariente de un magistrado influyente en la provincia. La Marche ha abandonado la toga por la espada; pero ha podido dejar entre sus antiguos colegas personas capaces de haceros daño. Siento que no hayais podido verle en América y reconciliaros con él. No os encojais de hombros; matareis diez de ellos y las cosas irán de mal en peor. Se vengarán de vos quizás, no con vuestra vida, porque saben que la desprecias, sino con vuestro honor, y vuestro tío morirá de pesar... En fin...

—Teneis la costumbre de ver todas las cosas con negros colores al primer golpe de vista cuando por casualidad no veis al sol en su cenit, mi querido abate, le dije interrumpiéndole. Dejadme decir todo lo que pueda ahuyentar estos sombríos presentimientos. Conozco muy bien á Juan Mauprat, es un insigne impostor, y además el último de los cobardes. Mi aspecto solo le aterrará, y desde la primera palabra le haré confesar que no es trapense, ni fraile, ni devoto. Todo esto no es más que un ardid de caballero de industria, y yo le he oido en otro tiempo formar proyectos que me impiden admirarme hoy de su impudencia, así es que lo temo muy poco.

—Y haceis mal, replicó el abate. Debemos temer siempre á un cobarde, porque nos hie-

re por detrás en el momento que le esperamos de frente. Si Juan de Mauprat no fuera trapense, si mintieran los papeles que me ha enseñado, el prior de los carmelitas es demasiado sagaz para haberse dejado coger en el lazo. Jamás este hombre abrazará la causa de un seglar, ni lo tomará por uno de los suyos. Por lo demás, es menester atenerse á los informes, y voy inmediatamente á escribir al superior de la Trapa, si bien estoy seguro de que esos informes no harán más que confirmar lo que ya sé. Tambien es posible que Juan de Mauprat sea sinceramente devoto. Nada sienta mejor á semejante carácter que ciertos matices del espíritu católico. La inquisicion es el alma de la iglesia, y la inquisicion debe agradar á Juan de Mauprat. Creo que se entregaria de buen grado á la cuchilla secular solo por el placer de perderos en él, y creo que la ambicion de fundar un monasterio á vuestras espensas es una inspiracion repentina, cuyo honor pertenece esclusivamente al prior de los carmelitas.

—Esto no es probable, mi querido abate, le dije. Además, ¿de qué nos servirán estos comentarios? Obremos. Vigilemos al caballero para que el animal inmundo no venga á envenenar la serenidad de sus últimos dias. Escribamos á la Trapa, ofrezcamos una pen-

sion al miserable y veamos venir todo espiando sus menores pasos. Mi sargento Marcasse es un buen sabueso. Pongámosle á la pista, y si puede conseguir referirnos en lengua vulgar todo lo que vea y oiga, pronto sabremos lo que pasa en todo el país.

Platicando de esta suerte, llegamos al castillo á la caída de la tarde. No sé qué temor tierno y pueril como el que sienten las madres cuando por un instante se separan de un hijo recién nacido, se apoderó de mí al entrar en esta morada silenciosa. La seguridad eterna, que nada habia turbado hasta entónces en aquel sagrado y venerable recinto, la caducidad negligente de los criados, las puertas siempre abiertas á tal punto que los mendigos entraban algunas veces hasta el salon sin encontrar á nadie, ó sin causar sospecha; toda esta atmósfera de calma, de confianza y de soledad contrastaba con los pensamientos de lucha y los cuidados de que por espacio de algunas horas habian llenado mi espíritu la aparicion de Juan y las amenazas del carmelita.

Redoblé el paso y sobrecogido de un temblor involuntario. atravesé la sala del billar. En este instante me pareció ver pasar bajo las ventanas del piso bajo, una sombra negra que se deslizaba entre los jazmines y que des-

apareció en el crepúsculo. Empujé vivamente la puerta del salon y me paré. Todo estaba silencioso é inmóvil. Iba á retirarme y buscar á Edmunda, cuando creí ver moverse una cosa blanca cerca de la chimenea, donde acostumbraba estar siempre el caballero.

—Edmunda, estás ahí? exclamé; pero nadie me contestó. Mi frente se cubrió de un sudor frio y temblaron mis rodillas. Avergonzado de tanta debilidad, me lancé hácia la chimenea repitiendo con angustia el nombre de Edmunda.

—Sois vos, Bernardo? me respondió con voz trémula.

La cogí en mis brazos; estaba arrodillada al lado del sillón de su padre, y oprimia contra sus lábios las manos yertas del caballero.

—¡Gran Dios! exclamé, distinguiendo á la débil claridad que reinaba en la estancia la faz lívida del anciano; ¿ha cesado de vivir vuestro padre?...

—Tal vez, me dijo con voz apagada, tal vez querrá Dios que sólo esté desmayado! Luz! en nombre del cielo! llamad! No hace más que un instante que se halla en este estado.

Llamé presuroso, acudió el abate y tuvimos la felicidad de volver nuestro tío á la vida,

Pero cuando abrió los ojos, su espíritu parecia luchar con las impresiones de un penoso sueño.

—¿Se ha marchado, se ha marchado ya esa miserable fantasma? Ola! San Juan, mis pistolas!... Mis criados! Qué arrojen á ese pícaro por la ventana.

Sospeché al punto la verdad y pregunté á Edmunda en voz baja:

—¿Qué ha sucedido? ¿qué ha pasado aqui durante mi ausencia?

—Si os lo digo, contestó Edmunda, apenas lo creereis, y nos acusareis de locos á mi padre y á mi; pero luego os contaré todo esto, ocupémonos ahora de mi padre.

Con sus dulces palabras y tiernos cuidados logró tranquilizar al anciano. Lo trasladamos á su alcoba y se quedó dormido. Cuando Edmunda retiró ligeramente su mano de entre las suyas y echó la cortina de muselina sobre su cabeza.

Entonces se aproximó al abate y á mí y nos contó que media hora antes de nuestra vuelta habia entrado un fraile mendicante en el salon donde ella estaba bordando, segun su costumbre, al lado de su padre medio dormido. Poco sorprendida de un incidente que sucedia muchas veces, se levantó para coger su bolsa que estaba sobre la chimenea, dirigiendo al

fraile palabras benévolas y consoladoras. Pero en el momento de volverse para alargarle la limosna, el caballero despertó sobresaltado y exclamó mirando al fraile de piés á cabeza con aire á la vez colérico y asombrado:

—¿Qué diablos venís á hacer aquí bajo ese disfraz?

Edmunda habia entonces mirado el semblante del fraile y reconoció lo que jamás podriais imaginaros, dijo, al horrible Juan de Mauprat. No le habia visto más que una hora en mi vida, pero su repugnante figura jamás se ha apartado de mi memoria, y en todos mis accesos de fiebre se ha presentado delante de mis ojos. Yo no pude contener un grito.

—No tengais miedo, nos dijo con espantosa sonrisa, no vengo como enemigo, sino como suplicante.

Y se hincó de rodillas tan cerca de mi padre, que no sabiendo lo que queria hacer, me arrojé entre ellos, y empujé violentamente el sillón de ruedas que retrocedió hasta la pared. Entonces el fraile, hablando con voz lúgubre, que hacia más espantosa la aproximacion de la noche, se puso á declamarnos no sé qué fórmula lamentable de confesion, pidiendo perdón por sus crímenes, y diciendo que estaba

ya cubierto con el velo negro de los parricidas cuando suben al cadalso.

—Este desgraciado se ha vuelto loco, dijo mi padre tirando del cordón de la campanilla; pero San Juan está sordo y no viene.

Preciso nos fué oír con una angustia inexplicable, los estraños discursos de aquel hombre que dijo ser trapense y que venia á entregarse á la espada secular en expiacion de sus crímenes; pero que antes queria pedir á mi padre su perdon y su última bendicion. Al decir esto se arrastraba de rodillas y hablaba con vehemencia. Habia cierta mezcla de insulto y amenaza en el sonido de esa voz que profesaria palabras de una humildad estravagante.

Como continuase aproximándose á mi padre y la idea de las inmundas caricias que parecia querer dirigirle, me causaba suma repugnancia, le mandé con tono bastante imperioso que se levantara y que hablase como era debido; mi padre, furioso, le mandó que callara y se retirase, y como en aquel instante exclamase:—No! me dejareis abrazar vuestras rodillas! lo rechacé para impedirle que tocase á mi padre. Me estremecí de horror al pensar que mi guante habia tocado su inmunda capilla. Volvióse hácia mi, y aunque continuaba afectando arrepentimiento y humildad, ví brillar la cólera en sus ojos.

Mi padre hizo un violento esfuerzo para levantarse, y se levantó en efecto, como por milagro; pero al punto volvió á caer sobre su sillón: oyéronse algunos pasos en la sala del billar, y el fraile salió por la puerta vidriera con la rapidez del relámpago. Entonces fué cuando me hallásteis medio muerta y helada de espanto á los piés de mi padre anonadado.

—El abominable cobarde no ha perdido tiempo, ya lo veis, abate! exclamé; queria asustar á mi tío y á mi prima, y lo ha logrado; pero no ha contado conmigo, y juro que aunque sea preciso tratarle á la moda de la Roca de Mauprat... si se atreve otra vez á presentarse...

—Callad, Bernardo, dijo Edmunda, me haceis temblar; hablad con prudencia, y decidme qué significa todo esto.

Cuando la enteré de lo que nos habia sucedido al abate y á mí, nos reprendió porqué no la habíamos prevenido.

—Si hubiera sabido lo que iba á sucederme, nos dijo, no me hubiera asustado y habria tomado precauciones para no quedarme nunca sola en la casa con mi padre y San Juan, que se va haciendo cada vez más pesado. Ahora ya no temo y estaré siempre alerta. Pero lo más seguro, mi querido Bernardo, es

evitar todo contacto con ese hombre odioso, y darle limosna con la profusion que se pueda para desembarazarnos de él. El abate tiene razon en decir que puede ser temible; pues sabe que nuestro parentesco con él nos impedirá siempre ponernos al abrigo de sus persecuciones invocando las leyes, y si no puede perjudicarnos tan seriamente como se lisonjea, puede suscitar nos mil disgustos que repugno arrostrar. Arrojadle oro y que se vaya, pero no me abandoneis, Bernardo, porque me sois absolutamente necesario: consolaos del mal que pensais haberme hecho.

Estreché su mano entre las mias, y juré no separarme jamás de ella, aunque me lo mandara, hasta que el trapense no hubiese librado al país de su presencia.

El abate se encargó de las negociaciones con el convento. Dirigióse á la villa al dia siguiente y llevó de mi parte al trapense la seguridad espresa de que le haria saltar por las ventanas si volvia á tener la audacia de presentarse en el castillo de San Severo. Proponiale al mismo tiempo subvenir á sus necesidades con la condicion de que se retiraria inmediatamente, ora á su cartuja, ora á otro cualquier retiro, secular ó religioso, á su eleccion, y que jamás volveria á poner los piés en Berri.

El prior recibió al abate con todas las demostraciones de un profundo desden y de una santa aversion á su estado de heregia; lejos de adularle, como á mi, le dijo que queria permanecer estraño á todo este negocio, que se lavaba las manos, que se limitaria á transmitir las decisiones de una y otra parte y dar asilo al hermano Nepomuceno, tanto por caridad cristiana, como por edificar á sus religiosos con el ejemplo de un hombre verdaderamente santo. A creer lo que decia, el hermano Nepomuceno seria el segundo de su nombre colocado en primera fila de la milicia celestial, en virtud de los cánones de la iglesia.

Al siguiente dia, llamado el abate al convento por un mensaje particular, tuvo una entrevista con el trapense. No sin gran sorpresa observó que el enemigo habia mudado de táctica. Rehusó con indignacion toda especie de socorros, atrincherándose en su voto de pobreza y humildad, y censurando con enfasis á su querido huésped el prior que se hubiese atrevido á proponer sin su anuencia el cambio de los bienes eternos por los bienes perecederos. No quiso esplicarse sobre lo demás y se encerró en respuestas ambiguas y campanudas.—Dios le inspiraria, decia, y esperaba que en la próxima fiesta de la virgen y en la hora

augusta y sublime de la santa comunión oír la voz de Jesús hablar á su corazón y dictarle la conducta que debería seguir. El abate temió mostrar alguna inquietud insistiendo en penetrar aquel *santo misterio* y vino á traerme esta respuesta que era ménos á propósito que cualquiera otra para tranquilizarme.

Sin embargo, los días y las semanas trascurrieron sin que el trapense diese la menor señal de voluntad sobre nada. No volvió á aparecer en el castillo ni en las cercanías, y se mantuvo tan encerrado en el convento de los Carmelitas, que pocas personas vieron su rostro. Súpose, no obstante, muy pronto, y el prior puso un especial cuidado en divulgar la noticia, que Juan de Mauprat, convertido á la más ardiente y ejemplar piedad, estaba de paso, como penitente de la Trapa, en el convento de los Carmelitas. Cada mañana se hacía circular un nuevo rasgo de virtud, un nuevo acto de austeridad de este santo personaje. Los devotos, ávidos de cosas maravillosas, quisieron verle, y le llevaron mil pequeños regalos que rehusó con obstinación. Algunas veces se ocultaba tan bien, que se creía que ya se había marchado á la Trapa; pero cuando más nos lisonjeábamos de vernos ya libres de él, supimos que acababa de imponerse mortificaciones espantosas, ó bien que había ido

con los piés descalzos á los sitios más desiertos é incultos de la Varenne á cumplir alguna peregrinacion. Hasta se llegó á decir que hacia milagros: si el prior no estaba ya curado de la gota, consistia solamente en que, por espíritu de penitencia, no queria curarse.

Esta incertidumbre duró cerca de dos meses.

VIII

VIII

Estos días que transcurrieron en la mayor intimidad fueron para mí deliciosos y terribles. Ver á Edmunda á todas horas sin temor de ser indiscreto, puesto que ella era la que me llamaba á su lado, leerle, hablar con ella de todas las cosas, participar de los tiernos cuidados que prodigaba á su padre, estar á medias en su vida, absolutamente como si hubiésemos sido hermanos, era una gran felicidad sin duda, pero peligrosa felicidad, y el volcán se encendió en mi pecho.

Algunas palabras confusas, algunas miradas inquietas me delataron; Edmunda no estuvo ciega, pero permaneció impenetrable;

sus ojos negros fijos en mí como en su padre, con la solicitud de una alma exclusiva, se resfriaban algunas veces de repente en el momento en que la violencia de mi pasión estaba próxima á estallar. Su fisonomía no expresaba entonces más que una pasiva curiosidad y la firme voluntad de leer hasta en el fondo de mi alma sin dejarme ver siquiera la superficie de la suya.

Mis sufrimientos, aunque vivos, me fueron gratos en los primeros tiempos; complacíame en ofrecerlos interiormente á Edmunda, como una expiación de mis faltas pasadas, y esperaba que los adivinase y me los agradeciera; sin embargo, aunque los vió, no me habló de ellos. Mi mal se aumentó, pero todavía pasaron algunos días antes que perdiera la fuerza de ocultarlo. Digo días, porque á cualquiera que haya amado á una mujer y se haya encontrado á solas con ella, contenido por su severidad, los días deben haberle parecido siglos. ¡Qué vida tan llena y sin embargo tan devorante! ¡Cuánta languidez y agitación, cuánta ternura y cólera! Parecíame que las horas reasumían años, y hoy, si no rectificase por medio de fechas el error de mi memoria, me persuadiría fácilmente de que estos dos meses llenaron la mitad de mi vida.

Quisiera tal vez también persuadirme de

ello para reconciliarme con la conducta ridícula y culpable que observé despreciando las buenas resoluciones que apenas acababa de formar. La recaída fué tan pronta y tan completa, que me haria avergonzarme todavía, si no la hubiese expiado cruelmente, como vais á saber muy pronto.

Despues de una noche de angustia le escribí una carta insensata, que en poco estuvo que no produjese resultados muy fatales para mí. Estaba concebida poco más ó ménos en estos términos:

«No me amais, Edmunda, ni me amareis jamás. Lo sé, nada pido, nada espero; quiero continuar á vuestro lado, consagrar mi vida á vuestro servicio y á vuestra defensa; haré, para seros útil todo lo que alcancen mis fuerzas; pero sufriré, y por más que haga por ocultarlo, lo vereis y tal vez atribuireis á motivos estraños una tristeza que no podré contener con un heroismo constante. Ayer me afligísteis profundamente obligándome á que saliera un poco *para distraerme*. Distraerme separado de vos! Edmunda, ¡qué amarga ironía! No seais cruel, mi pobre hermana, porque entónces volvereis á ser mi imperiosa novia de los funestos días... y, á pesar mio volveré á ser el bandido que aborrecíais... Ay! si supiérais cuán desgraciado soy! hay dos hom-

bres en mi que se combaten á muerte y sin tregua; es de esperar que el bandido sucumba; pero se defiende palmo á palmo, y ruge porque se siente mortalmente herido. Si supiérais, si supiérais Edmunda qué luchas, qué combates, cuántas lágrimas de sangre destila mi corazon, y qué furor se enciende frecuentemente en la parte de mi espíritu que gobierna los ángeles rebeldes! Hay noches en que sufro tanto, que en el delirio de mis sueños, me parece que clavo un puñal en vuestro corazon y que por una lúgubre mágia os obligo así á que me ameis como yo os amo. Cuando despierto, bañado en un sudor frio, loco, fuera de mi, me siento como inclinado á ir á mataros, á fin de anonadar la causa de mis angustias. Si no lo hago, es porque temo amaros muerta con tanta pasion y tenacidad como si estuviérais viva. Temo ser contenido, gobernado, dominado por vuestra imágen, como lo soy por vuestra persona; y despues no hay medio de destruccion al alcance del hombre; el ser á quien él ama y teme, existe en él, cuando ha cesado de existir sobre la tierra. El alma del amante sirve de féretro á su amada, y conserva para siempre sus abrazadoras reliquias, para alimentarse con ellas sin consumirlas jamás... Pero, oh cielos! en qué desórden están mis ideas, mirad, Edmunda, has-

ta qué que punto está enfermo mi espíritu, y compadeceos de mí. Tened paciencia, permitidme que esté triste, no dudeis jamás de mi cariño; frecuentemente estoy loco, pero siempre os amo. Una palabra, una mirada vuestra me devolverá el conocimiento del deber, y dulce me será este deber, cuando os digneis recordármelo...

A la hora en que os escribo, Edmunda, el cielo está cargado de nubes mas sombrías y pesadas que el plomo, la tempestad ruge, y á la luz de los relámpagos parecen flotar los espectros dolorosos del purgatorio. Mi alma está bajo el peso de la tempestad, mi espíritu turbado flota como esas luces inciertas que brillan en el horizonte. Me parece que mi seno va á estallar como la tempestad. Ay! si pudiera hacer llegar á vuestros oídos una voz semejante á la suya! Si tuviera el poder de lanzar fuera las angustias y los furores que me roen las entrañas! Muchas veces os he oído decir, al pasar la tormenta por encima de los árboles corpulentos, que os gustaba el espectáculo de su cólera y de su resistencia. Esta es, decís, la lucha de las grandes fuerzas, y creéis oír, en los rumores del aire, las imprecaciones del Aquilon y los gritos dolorosos de las vetustas encinas. ¿Cuál sufre más, Edmunda, el árbol que se resiste, ó el viento que se

agota en el ataque? ¿No es siempre el viento el que cede y cae? Y entonces el cielo, afligido con la derrota de su noble hijo, se derrama sobre la tierra en rios de llanto! Tan locas imágenes os agradan, Edmunda, y cada vez que contemplais la fuerza vencida por la resistencia, os sonreís cruelmente, y vuestra mirada misteriosa parece insultar mi miseria. Pues bien, no lo dudeis, me habreis derribado en tierra, y aunque destrozado, sufro todavía, sabedlo, puesto que quereis saberlo, puesto que sois cruel hasta el extremo de preguntarme y fingir que me compadeceis... Sufro y no trato ya de levantar el pié que el vencedor orgulloso ha sentado sobre mi pecho desfallecido.»

El resto de esta carta que era muy larga, sin trabazon y absurda desde el principio hasta el fin, estaba concebida en el mismo sentido. No era la primera vez que escribia á Edmunda, á pesar de vivir bajo el mismo techo y no separarme de ella sino en las horas de descanso. Mi pasion me absorvia á tal punto que era invenciblemente arrastrado á privarme del sueño para escribirle. Jamás creia haberle hablado bastante de ella, ni renovado bastante la promesa de una sumision á la que faltaba á cada instante; pero la carta de que ahora se trata era la más atrevida y apasiona-

da de cuantas habia escrito. Quizás fué escrita fatalmente bajo la influencia de la tempestad que estallaba en el cielo, mientras que encorvado sobre mi mesa, la frente bañaba en sudor y la mano seca y abrasadora, trazaba con exaltacion la pintura de mis padecimientos. Parecióme sentir una gran calma precursora de la desesperacion, cuando me arrojé sobre mi cama despues de haber bajado al salon y deslizado mi carta en la cesta de la labor de Edmunda.

El día amaneció cargado en el horizonte de las alas sombrías de la tempestad que volaba hácia otras regiones. Los árboles, llenos de lluvia, se agitaban todavía al soplo de la refrigerante brisa. Profundamente triste, pero ciegameamente consagrado al dolor, dormíme aliviado, como si hubiese hecho el sacrificio de mi vida y de mis esperanzas. Edmunda no dió muestras de haber visto mi carta, pues nada me contestó. Acostumbraba hacerlo verbalmente, y este era para mí un medio de provocar de su parte esas efusiones de amistad fraternal, con que tenia que contentarme, y que á lo menos derramaban un bálsamo sobre mi herida. En vez de haber creído que tal como estaba escrita mi carta deberia en esta ocasion producir una esplicacion definitiva, ó ser pasada en silencio, sospeché que el abate

la habia sustraído y arrojado al fuego, y hasta acusé á Edmunda de desprecio y dureza. Sin embargo, no tuve valor para hablar y guardé el más profundo silencio.

Al dia siguiente apareció el tiempo enteramente sereno. Mi tio dió un paseo en coche, y en el camino nos dijo que no queria morir sin haber tenido una gran cacería de zorros. Era apasionadísimo á esta diversion, y su salud se habia mejorado hasta el punto de dar á su espíritu veleidades de placer y de accion. Una estrecha berlina muy ligera, tirada por valientes mulas, corria rápidamente por los carriles arenosos de nuestros bosques, y ya algunas veces habia asistido en ella á varias pequeñas cazas que habíamos armado para distraerle.

Desde la visita del trapense, el caballero parecia haber vuelto á la vida. Dotado de fuerza y obstinacion, como todos los de su raza, parecia morirse con la falta de emociones, porque el más ligero estimulo de su energía volvia momentáneamente el calor á su sangre embotada. Como insistiese mucho en este proyecto de caza, Edmunda quiso organizar conmigo una batida general, y tomar en ella una parte activa.

Uno de los mayores placeres que experimentaba el caballero era verla á caballo, caracolear

audazmente al rededor de su carruaje, y alargarle todas las ramas floridas que arrancaba de los arbustos al pasar. Se decidió que yo montaría á caballo para escoltarla, y el abate acompañaría al caballero en la berlina. Todos los cazadores de oficio de la Varenne fueron convocados á esta solemnidad de familia. Preparóse en la repostería una gran comida, para la vuelta, con abundancia de pasteles de ganso y vino de terruño.

Marcasse, á quien habia hecho mi administrador en la Roca de Mauprat, y que tenia grandes conocimientos en el arte de la caza, pasó dos dias enteros en tapar todas las madrigueras. Algunos jóvenes colonos de las cercanías, interesados en la batida y capaces de dar un buen consejo cuando llegase la ocasion, se ofrecieron generosamente á ser de la partida; y en fin, Paciencia á pesar de su oposicion á la destruccion de los animales inocentes, consintió en ir á la cacería como aficionado.

En el dia convenido, que amaneció templado y sereno para nuestros risueños proyectos y para mi implacable destino, halláronse en pié de guerra hasta 50 personas con cornetas, caballos y perros. La cacería debia concluir con un copo de conejos, de que habia un excesivo número, y que era fácil destruir en masa

recayendo sobre la parte de monte que no hubiese sido batida durante la caza. Armóse, pues, cada uno de nosotros de una carabina, y hasta mi tío tomó una para tirar desde su carruage, lo que todavía ejecutaba con mucha destreza.

Durante las dos primeras horas, Edmunda, montada en una linda y pequeña yegua lemosina, muy viva, y á la que ella se divertía en aguijonear y contener con una coquetería seductora para su anciano padre, se separó un poco de la berlina, desde la que el caballero, risueño, animado y enternecido, la contemplaba con amor. Del mismo modo que nosotros, impelidos cada dia por la rotacion del globo, saludamos al entrar la noche el astro radiante que vá á reinar sobre otro hemisferio, así tambien el anciano se consolaba de morir viendo la juventud, la fuerza y la hermosura de su hija sobrevivirle en otra generacion.

Cuando la caza estuvo muy empeñada, Edmunda, que se resentia ciertamente del carácter guerrero de la familia, y en quien la calma del espíritu no encadenaba siempre la fogosidad de la sangre, cedió á las señales reiteradas que le hacia su padre, cuyo mayor placer era verla galopar, y siguió á los ojeadores que estaban ya un poco delante.

—Síguela, síguela, me gritó el caballero,

que no bien la había visto correr, cuando su dulce vanidad paternal había sido reemplazada por la zozofra é inquietud. No aguardé á que me lo dijera dos veces, y hundiendo las espuelas en el vientre de mi caballo, alcancé á Edmunda en un sendero de travesía que había tomado para incorporarse á los cazadores.

Temblé al verla plegarse como un junco bajo de las ramas, mientras que su caballo, excitado por ella, la arrebatava por en medio de la selva con la rapidez del relámpago.

—¡Edmunda! ¡por amor de Dios! le grité no corrais tanto; os va á suceder una desgracia.

—Déjame correr, me dijo alegremente; mi padre me lo ha permitido. Déjame tranquila, te digo; te sacudo en los dedos si detienes mi caballo.

—Déjame á lo ménos seguirte, le dije estrechándola de cerca: tu padre me lo ha mandado, y no vengo sino para matarme, si te sucede alguna desgracia.

¿En qué consistia que me asaltaban estas ideas tan funestas, á mí que tan acostumbrado estaba á ver á Edmunda correr á caballo por los montes? Lo ignoro. Hallábame en un estado muy raro; el calor de mediodía subía á mi cerebro, y mis nervios estaban singular-

mente escitados. No me había desayunado por hallarme algo indispuerto al partir, y para sostenerme en ayunas había tomado muchas tazas de café con ron. La escitacion de la carrera llegó á ser tan viva, que me imaginé no tener otro objeto que perseguir á Edmunda. Olvidé la casa y todo lo demás. No ví más que á Edmunda; una nube pasó por delante de mis ojos; ya no la ví más; pero continué corriendo; hallábame en un estado de demencia muda, cuando ella se paró de repente.

—¿Qué hacemos? me dijo; ya no oigo el ruido de la caza y distingo el rio. Nos hemos dirigido demasiado á la izquierda.

—Todo lo contrario, Edmunda, le contesté sin saber una palabra de lo que decia; una carrera más al galope y estamos allí.

—Qué sofocado venís! me dijo, pero ¿cómo pasaremos el rio?

—Puesto que hay un camino, tambien habrá un vado le contesté. Vamos, vamos!

Hallábame poseido de la rabia de correr; llevaba una idea; la de emboscarme más y más con ella en aquel monte; pero esta idea estaba cubierta con un velo, y cuando traté de levantarlo, no tuve ya más percepcion que la de los latidos impetuosos de mi corazon y de mis sienes. Edmunda hizo un gesto de impaciencia.



—Estos bosques son malditos; siempre me pierdo en ellos, dijo; y sin duda pensó en el día funesto en que había sido arrebatada lejos de la caza y conducida á la Roca de Mauprat, porque yo también pensé en esto mismo, y las imágenes que se presentaron á mi cerebro me causaron una especie de vértigo. Seguí maquinalmente á Edmunda hácia el río. De repente la ví al otro lado, y se apoderó de mí el furor al ver que su caballo era más ágil y valiente que el mio, pues no sin gran trabajo pude conseguir que entrase en el vado, que era muy malo, en cuyo tiempo tomó Edmunda mucha delantera.

A fuerza de espolazos dejé ensangrentados sus hijares, y cuando, después de haber estado espuesto muchas veces á caerme, llegué á la orilla, me lancé tras Edmunda, ciego de cólera. La alcancé, y me apoderé de la brida de su yegua, exclamando.

—Deteneos, Edmunda, lo quiero; no ireis más adelante.

Al mismo tiempo sacudí tan fuertemente las riendas, que su caballo se paró de manos. Edmunda perdió el equilibrio, y para no caer saltó ligeramente entre nuestros dos caballos á riesgo de haberse herido. Me apeé casi al mismo tiempo que ella, y separé vivamente á los caballos. El de Edmunda, que era muy

manso, permaneció quieto y se puso á pacer. El mio fuera de sí, echó á correr y desapareció. Todo esto fué obra de un instante.

Habia recibido á Edmunda en mis brazos, pero desprendiéndose de ellos, me dijo con aspereza:

—Sois muy bruto, Bernardo, y detesto vuestros modales: ¿Qué habeis heeho?

Turbado, confuso, le dije que creia que su yegua se habia desbocado y temia que le sucediera alguna desgracia, abandonándose de aquella suerte á la velocidad de la carrera.

—¿Y para salvarme me haceis caer á riesgo de matarme? respondió. A la verdad que es una manera muy buena y galante la que habeis empleado conmigo.

—Dejadme que os suba á vuestro caballo, le dije, y sin esperar su permiso, la cogi en mis brazos y la levanté en alto.

—Sabeis muy bien que yo no monto á caballo de este modo, exclamó completamente irritada. Dejadme, no necesito vuestros servicios.

Pero ya no me era permitido obedecer. Mi cabeza se perdía. Mis brazos se crispaban al rededor del talle de Edmunda, y en vano era que tratase de separarlos de él; mis lábios se imprimieron en su seno á pesar mio, y ella se puso pálida de cólera.

—Qué desgraciado soy! dije con los ojos llenos de lágrimas, qué desgraciado soy en ofenderte siempre, y ser odiado á medida que más te amo.

Edmunda tenia un carácter imperioso y violento: habituada á la lucha, habia adquirido con los años una energía inflexible. No era ya la doncella tímida, fuertemente inspirada, pero más ingeniosa que temeraria en la defensa, á quien habia estrechado en mis brazos en la Roca de Mauprat; sino una muger intrépida y orgullosa, que se hubiera dejado degollar antes que permitir una esperanza atrevida. Era además la mujer que sabe que es amada con pasión y conoce su poder. Rechazóme, pues, con desden, y como yo la siguiese en mi delirio, levantó su látigo contra mí y me amenazó con trazarme una marca de ignominia en mi rostro, si osaba tocar siquiera su estribo.

Me arrodillé delante de ella suplicándola que no me abandonase así sin perdonarme. Estaba ya á caballo, y mirando á su alrededor como si buscase el camino, exclamó:

—No me faltaba más sino volver á ver estos abominables sitios! Mirad, caballero, mirad donde estamos!

Miré en torno mio, y observé que estábamos á la orilla del bosque y sobre la misma márgen del estanque de Gazeau. A dos pasos

de nosotros, al través del bosque, cuya espesura se habia aumentado desde la partida de Paciencia, distinguí la puerta de la torre que se abria como una boca negra detrás del verde follaje.

Un nuevo vertigo se apoderó de mí, y senti dentro de mí una lucha terrible de dos instintos. ¡Quién esplicará el misterio que se verifica en el cerebro del hombre, cuando el alma combate con los sentidos, y cuando una parte de su ser intenta ahogar á la otra! En una organizacion como la mia, esta lucha debe ser horrorosa, creedlo; y no penseis que la voluntad desempeña un papel secundario en las naturalezas fogosas; es nécia costumbre decir á un hombre que agota sus fuerzas en semejantes combates: Hubiérais debido venceros.

IX

¿Cómo os explicaré lo que pasó dentro de mí al ver inesperadamente la torre de Gazeau? No la había visto más que dos veces en mi vida; dos veces había sido teatro de las escenas más espantosas, y estas escenas nada eran todavía en comparación de la que estaba yo destinado á presenciar en esta tercera ocasión: ¡hay sitios malditos!

En el umbral de aquella puerta medio destrozada creí ver todavía las manchas de la sangre de los dos Mauprat, cuyo criminal y trágico destino me hizo avergonzar de los instintos de violencia que sentía en mí mismo. Tuve horror á lo que experimentaba, y compren-

di porqué no me amaba Edmunda. Pero, como si hubiera hallado en aquella sangre deplorable los elementos de una simpática fatalidad, sentí la fuerza desenfrenada de mis pasiones crecer en razon del esfuerzo de mi voluntad para vencerlas. Habia vencido todas las demás intemperancias, de que apenas quedaban huellas en mi corazon. Era sóbrio, y ya que no dulce y sufrido, á lo menos afectuoso y sensible; concebía en el más alto grado las leyes del honor y el respeto á la dignidad de los demás; pero el amor era el más temible de mis enemigos, porque se ligaba á todo cuanto de moralidad y delicadeza habia adquirido: tal era el vinculo que habia entre el hombre antiguo y el hombre nuevo, vinculo indisoluble, y cuyo medio me era casi imposible hallar.

Parado delante de Edmunda, que se preparaba á dejarme solo y á pié, furioso al verla separarse de mí por la última vez, porque despues de la ofensa que acababa de hacerle, era indudable que no arrostraria el peligro de hallarse á solas conmigo, la miraba de una manera espantosa; estaba pálido, contraianse mis puños; no tenia que hacer más que querer, y al menor esfuerzo la hubiera arrancado de su caballo, derribado y entregado á mis deseos. Bastaba solo que me abandonase por un mo-

mento á mis intintos feroces, para saciar y extinguir, con la posesion de un instante el fuego que me devoraba hacia siete años. Jamás llegó á saber Edmunda el peligro que corrió su honor en aquel minuto de angustias; he conservado siempre por él un eterno remordimiento; pero Dios solo será juez, porque triunfé, y este pensamiento del mal fué el último de mi vida. A este pensamiento además se limitó mi crimen; lo demás fué obra de la fatalidad.

Sobrecogido de espanto, volví bruscamente la espalda y retorciendo mis manos con desesperacion, huí por el sendero por donde habia venido, sin saber á dónde iba, pero comprendiendo que era preciso sustraerme á aquellas tentaciones peligrosas.

El dia estaba abrasador, y embriagador el olor de las selvas: su aspecto renovaba en mí los sentimientos de mi vida salvaje: era preciso huir ó sucumbir. Edmunda me mandaba con un gesto imperioso que me alejara de su presencia. La idea de cualquiera otro peligro que el que ella corria conmigo no podia en aquel instante presentarse á mi pensamiento ni al suyo, y me hundi en el bosque. No habia andado aún el espacio de treinta pasos, cuando salió un tiro del sitio donde habia dejado á Edmunda.

Me paré, helado de espanto, sin saber por qué, pues en medio de una batida no era cosa estraña un escopetazo; pero tenia el alma tan triste y llena de ideas lúgubres que nada podia parecerme indiferente. Iba á volver atrás para reunirme á Edmunda, aún á riesgo de ofenderla nuevamente, cuando me pareció oir un gemido humano del lado de la torre de Gazeau. Me lancé, y despues caí en tierra como herido por mi emocion. Necesité algunos minutos para triunfar de mi debilidad; mi cerebro estaba lleno de imágenes y ruidos lamentables; no distinguia ya la ilusion de la realidad; y en la mitad del dia marchaba á tientas entre los árboles.

De pronto me hallé frente con el abate; estaba inquieto, buscaba á Edmunda, pues habiendo el caballero ido en su coche á colocarse al paso de los ojeadores, y no viendo entre ellos á su hija, se llenó de sobresalto, y mandó al abate que corriera á buscarla sin pérdida de momento. Este entró en el bosque y hallando pronto las huellas de nuestros caballos, quiso informarse de nuestro paradero. Habia oido el escopetazo, pero sin asustarse ni estrañarlo, creyendo que habia sido disparado por algun cazador. Al verme pálido y azorado con los cabellos en desórden, sin caballo y sin escopeta, pues habia soltado la mia en el sitio

donde caí medio desmayado, y no me había acordado de recogerla, se quedó tan asustado como yo, y sin saber más que yo mismo, qué cosa era lo que causaba su terror.

—Edmunda! me dijo, ¿dónde está Edmunda? Yo le contesté con palabras tan incoherentes, que no pudieron ménos de consternarle y acusarme interiormente de perpetrador de un crimen, segun me confesó más tarde.

—¡Desgraciado jóven! me dijo sacudiendo fuertemente mi brazo como para volverme en mí mismo, os suplico que tengais prudencia, calma...

No le comprendí, pero lo conduje al sitio fatal. ¡Oh, espectáculo funesto y por siempre memorable! Edmunda estaba tendida en tierra, tiesa y bañada en su sangre. Su yegua pacía la yerba á pocos pasos de allí. Paciencia estaba de pié á su lado, cruzado de brazos, con la faz lívida y el corazon tan hinchado que no pudo contestar al abate que le preguntaba con sollozos y gritos. En cuanto á mí, no pude comprender lo que pasaba. Creo que mi cerebro, ya turbado por las emociones precedentes, se paralizó enteramente. Me senté en el suelo, al lado de Edmunda, cuyo pecho estaba herido por dos balas, y miré sus ojos apagados en un estado de estupidez absoluta.

—Alejad á este miserable! dijo Paciencia al abate lanzándome una mirada de desprecio; el perverso no se corrige.

—¡Edmunda! Edmunda! exclamó el abate arrojándose sobre la yerba y tratando de estancar la sangre con su pañuelo.

—Está muerta! dijo Paciencia, y hé aquí el asesino! Ha entregado su alma santa á Dios y Paciencia será su vengador. Esto es muy duro, pero lo será... Dios lo ha querido y puesto que me he hallado aquí para escuchar la verdad.

—Esto es horrible, muy horrible! exclamó el abate.

Oí el sonido de esta última palabra, y me sonreí con aire entontecido repitiéndola como un eco.

Acudieron los cazadores, y se trasladó á Edmunda al castillo. Creo que ví á su padre andando á pié; pues por lo demás no podría afirmar que esto no fuese una vision engañosa, no sabiendo, como no sabia entónces, darme conocimiento de aquellos terribles acontecimientos que no han dejado en mí más que vagos recuerdos, semejantes á los de un sueño, si no se me hubiese asegurado que el caballero salió de su berlina sin ayuda de nadie, que anduvo y obró con tanta fuerza y presencia de espíritu como un jóven. Al día siguien-

te cayó en un estado completo de infancia y de insensibilidad, y no volvió á levantarse de su sillón.

Qué pasó en cuanto á mí? Lo ignoro. Cuando recobré mi razón, observé que estaba en otro sitio de la selva al lado de una cascada, cuyo murmullo escuchaba maquinalmente en una especie de bienestar.

Tejón dormía á mis piés, y su amo de pié contra un árbol me miraba atentamente. El sol que declinaba á su ocaso teñía los árboles de color de púrpura. Las flores silvestres parecían sonreirme. Los pájaros cantaban melodiosamente. Era aquel uno de los más hermosos días del año.

—¡Qué tarde tan magnífica! dije á Marcasse. Este sitio es tan hermoso como una floresta de la América. Y bien, amigo mio, qué haces ahí? Debías haberme despertado antes; he tenido sueños horrosos.

Marcasse vino á arrodillarse junto á mí; dos arroyos de lágrimas corrían por sus mejillas secas y biliosas. Notábase en su semblante, tan impasible de ordinario, una espresion inefable de compasion, de pesar y de ternura.

—Pobre amo! decía; malo de la cabeza! Gran desgracia! Pero la fidelidad no cura. Eterna-

mente en vuestra compañía, aunque sea preciso morir con vos.

Sus lágrimas y sus palabras me llenaron de tristeza; pero este era el resultado de un instinto simpático, ayudado todavía de la debilidad de mis órganos, porque yo no me acordaba de nada. Arrojéme en sus brazos llorando como él, y me estrechó contra su pecho con una efusion verdaderamente paternal. Bien presentía yo que alguna terrible desgracia pesaba sobre mí; pero temía saber en qué consistía, y por nada de este mundo lo hubiera preguntado.

Cojióme del brazo y me condujo por entre el bosque. Yo me dejé guiar como un niño; pero como á poco rato me sintiera desfallecer nuevamente, se vió en la necesidad de dejarme sentado media hora. En fin, me levantó y logró conducirme á la Roca de Mauprat, adonde llegamos muy tarde. No sé lo que experimenté durante la noche. Marcasse me dijo que habia tenido un horroroso delirio. Creyó necesario mandar buscar al pueblo más indiato un barbero, que me sangró por la mañana, y algunos instantes despues recobré la razon.

Pero qué funesto servicio me pareció haberme hecho! *Muerta, muerta, muerta!* era la única palabra que pude articular. No hacia

más que gemir y agitarme sobre mi lecho. Quise salir y correr á San Severo. Mi pobre sargento se arrojó á mis piés y se puso atravesado en la puerta de mi cuarto para impedirme que saliera, y á fin de contenerme me dijo entonces algunas cosas que no comprendí, y cedí al ascendiente de su ternura y á mi propio abatimiento, sin poder esplicarme su conducta.

En una de estas luchas se abrió mi sangría y me dejé caer en la cama sin que lo observara Marcasse. Poco á poco caí en un desmayo profundo, y estaba ya casi muerto, cuando viendo mis lábios y megillas cárdenos, se le ocurrió levantar mi sábana, y me halló nadando en un mar de sangre.

Esto era por lo demás, lo que podia sucederme de más feliz; durante algunos dias permanecí sumergido en un anonadamiento en que la vigilia diferia poco del sueño y gracias al cual no comprendía ni sufría nada.

Un dia, en que pudo hacerme tomar alimento, viendo que con la fuerza me volvian la tristeza y la inquietud, me anunció con sincera y tierna alegría que Edmunda no habia muerto y que no se habian perdido las esperanzas de salvarla. Con semejante noticia quedé herido como del rayo, pues todavía me inclinaba á creer que aquella funesta aventura

era el efecto de mi delirio. Me puse á gritar y á torcerme los brazos de una manera horrosa.

Arodillado Marcasse cerca de mi lecho me suplicaba que me calmase, y veinte veces me repitió las siguientes palabras, que me hacian siempre el efecto de esas palabras vacias de sentido que oimos entre sueños:

—¡No lo habeis hecho de intento, bien lo sé, no lo habeis hecho de intento! Es una desgracia! ¡una escopeta que se dispara en la mano por casualidad!

—¿Qué estás diciendo? exclamé lleno de impaciencia. ¿De qué escopeta hablas? ¿Qué casualidad es esa?

—¿Luego no sabeis que ha sido herida?

Pasé mis manos por la cabeza como para traer á ella la energia de la vida, y no pudiendo esplicarme el suceso misterioso que rompía todos sus resortes, creí que estaba loco y permanecí mudo, consternado, temiendo dejar escapar una palabra que pudiese probar la pérdida de mis facultades.

En fin, poco á poco coordiné mis ideas, pedí vino para fortificarme, y apenas hube bebido algunas gotas, cuando todas las escenas del dia fatal se desarrollaron como por magia delante de mí. Hasta recordé las palabras que habia oido pronunciar á Paciencia inmediata.

mente después del suceso. Estaban como grabadas en esa parte de la memoria que guarda el ruido de las palabras, cuando dormita la que sirve para penetrar su sentido.

Por un instante estuve incierto, me pregunté si se había disparado mi escopeta entre mis manos en el momento de separarme de Edmunda. Recordé claramente que la había descargado una hora antes contra una abubilla, cuyo hermoso plumaje quería Edmunda ver desde cerca, y cuando se oyó el tiro, conservaba mi escopeta en las manos y no la solté sino hasta algunos instantes después: no podía, pues, esta arma haber sido la que se disparó al caer, y además me hallaba demasiado lejos de Edmunda en aquel momento, para que, aún suponiendo una fatalidad increíble, le alcanzase el tiro. En fin, no había tenido una sola bala en mi poder en todo el día, y era imposible que mi escopeta se hallase cargada sin saberlo yo, puesto que no la había quitado de la bandolera desde que maté la abubilla.

Seguro, pues, de que no era yo la causa del funesto accidente, solo me faltaba hallar su explicación, y pensé que algún tirador torpe habría equivocado por entre las matas al caballo de Edmunda con alguna fiera, si bien no pensé en acusarle, cual-

quiera que fuese, de asesinato voluntario, comprendiendo solamente que yo era el acusado.

Arranqué la verdad á Marcasse, quien me dijo que el caballero y todas las personas que formaban parte de la caceria, habian atribuido esta desgracia á un accidente fortuito, á un arma que, con gran desesperacion mia, se habia descargado cuando me derribó el caballo, pues todos creian que me habia lanzado al suelo. Tal era poco más ó menos la opinion que cada uno emitia.

En las pocas palabras que Edmunda podia pronunciar contestaba afirmativamente á estos comentarios; una sola persona me acusaba: Paciencia; pero me acusaba en secreto, y bajo juramento, ante sus dos amigos Marcasse y el abate.

—No necesito deciros, añadió Marcasse, que el abate guarda un silencio absoluto y se niega á creerlos culpable. En cuanto á mí os puedo jurar que jamás...

—Calla, calla, le dije, no me digas siquiera eso, porque seria suponer que habia alguno en el mundo que pudiera creerlo. Pero Edmunda ha dicho alguna cosa inaudita á Paciencia al tiempo de espirar, pues ha muerto; en vano quieres engañarme; ha muerto, no volveré á verla jamás!

—No ha muerto! exclamó Marcasse, haciéndome tales juramentos que no pudieron menos de convencerme, pues sabía que no podría mentir, y que si lo hubiese intentado, todo su ser se hubiera puesto en pugna con sus caritativas intenciones. En cuanto á las palabras de Edmunda se negó francamente á transmitir las, y comprendí con esto que debían ser terribles.

Entonces me lancé de mi lecho, y rechacé inexorablemente á Marcasse que quería contenerme. Mandé echar una manta sobre el caballo del colono y partí al galope. Tenía el aire de un espectro cuando llegué al castillo. Me arrastré hasta el salon sin encontrar á nadie más que á San Juan que lanzó un grito de terror al verme, y desapareció sin contestar á mis preguntas.

El salon estaba desierto. El bastidor de Edmunda cubierto con el paño verde que tal vez no debía ya levantar su mano, me hizo el efecto de un ataúd debajo de un sudario. El gran sillón de mi tío no estaba ya en el rincón de la chimenea. Mi retrato, que habia enviado desde Filadelfia durante la guerra de América, habia sido quitado de la pared; indicios todos de muerte y maldición.

Salí aceleradamente de esta pieza y subí la

escalera con la resolución que dá la inocencia pero con la desesperación en el alma. Fui en derecha á la alcoba de Edmunda, y di una vuelta á la llave, inmediatamente después de haber llamado.

La dueña salió á mi encuentro, dió grandes gritos y echó á correr ocultando su rostro entre las manos como si hubiese visto alguna fiera. ¿Quién, pues, podía haber propalado tan terribles sospechas de mí? ¿El abate? ¿Era tan poca su lealtad que pudiese ser capaz de hacerlo? Mas adelante supe que Edmunda, aunque firme y generosa en sus momentos lúcidos, me había acusado en voz alta durante su delirio.

Me aproximé á su lecho y, víctima yo también del delirio, sin pensar que mi aspecto inesperado podía causarle la muerte, separé las cortinas con mano ávida, y me quedé contemplando á Edmunda. Jamás había visto hermosura más sorprendente. Sus grandes ojos habían crecido otro tanto y brillaban con una luz extraordinaria, aunque sin expresión, como diamantes. Sus mejillas estiradas y descoloridas, sus labios tan blancos como sus mejillas, le daban el aspecto de una hermosa cabeza de mármol. Miróme de hito en hito, con tan poca emoción como si hubiese mirado un cuadro ó un mueble, y volviendo un poco su

rostro hácia la pared, dijo con misteriosa sonrisa:—*Esta es la flor llamada Edmunda silvestris....*

Cai de rodillas, me apoderé de su mano, la cubrí de besos y prorrumpí en sollozos; ella no se apercibió de nada. Su mano inmóvil y helada permaneció en la mía como un pedazo de alabastro.

—¿Y cómo puede manifestarías mi respeto y mi dolor abandonándolos repentinamente?

—Sobre este particular dijo el abate, no quiero ni decir de lo que me habéis dicho, pues sabéis que vuestra presencia en esta casa es una tomadura y una profanación. Cuando de aquí se va a dar el golpe, lo que me queda por hacer es tenerlos sobre esta casa, volverlos a ella y tratarlos como me habéis dicho para desahogaros en vuestras quejas. Pero como no conozco a nadie de esta casa, no puedo ocuparme de ello.

El abate entró y me saludó con aire triste y frío; después me hizo una seña y alejándose del lecho, me dijo:

—¡Sois un insensato! tened la prudencia de no venir aquí; esto es cuanto os queda que hacer.

—¿Y desde cuando, grité montado en cólera, teneis el derecho de arrojarme del seno de mi familia.

—Ay! no teneis ya familia, respondió con un acento de dolor que me desarmó. De un padre y de una hija sólo quedan dos fantasmas para quienes está apagada la vida moral y á quienes pronto abandonará la física. Respe-

tañ los últimos momentos de los que os han amado.

—¿Y cómo puedo manifestarles mi respeto y mi dolor abandonándolos? repliqué aterrado.

—Sobre este particular, dijo el abate, no quiero ni debo decir nada, pues sabeis que vuestra presencia aquí es una temeridad y una profanacion. Partid. Cuando *dejen de existir* (lo que no puede tardar!) si teneis derechos sobre esta casa, volvereis á ella, y ciertamente no me hallareis aquí para disputároslos ni confirmarlos. Entretanto, como no conozco esos derechos, creo poder encargarme de hacer respetar estas dos santas agonias.

—Desgraciado! exclamé, no sé qué me contiene para hacerte pedazos! Qué abominable capricho te impele á clavarme veinte veces el puñal en mi pecho? Crees tú que sobreviré á mi desgracia? No sabes que tres féretros saldrán juntos de esta casa? Crees tú que vengo á buscar aquí otra cosa que la última mirada y la última bendicion?

—Decid más bien el último *perdon*, contestó el abate con gesto inexorable y terrible.

—Digo que estais loco, exclamé, y que si no fuérais sacerdote os destrozaria con mis manos, por la manera con que me hablais.

—Os temo poco, me replicó. Quitarme la vida, sería un gran servicio; pero dueleme en el alma que confirmeis con vuestras amenazas y con vuestra cólera las acusaciones que pesan sobre vuestra cabeza. Si os viese inclinado al arrepentimiento, lloraria con vos; pero vuestra serenidad me causa horror. Hasta ahora no habia visto en vos más que un loco furioso; hoy creo ver un malvado. Retiraos.

Caí sobre un sillón sofocado de rábia y de dolor. Creí por un momento que me iba á morir. A un lado veia á Edmunda espirante, y en frente de mí un juez en quien obraba tal conviccion, que de dulce y tímido por naturaleza, se había convertido en duro é implacable. La pérdida de la que tanto amaba me precipitaba hácia el deseo de la muerte; pero la acusacion horrible que pesaba sobre mí despertaba mi energía. No podia creer que semejante acusacion pudiera prevalecer un instante contra el acento de la verdad, é imaginábame que bastaria una mirada y una palabra para destruirla; pero sentíame tan consternado, tan profundamente herido, que no podia echar mano de este medio de defensa, y cuanto más me abrumaba el oprobio de la sospecha, tanto más comprendía que es casi imposible defendernos con buen éxito cuando solo

contamos en nuestro favor con el orgullo de la inocencia desconocida.

Me quedé como anonadado sin poder proferrir una palabra. Me parecía que una bóveda de plomo pesaba sobre mi cráneo.

Volvióse á abrir la puerta, y la dueña Lebranc, aproximándose con aire odioso y erguido, me dijo que una persona que estaba en la escalera deseaba hablarme. Sali maquinalmente y hallé á Paciencia que me esperaba con los brazos cruzados, en su actitud más austera y con una espresion de rostro que me hubiera infundido respeto y temor, si hubiese sido culpable.

—M. de Mauprat, dijo, es necesario que tenga con vos una conferencia particular; ¿que-reis venir á mi casa?

—Sí, lo quiero, contesté. Soportaré todas las humillaciones, con tal que sepa lo que quieren de mí, y porqué se complacen en ultrajar al más desgraciado de los hombres. Marcha, Paciencia, y despachemos pronto porque tengo prisa de volver aquí.

Paciencia echó á andar delante de mí con aire impasible, y cuando llegamos á su casita, vimos á mi pobre sargento que acababa de llegar tambien aceleradamente. No hallando caballo para seguirme habia ido á pié, y tan de prisa, que estaba bañado en sudor. Levantóse

sin embargo con vivacidad del banco en que se habia echado á la sombra de la parra, para venir á nuestro encuentro.

—Paciencia! exclamó con tono dramático que me hubiera hecho reir, si me hubiera sido posible tener una ráfaga de alegría en semejantes momentos. Viejo loco!... ¿Calumniador en vuestra edad?...

Paciencia, siempre impasible, se encogió de hombros y dijo á su amigo:

—Marcasse, no sabeis lo que decís. Id á descansar al fin del jardin. Nada teneis que hacer aqui. Idos, yo lo mando, añadió empujándole con la mano con una autoridad á la cual el sargento, aunque fiero y quisquilloso, cedió por instinto y por costumbre.

Cuando nos vimos solos, Paciencia entró en materia á fin de obtener yo mismo más pronto el esclarecimiento de lo que pasaba á mi alrededor.

—Quereis decirme, me preguntó, lo que pensais hacer ahora?

—Pienso permanecer en el seno de mi familia, contesté, en tanto que conserve una familia, y cuando no la tenga, lo que he de hacer no interesa á nadie.

—Y si os dijeran, replicó Paciencia, que no podíais quedaros en el seno de vuestra familia sin causar la muerte al uno ó á la

otra de sus individuos, ¿os obstinaríaís en quedaros?

—Si me convencieran de que así sucedería, respondí, no me presentaría delante de vos; esperaría en el umbral de su puerta, ó el último día de su vida ó el de su restablecimiento, para pedirles un cariño que no he cesado de merecer.

—Ola! ola! eso pedís? dijo Paciencia con sonrisa de desprecio. No lo hubiera creído! Por lo demás, estoy satisfecho; esto es ya más claro.

—¿Qué quereis decir? exclamé; hablad, miserable, esplicaos!

—Aquí no hay más miserable que vos, contestó friamente sentándose sobre su único escabel, mientras yo permanecía de pié delante de él.

Quería á toda costa que se esplicase. Me contuve y hasta fué tal mi humildad que dije que escucharía un buen consejo, si consentía en repetirme las palabras que Edmunda habia pronunciado inmediatamente despues del suceso, y las que todavía pronunciaba en las horas de delirio.

—No, á fé mia, contestó Paciencia con aspereza, no sois digno de oír una sola palabra, y no seré yo quien os la diga. Por ventura tenéis necesidad de saberlas? Esperais poder ya

ocultar nada á los hombres? Dios os ha visto: no hay secretos para él. Marchaos; permaneced en la Roca de Mauprat, estad tranquilo, y cuando muera vuestro tío y se arreglen vuestros asuntos, abandonad el país, y si quereis creerme, deberíais abandonarlo desde ahora mismo. No quiero que se os persiga, á menos que me obligueis á ello con vuestra conducta. Pero hay otros que tienen, si no la certidumbre, al ménos la sospecha de la verdad. Antes de dos dias, una palabra dicha por casualidad en público, la indiscrecion de un criado, pueden despertar la atencion de la justicia, y de aquí el cadalso; cuando uno es culpable, no hay más que un paso. No os aborrezco; léjos de eso soy todavia vuestro amigo; admitid, pues, este consejo que segun habeis dicho, estábais dispuesto á escuchar: alejaos, ó manteneos oculto y preparado á huir. No quiero vuestra pérdida, ni Edmunda tampoco... Entendeis?

—Sois un insensato en creer que admitiría semejante consejo. Yo ocultarme, yo huir como un criminal! no penseis en esto. Desafio á todo el mundo. No sé qué furor y qué ódio os impelen contra mí; no sé porqué quereis impedirme que vea á mi tío y á mi prima. Pero desprecio vuestras locuras; mi puesto está aqui, y no me apartaré de él sino por orden

formal de mi prima ó de mi tío, y aun así será preciso que escuche esta órden de su propia boca, porque no haré caso de ninguna que me sea comunicada por un estraño. Así, pues, os agradezco vuestra prudencia, M. Paciencia; tengo bastante con la mia. Os saludo.

Disponíame á salir de la cabaña, cuando se lanzó delante de mí, y por un momento le ví inclinado á emplear la fuerza para contenerme. A pesar de su edad avanzada, á pesar de mi grande estatura y fuerzas atléticas, hallábase todavía capaz de sostener una lucha de este género tal vez con ventaja. Pequeño, rechoncho, ancho de espaldas, era un Hércules.

Detúvose, sin embargo, en el momento de levantar el brazo sobre mí, y cediendo á uno de esos accesos de viva sensibilidad á que estaba sometido en los instantes del mayor enojo, me miró con aire enternecido y me habló con dulzura:

—¡Desgraciado! me dijo, tú, á quien he amado como á un hijo, pues te consideraba como hermano de Edmunda, no corras á tu pérdida. Te lo suplico en nombre de la que has asesinado, y á quien amas todavía, lo sé, pero que ya no puedes volver á ver! Créeme! tu familia era todavía ayer un bajel soberbio cuyo gobierno te estaba encomendado; hoy es un barco des-

mantelado sin velas ni piloto; es menester que los grumetes hagan la maniobra, como dice el amigo Marcasse; pues bien, mi pobre náufrago, no os obstineis en ahogaros; os alargo el cable, cogedlo; si dejais pasar un dia más, será demasiado tarde. Pensad que la justicia se apodera de vos, el que hoy procura salvaros, se verá obligado mañana á acusaros y condenaros. No me forceis á hacer una cosa cuyo sólo pensamiento me arranca lágrimas. Bernardo, habeis sido amado, vivís todavía hoy en lo pasado.

Dí rienda suelta á mi llanto, y el sargento, que entró en este instante, se puso á llorar tambien y á suplicarme que me volviese á la Roca de Mauprat.

Pero bien pronto recobré mi energía y rechazándolos les dije:

— Sé que sois unos hombres muy buenos y generosos y que me amais mucho, supuesto que juzgándome manchado con un crimen atroz, pensais todavía salvarme la vida. Pero tranquilizaos, amigos míos, estoy puro de este crimen, y deseo por el contrario que se hagan indagaciones que no dudeis me absolverán. Debo á mi familia el vivir hasta que mi honor sea rehabilitado. Despues, si soy tan desgraciado que vea perecer á Edmunda, como no tengo á quien amar en el mundo, me

levantaré la tapa de los sesos. Por qué me he de apurar? Yo no tengo apego á la vida. Haga Dios dulces y serenas las últimas horas de aquellos á quienes seguramente no sobreviviré, y esto es todo lo que pido.

Paciencia meneó la cabeza con aire triste y descontento. Estaba tan convencido de mi crimen que todas mis denegaciones me enagenaban su compasion. Marcasse continuaba amándome, pero yo no tenia más garante de mi inocencia que yo solo en el mundo.

—Si volveis al castillo, exclamó Paciencia, vais á jurar aquí no entrar en la alcoba de vuestra prima ó de vuestro tio sin la autorizacion del abate.

—Juro que estoy inocente, contesté, y que no me dejaré convencer de crimen por nadie. Atrás los dos! dejadme. Paciencia, si creéis que es vuestro deber denunciarme, id, hacedlo; lo único que deseo es que no se me condene sin oirme: prefiero el tribunal de las leyes al de la opinion.

Me lance fuera de la cabaña y volví al castillo. Sin embargo, no queriendo armar escándalo delante de los criados, y conociendo que no me se podría ocultar el verdadero estado de Edmunda, me encerré en el cuarto que generalmente habitaba.

Pero en el momento de salir, hácia la tarde,

para adquirir noticias de los dos enfermos, la dueña volvió á decirme que me esperaban afuera. Observé en su semblante una doble expresion de satisfaccion y de miedo. Comprendí que venian á prenderme, y adiviné (lo que era verdad) que la dueña Leblanc me habia delatado. Me asomé á la ventana y vi en el patio á los soldados de *marechausée*.

—¡Cómo ha de ser! exclamé; ¡cúmplase mi destino.

Pero antes de abandonar, quizás para siempre, aquella casa donde dejaba mi alma, quise volver á ver á Edmunda por la última vez. Me dirigí á su estancia. La dueña quiso impedirme la entrada, pero la empujé tan bruscamente, que cayó y creo que se lastimó un poco. Alborotó la casa con sus gritos, y más tarde armó gran ruido en los debates, con lo que llamaba una tentativa de asesinato en su persona.

Entré, pues, en el aposento de Edmunda y hallé en él al abate y al médico. Escuché silencioso lo que este decia. Supe que las heridas no eran mortales por sí mismas, si una violenta irritacion de cerebro no complicaba el mal y hacia temer el tétano. Esta palabra cayó sobre mí como una sentencia de muerte, pues habia visto en América morir muchas personas de esta terrible enfermedad, á con-

secuencia de las heridas recibidas en la guerra.

Me aproximé al lecho. El abate estaba tan consternado que no pensó siquiera en impedírmelo. Cogi la mano de Edmunda, siempre insensible y fria, la besé y sin decir una sola palabra á nadie fui á ponerme á disposicion de la *marechausée*.

XI

Inmediatamente fui encerrado en la prisión del prebostazgo en la Chatre; el teniente corregidor de Issondun principió á instruir la correspondiente sumaria sobre el asesinato de la señorita de Mauprat y obtuvo permiso de publicar un monitorio al dia siguiente. Dirigióse á la aldea de San Severo y á las quintas y haciendas de las cercanías al bosque del Curato, en que habia ocurrido la desgracia, y recibió las deposiciones de más de treinta testigos. Decretóse el auto de mi prision ocho dias despues de mi arresto.

Si hubiese tenido entonces la suficiente serenidad de espíritu, ó si alguno se hubiese in-

teresado por mí, se habrían podido invocar enérgicamente en mi favor esta infracción de la ley y otras muchas que se cometieron en el proceso, probando con ellas que un ódio oculto presidia á las actuaciones. En todo el curso del proceso, una mano invisible lo dirigió todo con una celeridad y un rigor implacables.

La primera instruccion no produjo más que un solo cargo contra mí: el de la dueña Leblanc. Mientras que todos los cazadores declararon no saber nada, ni tener ningun motivo para considerar este accidente como un asesinato voluntario, la dueña, que me odiaba hacia ya mucho tiempo por ciertas burlas que me habia permitido respecto de ella, y que además estaba ganada, como se supo despues, declaró que Edmunda, al salir de su primer desmayo, estando ya sin calentura y en su cabal juicio, le habia confiado, encargándole el secreto, que habia sido insultada, amenazada, derribada de su caballo y en fin, asesinada por mí.

Esta infame muger, apoderándose de las revelaciones que Edmunda habia hecho durante su delirio, compuso con bastante habilidad una relacion completa, y la embelleció con todas las riqueza de su ódio. Desnaturalizando las palabras vagas y las impresiones deli-

rantes de su ama, afirmó bajo juramento que Edmunda me habia visto dirigir el cañon de mi carabina contra ella diciendo: *Te lo he prometido, no morirás sino á mis manos.*

Interrogado San Juan en aquel mismo dia declaró no saber nada más que lo que la señorita Leblanc le habia contado, y su relacion fué exactamente conforme con la precedente. San Juan era un hombre honrado, pero frio y pusilánime. Celoso de la puntualidad, no omitió ningun pormenor ocioso que podia ser mal interpretado contra mí. Aseguró que yo habia sido siempre extravagante, camorrista, caprichudo; que estaba sujeto á males de cabeza durante los cuales no me conocia; que acometido muchas veces de crisis nerviosas, habia hablado de sangre y de muerte á una persona que yo creia ver siempre; en fin, que tenia un carácter tan violento que era *capaz de tirar cualquiera cosa á la cabeza del primero que se me presentase, á pesar de que no sabia que hubiese cometido ningun esceso de este género.* Tales son frecuentemente las deposiciones que deciden de la vida y de la muerte en materia criminal.

En cuanto á Paciencia no se le halló en el dia de estas indagaciones.

El abate declaró que tenia ideas tan inciertas sobre el suceso, que sufriria todas las pe-

nas impuestas á los testigos rebeldes más bien que esplicarse sin haber adquirido informes seguros.

Suplicó al juez que se le diese tiempo, prometiendo bajo su honor no sustraerse á la accion de la justicia y manifestando que podia obtener al cabo de algunos dias, examinadas bien las cosas, una conviccion cualquiera, en cuyo caso prometia declarar cuanto hubiese, ora en mi favor, ora en contra. Fuéle concedido el plazo que solicitaba.

Marcasse dijo que si yo era el autor de las heridas causadas á la señorita de Mauprat, de lo cual principiaba á dudar mucho, era por lo menos autor involuntario, añadiendo que respondia de esta asercion con su honor y con su vida.

Tal fué el resultado de la primera informacion, que continuó repetidas veces en los dias sucesivos, y muchos falsos testigos afirmaron haberme visto asesinar á la señorita de Mauprat, despues de haber intentado inútilmente que cediese á mis deseos.

Uno de los más funestos medios del antiguo modo de enjuiciar era el monitorio; llamábase así una amonestacion lanzada á manera de predicacion por el obispo y proclamada por todos los curas á los feligreses de su parroquia, intimidándoles que indagasen y revela-

sen todos los hechos que llegasen á su conocimiento sobre el crimen que se perseguia. Este medio era un reflejo modificado del principio inquisitorial que reinaba más abiertamente en otros países.

Las más de las veces, el monitorio, instituido por otra parte para perpetuar, en nombre de la religion, el espíritu de delacion, era una obra maestra de atrocidad ridícula; suponíase en ella frecuentemente el crimen y todas las circunstancias imaginarias que la passion de los querellantes tenia necesidad de probar; era la publicacion de un tema dado sobre el cual podia deponer falsamente el primer pícaro que llegaba, incitado por el cebo de la ganancia que á los delatores se prometía....

El monitorio tenia por efecto inevitable, cuando su redaccion era parcial, levantar contra el acusado el ódio público. Los devotos sobre todo, recibiendo sus inspiraciones del clero, perseguian á la victima con encarnizamiento, y esto fué precisamente lo que sucedió respecto de mi, tanto más, cuanto que el clero de la provincia representó además otro papel oculto que estuvo á punto de decidir de mi suerte.

El proceso, elevado al tribunal criminal de

la bailía de Burges, se instruyó en muy pocos días.

Ya podeis imaginaros la sombría desesperacion que se apoderaría de mí. Edmunda se hallaba en un estado cada vez más deplorable, pues su razon estaba completamente estraviada. Nada temia yo del resultado del proceso; no pensaba que fuera posible siquiera convencerme de un crimen que no habia cometido; pero, ¿qué me importaban el honor y vida si Edmunda no debía recobrar la facultad de rehabilitarme respecto de ella misma? Considerábala como muerta: muerta maldiciéndome!

Así, no es estraño que estuviese irrevocablemente decidido á dejarme matar tan luego como pronunciaran mi sentencia, cualquiera que ella fuese. Imponíame como un deber sufrir la vida hasta entonces, y hacer lo que fuese necesario para el triunfo de la verdad; pero estaba abrumado de tal estupor que no procuraba informarme siquiera de lo que habia de hacer.

Sin la constancia y el celo de mi abogado, y sin la lealtad admirable de Marcasse, mi incuria me hubiera abandonado á la suerte más funesta. Este último, principalmente, trabajó sin descanso en mi favor, ora trayéndome frecuentes noticias de Edmunda y de mi tío, á

quienes iba á ver todos los días, ora haciendo las más escrupulosas pesquisas para averiguar la verdad y probar mi inocencia. Siempre que volvía y me contaba el resultado de sus diligencias, le estrechaba la mano con ternura; pero las más de las veces, absorto con lo que acababa de decirme acerca de Edmunda no le oía siquiera.

La prision en que me hallaba, antigua fortaleza de los primitivos señores de la provincia, no consistía más que en una formidable torre cuadrada, ennegrecida por los siglos y construida sobre la roca á espaldas de un desfiladero donde el Indro forma un valle estrecho, sinuoso y rico con la más bella vegetación.

El tiempo estaba hermosísimo. Mi cuarto, colocado en lo más alto de la torre, recibía los rayos del sol naciente: jamás se presentó á los ojos de un prisionero, paisaje más risueño, fresco y pastoril; pero, ¿de qué podía yo disfrutar? Había palabras de muerte y de ultraje en todas las brisas que pasaban entre los alieles de la muralla hendida. Cada sonido rústico, cada cántico pastoril que subía á mis oídos, parecían encerrar un insulto ó espresar un profundo desprecio á mi dolor. Hasta el balido de las ovejas me parecía la espresion del olvido y de la indiferencia.

Hacia ya algunos dias que Marcasse tenia una idea fija: pensaba que Edmunda habia sido asesinada por Juan de Mauprat. Esto podia ser; pero como no tenia yo sobre el particular ninguna probabilidad que hacer valer, le impuse silencio desde que me habló de esto, porque no me convenia procurar disculparme á espensas de otro. Aunque Juan de Mauprat era capaz de todo, podia suceder que jamás le hubiese ocurrido el pensamiento de cometer este crimen; y no habiendo oido hablar de él despues de más de seis semanas, parecíame que hubiera sido una cobardia inculparlo. Persistí, pues, en creer que alguno de los cazadores de la batida habia disparado contra Edmunda por equivocacion, y que motivos de temor y vergüenza le impedian confesar su desgracia.

Marcasse tuvo valor de ir á ver á todos los que habian tomado parte en esta caceria y suplicarles con toda la elocuencia de que le habia dotado el cielo, que no temiesen el castigo de un asesinato involuntario y que no consintieran en que pagase un inocente por ellos. Ningun resultado tuvieron todas estas diligencias, y ni una sola respuesta de los cazadores dejó á mi pobre amigo la esperanza de hallar aquí una revelacion al misterio que nos envolvia.

Fuí trasladado á Burges, al antiguo castillo de los duques de Berri, que sirvió despues para prision. No sin gran dolor tuve que separarme de mi fiel sargento, pues aunque le hubieran permitido seguirme, temia ser arrestado muy pronto por sugestion de mis enemigos, (pues persistia en creer que yo era perseguido por las artes de un ódio oculto) y verse imposibilitado de servirme. Quería, pues, no perder un solo instante para continuar sus investigaciones, á lo ménos mientras no lo prendieran.

Dos dias despues de mi instalacion en Burges, Marcasse produjo un testimonio, estendido á instancias suyas y en consecuencia de sus indagaciones por dos escribanos de la Chatre, en el que, segun las deposiciones de diez testigos, se probaba que un fraile mendicante habia andado errante en los dias anteriores al del asesinato por la Varenne, que se le habia visto en varios puntos y á distancias mas próximas, y por último, que habia hecho noche en Nuestra Señora de Pouligny la víspera del acontecimiento. Marcasse aseguraba que este fraile era Juan de Mauprat; dos mujeres depusieron que habian creído reconocer en él ó á Juan ó al Zurdo de Mauprat, que se le parecia mucho. Pero este último habia muerto ahogado en un estanque el dia siguiente á la toma

del castillo, y como por otra parte toda la poblacion de la Chatre habia visto durante el dia del trágico suceso al trapense acompañar al prior de los carmelitas en su procesion y oficios de la peregrinacion á Vaudevant, léjos de serme favorables estas deposiciones causaron muy mal efecto y atrajeron la odiosidad sobre mi defensa.

El trapense pudo probar victoriosamente la coartada, y el prior de los carmelitas le ayudó á divulgar que yo era un infame impostor. No podia ser mas completo el triunfo de Juan de Mauprat, y con el mayor orgullo decia que habia venido á ponerse voluntariamente en manos de sus jueces naturales para sufrir la pena merecida por sus faltas pasadas, y nadie se atrevia á pensar siquiera en perseguir á tan santo varon. El fanatismo que inspiraba en nuestra provincia era tal que ningun magistrado se hubiera atrevido á arrostrar la opinion pública convirtiéndola en contra de él. En sus declaraciones contó Marcasse la aparicion misteriosa é inesplicable del trapense en la Roca de Mauprat, sus instancias para introducirse hasta donde estaban el caballero Huberto y su hija, su insolencia en ir á asustarlos en sus propios aposentos, y los esfuerzos del prior de los carmelitas para obtener de mí sumas considerables en favor de este per-

sonaje. Todas estas deposiciones fueron consideradas como un cuento, porque Marcasse confesaba no haber sido testigo de ninguna de las apariciones del trapense, y el caballero y su hija no estaban en disposición de declarar la verdad. Aunque mis respuestas á los diferentes interrogatorios que sufrí confirmaron estas narraciones, como declaré con completa sinceridad que hacia ya dos meses que no había vuelto á ver al trapense, y que de consiguiente no me habia dado motivo alguno de inquietud ni recelo, y negándome por otra parte á atribuirle el asesinato, natural era que por espacio de algunos dias quedase rehabilitado el trapense en la opinion pública. Sin embargo, mi poca animosidad contra él no dulcificó la de mis jueces, quienes usaron de las facultades arbitrarias que tenia la magistratura de los tiempos pasados, sobre todo en el interior de las provincias, y paralizaron todos los medios de mi abogado por medio de una precipitacion feroz. Muchos personajes de toga que no quiero designar se entregaron, para perderme, públicamente á declamaciones que hubieran debido hacerlos recusables ante el tribunal de la dignidad y de la moralidad humanas. Intrigaron cuanto pudieron para arrancarme las revelaciones que querian, y hasta me prometieron una sentencia favora-

ble si confesaba á lo menos haber herido á la señorita de Mauprat por equivocacion. El desprecio con que escuché tan irritantes ofertas acabó de enagenármelos. Estraño á toda intriga, en un tiempo en que la justicia y la verdad no podian triunfar sin manejos inmorales y reprobados, fuí victima de dos enemigos, á cual más temible: el clero y la toga: el primero, á quien habia ofendido en la persona del prior de los carmelitas, y la segunda, que me odiaba á muerte á causa de los pretendientes que Edmunda habia rechazado, y la cual contaba en su seno al más rencoroso de todos, al personaje más eminente de la bailía.

Sin embargo, algunos hombres íntegros, á quienes casi era yo desconocido, se interesaron por mi suerte, en vista de los esfuerzos que otros hacian para atraer la odiosidad contra mí; uno de ellos, M. E.... que no carecia de influencia, pues era hermano del intendente de la provincia y se hallaba en relaciones con todos los subdelegados, me sirvió por medio de los escelentes dictámenes que emitió sobre la conveniencia de buscar más luz en aquel enmarañado proceso.

Paciencia hubiera podido, sin querer, servir á mis enemigos, por la conviccion en que estaba de mi culpabilidad; pero huyó de toda ocasion que le comprometiese á declarar, re-

curriendo para este efecto á su vida errante por los bosques donde no pudo ser habido. Marcasse estaba receloso de sus intenciones y no podia concebir el objeto que se llevaba con semejante conducta. Las partidas de la *marechausée* estaban furiosas al ver que un viejo se burlaba de ellas sin salir del rádio de algunas leguas del país. **LIX**

XII

Llegado el día de los debates me presenté en ellos con calma; pero el aspecto de la multitud me entristeció profundamente, pues no tenía en ella ningún apoyo, ninguna simpatía. Parecíame que esta era una razón para hallar á lo menos esa apariencia de respeto que la desgracia y el abandono reclaman, pero no ví en todos los semblantes más que una brutal é insolente curiosidad. Las mugeres del pueblo hablaban en voz alta y en mis propios oídos sobre mi buena presencia y juventud, y muchas damas de la nobleza se presentaron en las tribunas, lujosamente ataviadas como si hubiesen asistido á una fiesta. Gran

número de capuchinos mostraban su cráneo rasurado en medio de un populacho que escitaban contra mí, y de cuyas apartadas filas oía salir las denominaciones de bandido, impio y bestia feroz. Los hombres á la moda del pais se mecian en los bancos de honor, y hablaban de mi pasion en los términos más indecentes é irritantes.

Yo lo oia y veia todo con la tranquilidad de un profundo hastío de la vida y como un viajero que ha llegado al término de su carrera ve con indiferencia y cansancio las agitaciones de los que parten para un punto más distante.

Los debates principiaron con esa solemnidad enfática que caracteriza en todos tiempos el ejercicio de las funciones de la magistratura. Mi interrogatorio fué corto á pesar del sin número de preguntas que me dirigieron sobre toda mi vida. Mis respuestas frustraron las esperanzas de la curiosidad pública y abreviaron mucho la sesion.

Me encerré en tres respuestas principales y cuyo fondo era invariable. 1.º A todas las relativas á mi infancia y educación contesté que no me hallaba en el banco de los acusados para hacer el oficio de acusador. 2.º A las que concernian á Edmunda y á la naturaleza de mis sentimientos y relaciones con ella, dije

que el mérito y la reputacion de la señorita de Mauprat no permitian la menor pregunta sobre la naturaleza de sus relaciones con un hombre cualquiera; que en cuanto á mis sentimientos no debia dar cuenta de ellos á nadie: 3.º A los que tuvieron por objeto hacerme confesar mi supuesto crimen, respondí que no era siquiera el autor involuntario del accidente.

Por medio de contestaciones monosilabas entré en el pormenor de las circunstancias que habian precedido inmediatamente al suceso; pero conociendo que debia convenir á Edmunda tanto como á mí mismo callar los movimientos tumultuosos que me habian agitado, espliqué la escena, á consecuencia de la cual me habia separado de ella, por una caída de caballo, y la separacion por la necesidad de correr en busca del mio para escoltarla de nuevo.

Todo esto no era claro ni podia serlo. Mi caballo habia corrido en direccion contraria á la que yo decia, y el desórden en que me habian visto antes de que tuviese conocimiento del accidente, no estaba suficientemente explicado por medio de una caída de caballo. Interrogábanme principalmente sobre mi excursion con Edmunda por el bosque en vez de seguir la caza como habiamos anunciado. No podian

creer que nos hubiésemos extraviado, precisamente guiados por la fatalidad, ni menos, añadian, representarse á la casualidad como un ser de razon, armado de un fusil, acechando á Edmunda en la torre de Gazeau para asesinarla en el momento que yo volviera la espalda durante cinco minutos, y deducian de aquí que yo la habia arrastrado, ora fuese con artificio, ora á la fuerza, á aquel apartado lugar para violentarla y darle muerte, bien por venganza de no haber logrado mi deseo, bien por temor de ser descubierto y castigado por este crimen.

En seguida se procedió á tomar las declaraciones de los testigos de cargo y descargo. A decir verdad, no hubo más que Marcasse entre estos últimos que pudiera considerarse como tal. Todos los demás afirmaban solamente que un fraile *que tenia todo el aire de los Mauprat* habia andado errante por la Varenne en la época fatal, y que hasta habia parecido ocultarse en la tarde que siguió á la desgracia, y que despues no se le habia vuelto á ver.

Estas deposiciones que yo no habia provocado y que declararé no haber invocado personalmente, me causaron mucho asombro, porque ví figurar entre estos testigos á los hombres más honrados del país; pero sólo tuvie-

ron algun peso á los ojos de M. E.... consejero que se interesaba realmente en la verdad y el cual preguntó porqué no se habia citado á comparecer á Juan de Mauprat para ser careado con estos testigos.

Esta objeccion no fué acogida sino con un murmullo de indignacion. Los que no consideraban á Juan de Mauprat como un santo, no eran pocos, pero se mostraban frios respecto de mí y solo habian concurrido para asistir á un espectáculo.

El entusiasmo de los santurrones llegó á su colmo, cuando el trapense, saliendo de repente de entre la multitud y bajando su capucha de una manera teatral, se acercó resueltamente á la barra diciendo que era un miserable pecador, digno de todos los ultrajes, pero en esta ocasion, en que la verdad era un deber para todos, se consideraba como obligado á dar ejemplo de franqueza y claridad, ofreciéndose él mismo á todas las pruebas que pudieran ilustrar la conciencia de los jueces. Hubo murmullos de alegría y de ternura en el auditorio.

El trapense fué introducido en el salon del tribunal, y careado con los testigos, todos los cuales declararon que el fraile que habian visto llevaba el mismo hábito y tenia un aire de familia, una especie de semejanza lejana con

este, pero que no era el mismo y que no les quedaba duda alguna sobre este particular.

El éxito de este incidente fué un nuevo triunfo para el trapense. No hubo una persona que no dijese que los testigos habian mostrado tanto candor que era difícil creer que no hubiesen visto realmente á otro trapense. En este instante me acordé que en la primera entrevista del abate con Juan de Mauprat en la fuente de los Helechos, este último le habia dicho algunas palabras de un su *hermano en religion*, que viajaba con él y que habia pasado la noche en la quinta de Goulets. Creí deber comunicar esta reminiscencia á mi abogado, y fué á conferenciar en voz baja con el abate que estaba en el banco de los testigos, y que recordó muy bien esta circunstancia, sin poder añadir á ella ninguna noticia posterior.

Cuando tocó al abate su turno para hablar, dirigióse hácia mi con aire profundamente triste; sus ojos se llenaron de lágrimas y contestó á las preguntas de formalidad con turbacion y voz apagada. Hizo un grande esfuerzo sobre sí mismo para contestar en el fondo, y al fin lo verificó en estos términos:

—Hallábame en el bosque, cuando el caba-



llero Huberto de Mauprat me suplicó que bajase del carruaje y fuese á averiguar el paradero de su hija Edmunda, que se habia separado de la cacería hacia ya mucho tiempo por lo que estaba en la mayor inquietud y zozobra. Anduve largo trecho, y á treinta pasos de la torre de Gazeau hallé á M. Bernardo de Mauprat en un gran desórden. Acababa de oír un tiro. Vi que no tenia ya su carabina, pues la habia arrojado (descargada como se ha probado) á algunos pasos de allí. Corrimos juntos en busca de la señorita de Mauprat á quien hallamos tendida en el suelo y atravesada por dos balazos. El hombre que nos habia precedido y que estaba á su lado á la sazón, podria solo decirnos las palabras que pudo recoger de su boca, pues cuando yo la ví estaba sin conocimiento.

—Pero esas palabras, ¿no las habeis sabido puntualmente por boca de esa misma persona, dijo el presidente, existiendo, como se asegura, una amistad íntima entre vos y ese rústico instruido llamado Paciencia?

El abate vaciló y preguntó si las leyes de la conciencia no estaban aquí en contradiccion con las leyes del procedimiento, si los jueces tenian derecho para exigir á un hombre la revelacion de un secreto confiado á su lealtad y hacerle faltar á un juramento.

—Aquí habeis jurado por Jesucristo decir la verdad, toda la verdad, le contestaron; á vos toca examinar si este juramento no es más solemne que todos los que habeis podido hacer precedentemente.

—Pero si hubiese recibido esta confianza bajo el sigilo de confesion, dijo el abate, no me exortariais ciertamente á revelarla.

—Hace ya mucho tiempo, dijo el presidente, que no confesais á nadie, señor abate.

A esta observacion imprudente apareció en el rostro de Juan de Mauprat una alegría horrorosa que me lo representó tal como en otro tiempo lo habia visto reir y gozarse con los dolores y lágrimas de sus victimas.

El abate halló en el despecho que le causó este pequeño ataque personal la fuerza que le hubiera faltado sin él. Permaneció algunos instantes con los ojos bajos. Creyéronle humillado; pero apenas se repuso vióse brillar en su mirada la obstinacion del sacerdote.

—Considerado bien todo, dijo en tono muy dulce, creo que mi conciencia me manda callar esta revelacion, y la callaré.

—Auberto, dijo el abogado con energía, ¿ignorais sin duda las penas impuestas por la ley contra los testigos que se conducen como vos lo haceis?

—No las ignoro, contestó el abate en tono mucho más dulce.

—Y sin duda vuestra intencion no es arros-trarlas?

—Las sufriré si es necesario, replicó el abate con una imperceptible sonrisa de orgullo y con un continente tan noble que todas las mujeres se conmovieron. Las mugeres son es-celentes apreciadoras de las cosas delicada-mente bellas.

—Está bien, replicó el ministerio público. ¿Persistís en ese sistema de silencio?

—Tal vez no, respondió el abate.

—No direis si durante los dias que han se-guido al asesinato de la señorita de Mauprat habeis tenido ecasion de oír las palabras que ha pronunciado, bien sea en el delirio, ó en la lucidez de sus ideas?

—No diré nada de esto, respondió el abate, porque repugna á mis sentimientos referir pa-labras que, en caso de delirio, nada probarian, y en el de sana razon, no habrian sido pro-nunciadas sino en la expansion de una amis-tad puramente filial.

—Muy bien, contestó el abogado del rey le-vantándose; y requeriremos al tribunal para que delibere sobre vuestra negativa á decla-rar, uniendo el incidente al fondo.

—En cuanto á mí, dijo el presidente, entre-

tanto y en virtud de mi poder discrecional, ordeno que Auberto sea arrestado y constituido en prision.

El abate se dejó conducir con una tranquilidad modesta. El público se sobrecogió de respeto, y el más profundo silencio reinó en la asamblea, á pesar de los esfuerzos y el despecho de los frailes y los curas que fulminaban sus anatemas en voz baja contra el herege.

Despues de haber depuesto todos los testigos (y debo decir que los que habian sido sobornados representaron su papel muy débilmente), compareció la dueña Leblanc para coronar la obra.

No pude menos de sorprenderme al ver á esta criada tan encarnizada conmigo y tan bien dirigida en su ódio. Tenia además armas muy poderosas para perjudicarme. En virtud del derecho de escuchar por detrás de las puertas y sorprender todos los secretos de familia que se abrogan los lacayos, hábil por otra parte en las interpretaciones, y fecunda en mentiras, sabia y arreglaba á su gusto la mayor parte de los hechos que podia invocar para perderme.

Ella contó de qué manera, siete años antes habia llegado al castillo de San Severo, acompañando á la señorita de Mauprat, á quien yo

habia salvado de la grosería y maldad de matios (y sea dicho, añadió dirigiéndose hacia Juan de Mauprat, sin hacer alusion á ese santo varon que se halla en este recinto, y que el gran pecador se ha convertido en un gran santo). Pero, á ¿qué precio, continuó volviéndose hacia el tribunal, salvó este miserable á mi querida ama? La habia deshonrado, señores, y no ha pasado un dia desde entonces sin que la pobre señorita no haya derramado lágrimas de dolor y vergüenza, á causa de la violencia que habia sufrido, y de la que no podia consolarse. Demasiado orgullosa para confiar su desgracia á nadie, y demasiado honrada para engañar á ningun hombre, rompió con M. de la Marche, á quien amaba apasionadamente y de quien era amada del mismo modo; rechazó todas las proposiciones de casamiento que se le hicieron durante siete años, y todo esto por punto de honor, porque detestaba á M. Bernardo.

En un principio quiso matarse, pues habia mandado afilar un cuchillito de caza de su padre, y (ahí está M. Marcasse que puede decirlo si quiere acordarse) ya se hubiera quitado la vida indudablemente si yo no hubiese tirado ese cuchillo al pozo de la casa. Tambien pensaba defenderse contra los ataques nocturnos de su perseguidor, pues guardaba siem-

pre el cuchillo, mientras lo tuvo, debajo de su almohada, corria el cerrojo á la puerta de su cuarto todas las noches, y muchas veces la ví entrar pálida y próxima á desmayarse, toda desalentada, como una persona que acaba de ser perseguida y de pasar mucho miedo. A medida que ese señor *ha adquirido educacion* y modales, conociendo la señorita que no podia tener otro marido, pues hablaba siempre de matar á todos los que se presentasen, esperó á verlo *corregido de su ferocidad*, y le mostró mucha dulzura y bondad, y hasta le cuidó en su enfermedad, no porque le amase y estimase tanto como ha querido decir Marcasse en su *version*, sino porque temió siempre que revelase en su delirio delante de los criados ó de su padre, el secreto de la afrenta que le habia hecho, y que tenia el mayor cuidado en ocultar por pudor y por orgullo. Todas las señoras que están aquí presentes deben conservar esto en la memoria. Cuando la familia fué á pasar el invierno del 77 en París, M. Bernardo se hizo celoso, déspota y profirió tales amenazas de matar á M. de la Marche, que la señorita se vió en la necesidad de despedirlo. Despues de esto, tuvo escenas violentas con Bernardo, le declaró que no le amaba ni le amaria jamás. De cólera y de pesar, porque no se puede negar que estaba ena-

morado *como un tigre*, partió para América, y durante los seis años que pasó allá, mostróse en sus cartas *muy enmendado*. Cuando volvió, la señorita había tomado su partido de morir soltera y gozaba de la mayor tranquilidad, y M. Bernardo por su parte parecia haberse hecho *buen muchacho*. Pero á fuerza de verla todos los días, y de estar sin cesar apoyado sobre el respaldo de su sillón ó de devanarle las madejas de estambre, hablándole en voz baja mientras su padre dormia, volvió á enamorarse tanto que llegó á *perder la cabeza*.

No quiero acusarle demasiado, bastante desgraciado es, y creo que más merece estar en una casa de locos que subir al cadalso. Casi todas las noches se le oía gritar como un león y escribia á la señorita unas cartas *tan bestiales*, que las leia sonriéndose y las guardaba en el seno sin contestarlas. Por lo demás, hé aquí una que hallé en su poder al desnudarla despues del desgraciado acontecimiento; está agujereada de un balazo y manchada de sangre; pero todavía se puede leer bastante para conocer que *M. Bernardo* tenia frecuentemente la intencion de matar á la *señorita*.

Diciendo esto depositó sobre la mesa del tribunal un papel medio quemado y ensangrentado, que produjo en los concurrentes un

movimiento de horror, sincero en algunos, y afectado en otros muchos.

Antes que procedieran á su lectura, la pérfida dueña acabó su deposicion con tales aserciones que no pudieron menos de turbarme profundamente, porque ya no distinguia el límite entre la realidad y la perfidia. Desde el dia de su accidente, añadió la dueña, la señorita ha estado siempre entre la vida y la muerte. No volverá ciertamente á levantarse de la cama, á pesar de lo que digan los señores médicos.

Me atrevo á decir que estos señores, no viendo á la enferma sino á ciertas horas, no conocen su enfermedad como yo, que no me he separado de ella una sola noche. Creen que las heridas van bien, pero que la cabeza está desarreglada; pues yo digo que las heridas van mal y la cabeza mejor de lo que se dice. La señorita delira muy pocas veces, y si delira es en presencia de esos señores que la turban y amedrentan. Hace entonces tantos esfuerzos por no parecer loca que llega á estarlo; pero apenas la dejan sola conmigo, ó con San Juan ó con el señor abate, *que ha podido decir muy bien todo esto si hubiese querido*, se vuelve tranquila, dulce, sensata como de ordinario, entonces dice que siente muchos dolores, sin embargo de que delante de los médicos dice

que casi no siente nada; habla de su asesino con la generosidad que conviene á una cristiana y repite cien veces al dia: «¡Dios le perdone en la otra vida como yo le perdono en esta! Despues de todo *preciso es amar mucho á una mujer para matarla!* He hecho mal en no casarme con él; tal vez me hubiera hecho feliz; pero lo he arrastrado á la desesperacion y se ha vengado de mí. Querida Leblanc, guárdate de revelar jamás el secreto que te confio. Una palabra indiscreta lo conduciria al cadalso, y mi padre moriria de pesar!» La pobre señorita está lejos de imaginar que las cosas han llegado á este estado, y que he sido intimidada por la ley y la religion á decir lo que quisiera callar. Lo que me consuela es que podrá fácilmente ocultarse todo esto al caballero, que no tiene ya su cabeza en mejor estado que un niño acabado de nacer. En cuanto á mí, he cumplido mi deber y Dios me juzgará.

Despues de haber hablado asi la dueña con completa serenidad se sentó en medio de un murmullo de aprobacion, y se procedió á la lectura de la carta hallada á Edmunda. Era la misma que yo le habia escrito pocos dias antes de la desgraciada ocurrencia. Al presentármela para su reconocimiento, no pude contenerme y la llevé á los lábios para besar

la mancha de sangre de Edmunda, y despues, dirigiendo la vista á la letra, devolví la carta declarando que era mia.

La lectura de esta carta fué mi golpe de gracia. La fatalidad que parece ingeniosa en perjudicar á sus victimas quiso (y tal vez una mano infame contribuyó á esta mutilacion) que los pasages que demostraban mi sumision y mi respeto hubiesen sido destruidos, y no pudieran leerse ciertas alusiones poéticas que esplicaban y escusaban las divagaciones exaltadas. Lo que más resaltó y se apoderó de todas las convicciones fueron las líneas que quedaron instactas que demostraban la violencia de mi pasion y el arrebató de mis delirios.

Hé aquí las frases que podian leerse clara y distintamente:

Algunas veces he tenido deseos de levantarme á media noche é ir á mataros! Lo hubiera hecho ya cien veces, si hubiese estado seguro de que no os amaria despues de muerta. Compadecedme, porque hay en mí dos hombres, y algunas veces el bandido de otro tiempo reina sobre el hombre nuevo etc.

Una sonrisa de pérfida satisfaccion asomó á los lábios de mis enemigos. Mis defensores casi cesaron de compadecerme, y mi pobre sargento me miró con aire de terrible in-

certidumbre. El público me había ya condenado.

Después de este incidente, el abogado del rey tuvo ancho campo en que espaciarse fulminando contra mí una tremenda acusación en la que me presentó como un perverso incurable, como el vástago maldito de un tronco maldito, como un ejemplo de la fatalidad de los malos instintos; y luego que se esforzó en hacer de mí un objeto de horror y espanto, quiso, para darse cierto aire de imparcialidad y de generosidad, provocar en mi favor la compasión de los jueces; quiso probar que yo no era dueño de mí mismo, que mi razón, trastornada desde la infancia con espectáculos atroces y principios de perversidad, no estaba completa, ni hubiera podido estarlo jamás, cualesquiera que hubiesen sido las circunstancias y el desarrollo de mis pasiones. En fin, después de haber hecho una vana ostentación de sus conocimientos en la filosofía y retórica con gran placer de los concurrentes, concluyó pidiendo contra mí la pena de interdicción y reclusión perpétua.

A pesar de que mi abogado era hombre de mucho talento y habilidad forense, quedó tan sorprendido con la lectura de la carta, hallábase el auditorio tan mal dispuesto en mi favor, daba el tribunal públicamente tales mues-

tras de incredulidad é impaciencia al escucharle (costumbre indecorosa que se ha perpetuado en los asientos de la magistratura de este pais) que su defensa no pudo ménos de ser floja y pálida.

Lo único que se atrevió á pedir con energía fué un suplemento de instruccion, quejándose de que no se hubiesen llenado todas las formalidades, de que la justicia no hubiese aclarado suficientemente todas las partes del proceso y de que se instruyese con tanta precipitacion una causa en la que muchas de sus circunstancias estaban todavía envueltas en el misterio. Reclamó la comparecencia de los médicos para que dijese si la señorita de Mauprat se hallaba en estado de declarar. Demostró que la más importante deposicion era la de Paciencia, y que este podia presentarse el dia menos pensado y disculparme. Pidió en fin que se practicasen las diligencias necesarias hasta dar con el fraile mendicante cuya semejanza con los Mauprat no habia sido todavía esplicada, y sí confirmada por testigos que merecian fé. Consideró necesario averiguar el paradero de Antonio de Mauprat y exigir al trapense esplicaciones sobre este particular. Lamentóse altamente de que se le hubiese privado de todos estos medios de defensa negándole los plazos necesarios, y tuvo el

valor de decir que habia malas pasiones interesadas en la marcha oscura y rápida del proceso. El presidente le llamó al órden; el abogado del rey replicó victoriosamente que se habian llenado todas las formalidades, que el tribunal estaba suficientemente ilustrado, que el practicar ninguna diligencia en busca del fraile mendicante era una puerilidad de mal gusto y que Juan de Mauprat habia probado la muerte de su último hermano, acaecida muchos años antes. Los jueces se retiraron para deliberar, y al cabo de media hora volvieron á entrar y pronunciaron contra mí una sentencia que me condenaba á la pena capital.

XIII

Aunque la prontitud y la severidad de esta senténcia fuesen una cosa inícuá que llenó de estupor aún á mis más encarnizados enemigos, yo recibí el golpe con la mayor calma. Nada habia ya en el mundo que pudiera interesarme; encomendé á Dios mi alma y le pedí la rehabilitacion de mi memoria, diciéndome interiormente que si Edmunda moria, la encontraria en otro mundo mejor; que si me sobrevivia y recobraba la razon, llegaria un dia para el esclarecimiento de la verdad, y que entonces viviria en su corazon como un recuerdo querido y doloroso.

Irritable por naturaleza, y siempre dispues-

to á enfurecerme contra todo lo que pueda servirme de obstáculo ú ofensa, me admiro de la resignacion filosófica que he hallado en las grandes vicisitudes de mi vida, y sobre todo en esta.

Eran las dos de la mañana y hacia catorce horas que duraba la audiencia. Un silencio de muerte reinaba en la asamblea, que estaba tan atenta y era tan numerosa como al principio, que á tal punto son los hombres ávidos de espectáculos. El que presentaba el salon del tribunal criminal en aquel instante era lúgubre. Aquellos hombres de ropaje encarnado, tan pálidos, tan absolutos, tan implacables como el consejo de los Diez en Venecia; aquellos espectros de mugeres adornadas de flores que la pálida claridad de los blandones hacia asemejarse á los recuerdos de la vida, flotando en las tribunas encima de los sacerdotes de la muerte, los mosqueteros de la guardia brillando en la sombra cerca de la puerta, la actitud dolorosa de mi pobre sargento, la alegría muda del trapense, siempre de pié sin cansarse al lado de la barra, y el tañido lúgubre de la campana de un convento inmediato que empezó á tocar maitines en medio del silencio de la asamblea, eran motivos suficientes para atacar los nervios de las mugeres de los arrendadores generales, y hacer

latir los anchos pechos de los más fornidos herreros.

De repente y en el momento en que el tribunal iba á disolverse y anunciar que se levantaba la sesion, aparece entre la multitud un hombre andrajoso, descalzo, de lengua barba, desordenada cabellera, frente espaciosa y austera, mirada imponente y sombría y se dirige á la barra con reposado continente y diciendo con voz cavernosa:

—Yo, Juan Le Houx, llamado *Paciencia*, me opongo á este juicio como inícuo en cuanto al fondo, é ilegal en la forma. Pido que se revise, á fin de que pueda dar mi declaracion, que es necesaria, soberana tal vez, y que debia haberse oido.

—Si teneis alguna cosa qué decir, esclamó el abogado del rey, porqué no os habeis presentado cuando se os ha citado? Quereis engañar al tribunal alegando que teneis motivos que podeis hacer valer.

—Y vos, respondió *Paciencia* en tono más lento y con voz más hueca que antes, quereis engañar al público diciendo que no los tengo. Bien sabeis que debo tenerlos.

—Testigo, pensad donde estais, y meditad bien lo que decís y á quien hablais.

—Lo sé demasiado, y no diré una palabra de más. Declaro aquí que tengo cosas impor-

tantes que decir, y que las hubiera dicho á tiempo si no hubiéseis *violentado* el tiempo. Quiero decirlas y las diré; y creedme, vale más que las diga ahora que todavía pueden revivirse los procedimientos. Esto importa más á los jueces que al condenado, porque este revive por el honor en el momento en que ellos mueren por la infamia.

—Testigo, dijo el magistrado irritado, la acritud é insolencia de vuestro lenguaje serán más perjudiciales que ventajosas al acusado.

—Y quién os dice que soy favorable al acusado, dijo Paciencia con voz de trueno. Qué sabéis de mí? Y si me place hacer que una sentencia ilegal y sin fuerza llegue á ser una sentencia poderosa é irrevocable?

—Cómo conciliar este deseo de hacer respetar las leyes, dijo el magistrado, verdaderamente turbado por el ascendiente de Paciencia, con la infraccion que habeis cometido contra ellas, no compareciendo cuando os citó el corregidor?

—Porque no quise.

—Hay penas severas contra aquellos cuya voluntad no se ajusta siempre á las leyes del reino.

—Es posible.

—Venís con intencion de someteros hoy á ellas.

—Vengo con la de hacéros las respetar.

—Os prevengo que si no cambiais de tono, mandaré que os encierren en una prison.

—Os prevengo que si amais la justicia, y si servís á Dios, tendreis que escucharme y suspender la ejecucion de la sentencia. No corresponde al que lleva la verdad humillarse delante de los que la buscan. Pero vosotros que me oís, hombres del pueblo, de quienes los grandes no querrán sin duda burlarse, vosotros, cuya voz se llama *voz de Dios*, uníos á mi, abrazad la defensa de la verdad que va á ser sofocada tal vez bajo desgraciadas apariencias, ó bien á triunfar por malos medios. Arrodillaos, hombres del pueblo, hermanos, hijos míos; orad, suplicad, obtened que se haga justicia, y se reprima la cólera. Lo reclaman vuestro deber, vuestro derecho y vuestro interés; vosotros sois á quienes se insulta y se amenaza cuando se violan las leyes.

Paciencia hablaba con tanto calor y sinceridad, que hubo un movimiento simpático en el auditorio. La filosofía estaba entonces demasiado á la moda entre los jóvenes de categoria para que estos no fuesen los primeros en responder á un llamamiento que sin em-

bargo no se les dirigia. Levantáronse con una impetuosidad caballeresca y se volvieron hácia el pueblo, que se levantó tambien arrastrado por este noble ejemplo. Hubo un clamor furioso, y cada cual, reconociendo su dignidad y su fuerza, olvidó las prevenciones personales para reunirse en el derecho comun. Así, algunas veces basta un noble arranque y una palabra verdadera para congregar á las masas estraviadas por largos sofismas.

Acordóse la suspension, y fuí conducido á la prision en medio de los aplausos. Marcasse me siguió. Paciencia se retiró, sin que yo le viese, á pesar de que lo deseaba para manifestarle mi agradecimiento.

La revision de mi juicio no podia verificarse sin una órden espresa del gran concejo. Yo por mi parte estaba decidido, antes de la sentencia, á no hacer la menor gestion para obtener dicha órden; pero la accion y el discurso de Paciencia no habian obrado menos sobre mi ánimo que sobre el de los espectadores. El espíritu de lucha y el instinto de la dignidad humana, embotados y como paralizados en mí por el pesar, se despertaron repentinamente, y conocí entonces que el hombre no ha nacido para esa concentracion egoista de desesperacion, que se llama ó la abnegacion ó

el estoicismo. Nadie puede abandonar el cuidado de su honor sin abandonar el respeto debido al principio del honor. Si es noble sacrificar su gloria personal y su vida á los misteriosos fallos de la conciencia, es cobardía abandonar una y otra á los furoros de una injusta persecucion.

Sentíme realzado á mis propios ojos y pasé el resto de aquella importante noche en buscar los medios de rehabilitarme, con tanta perseverancia habia puesto en abandonarme al destino. Con el conocimiento de la fuerza sentí renacer la esperanza. Edmunda no estaba tal vez ni loca ni herida mortalmente. Podia absolverme, podia sanar. ¿Quién sabe? me decia yo, quizás me habrá ya hecho justicia, quizás sea ella quien envia á Paciencia en mi socorro: sin duda llenaré sus deseos recordando valor y no dejándome abatir y vencer por los embaucadores y malvados.

Pero cómo obtendria yo esa orden del gran consejo? Era menester un decreto del rey; ¿quién lo solicitaria? ¿Quién apresuraria esas odiosas lentitudes que la justicia sabe emplear, cuando le place, en los mismos asuntos en que se ha lanzado con una precipitacion ciega? ¿Quién impediria á mis enemigos perjudicarme y paralizar todos mis medios? ¿Quién combatiría por mí en una palabra? El abate

sólo hubiera podido hacerlo, pero estaba preso por mi causa. Su generosa conducta en el proceso me habia probado que era todavía amigo mio, pero su celo estaba encadenado. ¿Qué podia hacer Marcasse en su oscura posicion y lenguaje enigmático? Vino la noche, y yo me dormí con la esperanza de un socorro celestial, porque habia orado á Dios con fervor.

Algunas horas de sueño me reanimaron y abrí los ojos al ruido de los cerrojos de mi puerta que descorrían por la parte de afuera. Oh, Dios de bondad! Cuál fué mi asombro y alegría al ver á Arturo, mi compañero de armas, ese otro yo, para quien no habia tenido un secreto durante seis años, precipitarse en mis brazos! Lloré como un niño al recibir esta prueba de amor de la Providencia. Arturo no me acusaba. Habia sabido en París, á donde le habian llamado los intereses científicos de la biblioteca de Filadelfia, el triste proceso en que yo estaba complicado. Habia roto lanzas con cuantos me inculpaban, y no perdió un instante para venir á salvarme ó consolarme.

Mi alma hasta entonces abrumada con un enorme peso, respiró y se esplayó libremente al verme en sus brazos, y le dije lo que podia hacer en mi favor. En aquel mismo momento

quiso tomar la posta para París, pero le supliqué que principiara por ir á San Severo á indagar algunas noticias de Edmunda, pues hacia ya cuatro mortales dias que no sabia de ella, y por otra parte Marcasse no me las habia dado tan exactas y circunstanciadas como yo hubiera querido.

—Tranquilizate, me dijo Arturo, por mí sabrás la verdad; entiendo lo bastante de cirujía y mi vista no me engaña: podré decirte á punto fijo lo que puedes temer ó esperar: desde allí partiré á París.

Al segundo dia me escribió una carta larga y detallada.

Edmunda se hallaba en un estado muy extraordinario. No hablaba y al parecer no sufría, mientras se limitaban á evitarle toda especie de escitacion nerviosa; pero á la primera palabra que pudiera despertar la memoria de sus dolores, era acometida de una convulsion. El aislamiento moral en que se hallaba era el mayor obstáculo á su curacion. No carecia de nada en cuanto á los cuidados fisicos; tenia dos médicos muy buenos y una enfermera muy celosa. La dueña Leblanc la cuidaba tambien bajo este concepto con mucho interés; pero esta muger la hacia mucho daño con sus reflexiones impertinentes y sus preguntas indiscretas.

Arturo me aseguró además que si alguna vez Edmunda me habia creído culpable y se habia explicado sobre este particular, debia haber sido en una faz precedente de su enfermedad, porque despues de quince dias por lo menos se hallaba en un estado de inercia completo. Ella dormitaba frecuentemente pero nada más; digería algunos brevajes gelatinosos y jamás se quejaba; contestaba por medio de señas siempre negativas á las preguntas de los médicos sobre sus dolores; pero no expresaba con el menor gesto el recuerdo de las afecciones que habian llenado su vida.

La ternura que profesaba á su padre, ese sentimiento tan profundo y poderoso en ella, no estaba sin embargo estinguido; derramaba frecuentemente lágrimas abundantes, pero entonces parecia no oír ningun sonido; en vano era que tratase de hacerla comprender que su padre no habia muerto, como al parecer ella creía. Rechazaba con ademán suplicante, no el ruido, que parecia no herir sus oídos, sino el movimiento que á su derredor se hacia, y ocultando el rostro entre las manos, hundiéndose en su sillón y encogiendo sus rodillas hasta tocar el pecho, parecia entregada á una desesperacion sin remedio. La fatal dueña, para probarla y conmoverla, se habia atrevido á decirle que su padre habia muerto;

pero Edmunda contestó con una señal de cabeza que ya lo sabia, y cuando algunas horas despues quisieron los médicos hacerla comprender que su padre estaba vivo, respondió con otro signo que no lo creia. Entonces llevaron rodando hasta su cuarto el sillón del caballero pero ¡oh desgracia! ni el padre reconoció á su hija, ni la hija al padre; y sólo al cabo de algunos instantes tomando Edmunda á su padre por un espectro lanzó gritos horrosos acometida de fuertes convulsiones que volviendo á abrir una de sus heridas, hicieron temer por su vida. Desde entonces se tuvo mucho cuidado en tenerlos separados y en pronunciar delante de Edmunda ninguna palabra que tuviese relacion con él. Creyó que Arturo era un médico del país y le recibió con la misma dulzura é indiferencia que á los otros.

No se habia aún atrevido á hablarla de mí; pero me exhortaba á que no perdiese las esperanzas, pues el estado de Edmunda nada presentaba de que no pudieran triunfar el tiempo y el reposo: tenia poca calentura, ninguna de las funciones vitales de su ser estaba realmente turbada; las heridas casi se hallaban curadas, y no era de temer que el cerebro se desorganizase por un esceso de actividad. El abatimiento en que este órgano habia cai-

do, la postracion de todos los demás órganos no debian luchar largo tiempo, segun Arturo contra los recursos de la juventud y el poder de una admirable constitucion. Invitábame en fin á que pensase en mí mismo, pues aun podia ser útil á Edmunda con mis cuidados y volver á ser feliz mereciendo nuevamente su afecto y estimacion.

A los quince dias volvió Arturo de París con la orden del rey para la revision de mi juicio. Fueron escuchados nuevos testigos. Paciencia no se presentó, pero yo recibí de su parte un pedazo de papel con estas palabras de una escritura informe: «No sois culpable, esperad.» Los médicos afirmaron que la señorita de Mauprat podia ser interrogada sin peligro, pero que sus respuestas carecerian de sentido. Estaba bastante aliviada.

Habia reconocido á su padre, y no le abandonaba un momento: no comprendia nada que no tuviese relacion con él y parecia experimentar el mayor placer en cuidarle como á un niño. El por su parte reconocia tambien de vez en cuando á su hija querida; pero sus fuerzas se disminuian sensiblemente. Interrogado en uno de sus momentos lúcidos, contestó que su hija se habia caido efectivamente del caballo en la caza, y que se habia abierto el pecho contra la raiz de un árbol, que na-

die habia disparado contra ella, ni por equivocacion, y que era preciso estar loco para creer que fuese su primo capaz de semejante crimen. Cuando le preguntaron lo que pensaba de la ausencia de su sobrino, contestó que no estaba ausente y que le veia todos los dias. Edmunda no pudo ser interrogada. A la primera pregunta que la dirigieron, se encogió de hombros y dió á entender por medio de una seña que queria que la dejasen tranquila. Uno de los jueces, insistiendo y queriendo ser más explícito, la miró fijamente y pareció esforzarse en comprenderla. Pronunció mi nombre y Edmunda lanzó un grito terrible, cayendo en seguida desmayada. Fué, pues, preciso renunciar á oirla. Arturo, sin embargo, no se desanimó; al contrario, la relacion de esta escena le hizo pensar que podia verificarse en las facultades intelectuales de Edmunda una crisis favorable. Volvió á partir inmediatamente y fué á instalarse en San Severo, donde permaneció muchos dias sin escribirme, lo que me sumergió en una grande ansiedad.

Interrogado nuevamente el abate persistió en sus negativas tranquilas y lacónicas.

Viendo mis jueces que no llegaban los informes prometidos por Paciencia, apresuraron más de lo que debieron la revision de los procedimientos, dando de este modo una nue-

va prueba de su animosidad contra mí. El día fijado llegó. Yo estaba devorado de inquietud. Arturo me había escrito que esperara, en un estilo tan lacónico como Paciencia. Mi abogado no había podido adquirir ninguna buena prueba que hacer valer. Yo conocía que principiaba á creerme culpable. Su única esperanza era alcanzar algunas dilaciones.

XIV

El auditorio fué mucho más numeroso que la primera vez. Se reforzó la guardia de las puertas del tribunal, y la multitud invadió hasta las ventanas del castillo de Santiago Caur, hoy casa de villa. Esta vez hallábame muy turbado, si bien tenía el valor y fuerza necesario para no dárselo á conocer; interesábase ya el éxito de mi causa, y como quiera que parecían no realizarse las esperanzas que habia concebido, experimentaba un malestar indecible, un furor concentrado, una especie de ódio contra aquellos hombres que no abrian los ojos á mi inocencia y contra el fatal destino que parecia abandonarme.

En este estado violento, hice tales esfuerzos por parecer tranquilo, que apenas observé lo que pasaba en torno mio. Recobré mi presencia de espíritu para contestar en los mismos términos que la primera vez á mi nuevo interrogatorio.

En seguida un crespon fúnebre pareció estenderse sobre mi cabeza, un anillo de hierro me apretaba la frente, sentia un frio de hielo en mis órbitas, no veia ya más que á mí mismo, y solo oia rumores vagos é incomprensibles. No sé lo que pasó. No sé si anunciaron la aparicion que hirió mi vista repentinamente. Me acuerdo solo de que se abrió una puerta detrás del tribunal, que Arturo se adelantó sosteniendo á una mujer velada, que le quitaron el velo, despues de haberla hecho sentar en un gran sillón que los ugieres rodaron hácia ella precipitadamente, y que un grito de admiracion llenó el auditorio, contemplando la hermosura pálida y sublime de Edmunda.

En este momento olvidé la multitud, el tribunal, mi causa y el universo entero. Creo que ninguna fuerza humana hubiera podido oponerse á mi arranque impetuoso. Precipitéme como el rayo en medio del salón, y cayendo á los piés de Edmunda, abracé sus rodillas con efusion. Despues me dijeron que este movimiento conmovió al público y que ca-

si todas las mujeres prorrumpieron en llanto. Los jóvenes elegantes no se atrevieron á hacer burla. Los jueces se llenaron de asombro y enternecimiento.

La verdad tuvo un instante de triunfo completo.

Edmunda me miró largo rato; la insensibilidad de la muerte aparecía en su semblante, y parecía que jamás podría reconocerme. La asamblea esperó en profundo silencio á que ella expresase su ódio ó su afecto hácia mí. De repente principió á llorar, echó sus brazos al rededor de mi cuello, y perdió el conocimiento. Arturo mandó que se la llevaran inmediatamente; y no poco trabajo le costó hacerme volver á mi sitio, pues ya no sabia donde estaba, ni de qué se trataba. Asido fuertemente al vestido de Edmunda queria seguirla, y solo el ascendiente que Arturo ejercia sobre mí creo que pudo obligarme á desistir de mi propósito.

Dirigiéndose entonces este generoso amigo al tribunal, pidió que certificasen sobre el estado de la enferma los médicos que la habian examinado por la mañana. Reclamó además y obtuvo que se llamase otra vez á Edmunda y se carease conmigo, luego que hubiese pasado la crisis que en aquel instante sufría.

—Esta crisis no es grave, añadió; la señorí-

ta de Mauprat ha sufrido ya muchas del mismo género en estos últimos días y durante el viage; pero he observado que despues de cada uno de estos accesos, sus facultades intelectuales han tomado un desarrollo cada vez más satisfactorio.

—Id á prestar vuestros cuidados á la enferma, dijo el presidente. Dentro de dos horas se la llamará, si juzgais que este tiempo basta para poner fin á su desmayo. Entretanto, el tribunal oirá al testigo, á cuyas instancias no recibió ejecucion el primer juicio.

Arturo se retiró, y Paciencia fué introducido. Estaba vestido decentemente; pero despues de haber dicho algunas palabras, declaró que le era imposible continuar si no se le permitia quitarse su casaca. Este ropage prestado le incomodaba de tal modo y le parecía tan pesado que sudaba abundantemente. Apenas esperó una señal de desprecio que le hizo el presidente, para arrojar al suelo aquellas insignias de la civilizacion, y bajando con cuidado las mangas de su camisa sobre sus brazos nervudos habló poco más ó ménos en estos términos:

—Diré la verdad, toda la verdad; levanto la mano por segunda vez, porque tengo que decir cosas que se contradicen, y que no puedo esplicarme á mí mismo. Juro delante de Dios

y de los hombres que diré lo que sé, como lo sé, sin tener la menor prevencion en favor, ni en contra de nadie.

Paciencia levantó la mano y se volvió hácia el pueblo con aire de completa confianza, como para decirle: Ya veis todos que juro, y sabeis que se me puede creer. Esta confianza de su parte no era mal fundada. Habíanse ocupado todos mucho, desde el incidente del primer juicio, de este hombre extraordinario, que habia hablado delante del tribunal con tanta audacia y arengado al pueblo en su presencia. Esta conducta inspiraba mucha curiosidad y simpatia á todos los demócratas y *filadelfos*. Las obras de Beaumarchais tenian en las clases más altas de la sociedad un éxito que basta explicar cómo Paciencia, en oposicion con todos los poderes de la provincia, se hallaba sostenido y aplaudido por todo el que se preciaba de tener un espíritu elevado. Cada uno creia ver en él á Figaro bajo una forma nueva. Habia cundido el rumor de sus virtudes privadas; pues ya os acordareis que durante mi permanencia en América, Paciencia se habia dado á conocer á los habitantes de la Varenne, y trocado su reputacion de hechicero por la de bienhechor, mereciendo que le dieran el sobrenombre de *gran juez*, porque intervenia voluntariamente en las disputas y

las terminaba á satisfaccion de todos con una bondad y una habilidad admirables.

Habló esta vez en tono alto y penetrante, pues su voz tenia muchas hermosas cuerdas; su gesto era lento ó animado segun las circunstancias, pero siempre noble é interesante; su fisonomía corta y socrática estaba siempre llena de espresion. Poseia todas las cualidades de orador, pero no empleaba en manifestarlas ninguna vanidad. Habló de una manera clara y concisa que habia adquirido necesariamente en su comercio reciente con los hombres y en la discusion de sus intereses positivos.

—Cuando la señorita de Mauprat recibió la herida, dijo, me hallaba á diez pasos de ella todo lo más. Pero el monte era tan espeso en este sitio que no podía ver nada á dos pasos de mí. Se habian empeñado en que saliera yo tambien á la cacería y formara parte de la batida, aunque solo fuese de mero espectador; pero como esta diversion no era cosa que me llamaba mucho la atencion, cuando me hallé cerca de la torre de Gazeau, que he habitado por espacio de veinte años, vine en deseos de volver á ver mi antigua celda, y á ella me dirigía á pasos acelerados, cuando oí el tiro, lo cual no me asustó gran cosa, porque nada más natural que esta clase de ruido en una

batida. Pero cuando sali de la selva, es decir, cerca de dos minutos despues, hallé á Edmunda (perdonadme, tengo la costumbre de llamarla así, pues la quiero como á una hija), hallé á Edmunda arrodillada en tierra herida, segun os han dicho, y sosteniendo todavia con una de sus manos la brida del caballo que se encabritaba.

Ella no sabia si tenia poco ó mucho mal, pero con la otra mano sujetaba su pecho diciendo:

—¡Bernardo! ¡Esto es horroroso! Jamás os hubiera creído capaz de matarme. ¡Bernardo! ¿Dónde estais? venid á verme morir. ¡Matais á mi padre! Y al decir esto cayó completamente en tierra y soltó la brida de su caballo. Entonces me precipité hácia ella, y añadió:

—¡Ah! ¿Lo has visto, Paciencia? No hables de ello, no digas nada á mi padre... Alargó los brazos, se estiró su cuerpo, creí que habia muerto, y no volvió á hablar hasta la noche, despues que la estrajeron las balas del pecho.

—¿Visteis entonces á Bernardo Matprat?

—Le ví en el sitio del acontecimiento, cuando Edmunda perdió su conocimiento y pareció entregar el alma. Estaba como loco; creí que era el remordimiento que le abrumaba, le hablé con aspereza y hasta le traté de asesino.

Nada contestó, y se sentó en el suelo al lado de su prima, permaneciendo allí como alelado hasta mucho tiempo despues de habérsela llevado. Nadie pensó en acusarle, creyendo que se habia caído del caballo, que habian visto correr por la orilla del estanque, y todos creyeron que se habia disparado su carabina al caer.

El abate Auberto fué el único que me oyó acusar á Mr. Bernardo de haber asesinado á su prima. En los dias siguientes, Edmunda habló, pero no siempre en mi presencia, y además, desde este momento, tuvo casi siempre el delirio. Sostengo que ella no ha confiado á nadie, y mucho ménos á la dueña Leblanc, lo que pasó entre ella y M. de Mauprat antes del funesto acontecimiento; tampoco me lo ha confiado á mi, y en los raros instantes en que tenia la cabeza despejada, contestaba á nuestras preguntas, que ciertamente Bernardo no lo habia hecho con intencion, y aún muchas veces, durante los tres primeros dias, manifestó deseos de verle; pero cuando tenia la fiebre gritaba:

—¡Bernardo! ¡Bernardo! habeis cometido un gran crimen, habeis asesinado á mi padre!

Esta era su idea. Creia realmente que su padre habia muerto, y lo creyó por mucho tiempo.

po. Resulta, pues, que ha dicho muy poco que tenga valor, y que es absolutamente falso cuanto la dueña Leblanc le ha hecho decir. A los tres dias cesó de pronunciar palabras inteligibles y á los ocho volvió su enfermedad á un silencio completo. Hace siete dias que habiendo recobrado su razon ha despedido de su lado á la dueña, lo que puede probar muy bien alguna cosa contra esta camarera. Hé aquí todo lo que tengo que decir contra monsieur de Mauprat; á nadie más que á mí correspondia callarlo, pero como tengo todavía que decir otra cosa, he querido revelar toda la verdad.

Paciencia hizo una pausa; el auditorio y el mismo tribunal, que principiaba á interesarse por mí y á perder la acritud de sus prevenciones, quedó como aterrado con una declaración tan diferente de la que se esperaba.

Paciencia volvió á tomar la palabra. Por espacio de muchas semanas, dijo, he estado convencido del crimen de Bernardo. Despues he reflexionado mucho sobre esto, y me he dicho muchas veces que un hombre tan bueno y tan instruido como lo era Bernardo, un hombre á quien Edmunda profesaba tanta estimacion, y á quien el caballero amaba como hijo, un hombre, en fin, que tenia tantas ideas sobre la justicia y la verdad, no podia llegar á

convertirse de la noche á la mañana en un malvado. Además, se me ha ocurrido la idea de que bien podia suceder que fuese alguno otro Mauprat el que disparó el tiro. No hablo del trapense, añadió buscando en el auditorio á Juan de Mauprat, el cual no se hallaba allí hablo del otro cuya muerte no ha podido probarse todavía, á pesar de que el tribunal haya juzgado conveniente pasar adelante y creer á Juan de Mauprat sobre su palabra.

—Testigo, dijo el presidente, debo advertiros que no habeis venido aquí ni para servir de abogado al acusado, ni para revisar los fallos del tribunal. Debeis decir solamente lo que sepais del hecho, y no lo que prejuzaís del fondo del negocio.

—Bien está, replicó Paciencia, pero es menester sin embargo, que diga porqué no he querido declarar la primera vez contra Bernardo, no pudiendo suministrar más que pruebas contra él, y no teniendo fé en estas mismas pruebas.

—Ahora no se os pregunta eso, dijo el presidente; no os separeis de vuestra deposición.

—Un instante! necesito defender mi honor y explicar mi propia conducta, si me lo permitis.

—No sois el acusado y no há lugar á que

defendáis vuestra propia causa. Si el tribunal juzga á propósito procesaros por vuestra desobediencia, entonces podreis pensar en defenderos, pero no es esto de lo que se trata ahora.

—Trátase de hacer saber al tribunal si soy un hombre de bien ó un testigo falso, y perdonadme que os diga que esto importa alguna cosa en el proceso; la vida del acusado depende de esto, y el tribunal no puede mirarlo con indiferencia.

—Hablad, dijo el abogado del rey, y tratad de guardar el respeto que debeis al tribunal.

—No es mi ánimo ofender al tribunal, replicó Paciencia; digo solamente que un hombre puede sustraerse á las órdenes del tribunal por razones de conciencia que el tribunal puede condenar legalmente, pero que cada juez en particular puede comprender y excusar. Digo, pues, que no he tenido aquella convicción íntima que es necesaria para considerar culpable á Bernardo de Mauprat; mis oídos solo lo sabian, y esto no era bastante para mí. Disimuladme, señores, yo tambien soy juez. Informaos de mi. En mi aldea me llaman el *gran juez*. Cuando mis conciudadanos me piden que falle sobre una disputa de taberna, ó sobre el límite de un campo, no atiendo tanto

á lo que ellos me dicen como á mi propio convencimiento, que procuro formar, no sólo escuchando á las partes interesadas, sino recogiendo todos los datos que puedan demostrar la verdad ó falsedad de sus aseveraciones é indicarme á quien corresponde la razon. Así es que no pudiendo creer que Bernardo fuese un asesino, y habiendo oido asegurar á más de diez personas, que considero incapaces de un falso juramento, que *un fraile parecido á los Mauprat* habia recorrido el pais, habiendo yo mismo visto á este fraile, aunque de espaldas, pasar por Pouligny el dia del acontecimiento, he querido averiguar si estaba en la Varenne, y he sabido que estaba todavia; es decir que despues de haberla abandonado, habia vuelto á ella en los dias que se celebró el juicio del mes último, y lo que es más, que tenia mucha intimidad con Juan de Mauprat.

¿Quién es, pues, este fraile? me decia yo; porqué su figura causa tanto miedo á los habitantes del país? Qué hace en la Varenne? Si es del convento de los carmelitas, porqué no lleva el hábito de esta órden? Si pertenece á la de Juan, porqué no está hospedado con él en el convento de los carmelitas? Si es mendicante, porqué despues de haber hecho su colecta, no se marcha más lejos en vez de volver á importunar á las mismas personas

que le dieron el día anterior? Si es trapense y no quiere quedarse en el convento de los carmelitas con su compañero, porqué no se vuelve á su monasterio? Quién es, pues, este fraile vagabundo? Y por qué Juan de Mauprat que ha dicho á muchas personas que no le conocia, le conoce tan bien que almuerzan de vez en cuando juntos en una taberna de Crevent?

Entonces quise prestar mi declaracion, por más que pudiera perjudicar en parte á Bernardo, á fin de tener el derecho de decir lo que os digo, aún cuando esto no sirviese para nada. Pero como vosotros no dais jamás tiempo á los testigos para que procuren ilustrarse sobre lo que tienen que creer, me volví al punto á mis bosques, donde viví á la manera de los zorros, prometiendo no salir de allí hasta que descubriese lo que ese fraile hace en el país. Púseme, pues, á seguirle la pista, y he descubierto lo que es: el asesino de Edmunda, llamado Antonio Mauprat.

Esta revelacion causó un gran movimiento en el tribunal y en el auditorio. Todos principiaron á buscar con la vista á Juan de Mauprat, cuya figura no apareció entre la multitud.

—¿Cuáles son vuestras pruebas? dijo el presidente,

—Voy á presentarlas, respondió Paciencia. Sabiendo por la tabernera de Crevant, á quien he tenido ocasion de hacer algunos favores, que los dos trapenses almorzaban de vez en cuando en su casa, como ya he dicho, fuí á hospedar-me á media legua de allí en una ermita, que está abandonada en medio de los bosques, y que no es otra cosa más que una caverna abierta en la peña viva, en la que hay una gran piedra para sentarse y nada más. Allí pasé dos dias manteniéndome de raíces y algun pedazo de pan que me llevaban de vez en cuando de la taberna. Al tercer dia vino á avisarme el muchacho que tenia de criado la tabernera, que los dos frailes iban á sentarse á la mesa.

Corrí allá y me oculté en una bodega que caia al jardín. La puerta de esta bodega está bastante oscura á causa de la sombra que le presta un manzano, bajo cuya frondosa copa se pusieron á almorzar los reverendos. Juan era sóbrio, el otro comia como un carmelita y bebia como un franciscano. Oí y ví todo á mi satisfaccion.

—Ya es tiempo de que esto concluya, decia Antonio, á quien reconocí muy bien, viéndole beber y oyéndole jurar; estoy cansado del oficio que me obligas á desempeñar. Dame asilo

en el convento de los carmelitas, ó confieso de plano.

—¿Y qué puedes confesar que no te conduzca á la rueda, pedazo de animal? le contestó Juan; está seguro de que no pondrás el pié en el convento de los carmelitas; me importa poco verme complicado en un proceso criminal, porque á las tres horas te hubiera delatado.

—¿Por qué, pues, les haces creer que eres un santo.

—Yo soy capaz de conducirme como un santo, y tú te conduces como un gran imbécil.

—Dime, *Nepomuceno*, ¿esperas por ventura salir bien librado si llegan á formarme una causa criminal?

—Quién sabe? respondió el trapense, yo no he tomado parte en tus locuras, ni aconsejado nada de este género.

—Ja! Ja! mirad el santo apóstol! exclamó Antonio riéndose á carcajadas y recostándose en la silla, ahora que la cosa está hecha te muestras satisfecho. Siempre fuistes cobarde, y á no haber sido por mí, no habrias jamás imaginado cosa mejor que hacerte trapense para fingir devocion, y venir en seguida á pedir la absolucion de lo pasado, á fin de tener el derecho de sacar un poco de dinero á los

Rompe-cabezas de San Severo. Bella ambicion á fé mia! morirse bajo una capucha, despues de haberse mortificado toda su vida, y no haber gustado más que la mitad de todos los placeres y ocultándose como un topo! Vé, vé, cuando te hayan colgado al gentil Bernardo, cuando la hermosa Edmunda haya muerto y cuando el viejo *Rompe-cabezas* haya entregado sus huesos á la tierra, cuando heredemos en fin esa rica fortuna, verás que es un magnífico golpe haberse desembarazado de tres á un tiempo! Bien sé que me costará á mí el hacerme un poco el devoto, yo, que no tengo costumbres frailunas y que no sé llevar el hábito; pero lo ahorcaré y me contentaré con edificar una capilla en la Roca de Mauprat y comulgar en ella cuatro veces al año.

—!Todo lo que has hecho es una bestialidad y una infamia!

—¡Hola! no hables de infamia, mi noble hermano, ó te hago tragar esta botella tapada.

—Digo que es una bestialidad, y que si sale bien debes encender un cirio á la Virgen, y si sale mal, yo me lavo las manos, lo entiendes? Cuando oculto en el retrete secreto del castillo, oí á Bernardo contar á su criado despues de cenar que estaba enamorado de la bella Edmunda, te dije al salir de mi escondite

que se podía dar un buen golpe de mano; y tú, como un bruto, tomaste el asunto tan al pié de la letra, que has ido, sin consultarme y sin un momento favorable, á ejecutar una cosa que exijia ser reflexionada y pesada.

—¿Y dónde hubiera hallado, alma de liebre, ese momento favorable? *La ocasion hace al ladron*. Véome sorprendido por la caza en medio del bosque, me oculto en la maldita torre de Gazeau, veo llegar á mí dos tortolitas, oigo una conversacion capaz de hacer reventar de risa, Bernardo haciendo pucheritos como un niño que llora, Edmunda echándola de esquivia; Bernardo se retira como un tonto, echo mano á mis pistolas y *paf*...

—¡Calla, calla, boca de tigre! dijo el otro asustado: ¿conviene hablar de estas cosas en una taberna? Ataráza la lengua, desgraciado, ó no te veré más.

—Es necesario, no obstante, que me veas, mi querido hermano, cuando vaya á llamar á la puerta de los carmelitas.

—Te guardarás muy bien de ir allá, si no quieres que te denuncie.

—No me denunciarás, porque ya sé lo que tengo que hacer contigo.

—No te temo; he hecho mis pruebas y expiado ya mis pecados.

—Hipócrita!

—Quieres callar insensato? dijo el otro; es menester separarnos. Aquí tienes dinero.

—*Todo eso.*

—Qué quieres que te dé un religioso? Crees que soy rico?

—Los carmelitas lo son, y tú haces de ellos lo que quieres.

—Aún cuando pudiera darte más, no lo haría, porque no tardarías más en tener dos luses que en cometer desórdenes y dar escándalos que te descubrirían.

—Y si deseas que abandone el país por algun tiempo, con qué dinero quieres que viaje?

—No te he dado ya tres veces con qué marcharte, y te has vuelto despues de haberlo gastado todo en vino en el primer lugar que has encontrado en la frontera de la provincia? Me indigna tanta imprudencia, despues de las declaraciones que se han dado contra tí, cuando se vá á revisar el juicio abierto á Bernardo, cuando la *marechausée* anda muy lista, y cuando tal vez vas á ser descubierta.

—Hermano mio, á ti te toca vigilar sobre esto; tú gobiernas á los carmelitas, los carmelitas gobiernan al obispo, Dios sabe por qué travesurilla hecha en comunidad, y

con gran secreto, despues de cenar, en su convento.

Aquí el presidente interrumpió la relacion de Paciencia.

—Testigo, dijo, os llamo al órden; ultrajais la virtud de un prelado con la narracion escandalosa de semejante conversacion.

—De ningun modo, contestó Paciencia, refiero las invectivas de un crapuloso y asesino contra el prelado; yo nada invento, y cada uno de los que me escuchan sabe el caso que debe hacerse de semejantes habladurías; pero si quereis, no volveré á hablar más sobre esto.

Hubo todavía un largo debate entre los dos hermanos. El trapense verdadero queria hacer marchar al falso trapense, y este se obstinaba en quedarse diciendo que no queria descubrirse, porque era de temer que apenas decapitaran á Bernardo, lo haria prender su hermano Juan para apoderarse él solo de la herencia. El trapense montado en cólera le amenazó sériamente con denunciarlo y entregarlo á la justicia.

—Voto á cribas! te guardarás muy bien, replicó Antonio, porque sisale absuelto Bernardo, adios herencia!

Diciendo esto, se separaron; el verdade-

ro trapense se marchó muy pensativo, y el otro se durmió apoyando los codos sobre la mesa. Entonces salí de mi escondite para proceder á su arresto, á la sazón que la *marechausée* que ya hacia tiempo andaba á mis alcances para obligarme á venir á dar mi declaracion, me echó la mano al cuello. Por más que designé al fraile como asesino de Edmunda, no me han querido creer, diciéndome que no tenían órden para prenderlo. Quise sublevar al pueblo y me impidieron hablar, conduciéndome en seguida de brigada en brigada como un desertor, y ocho días he estado encerrado en un calabozo sin que nadie se halla dignado atender á mis reclamaciones. No he podido ver siquiera al abogado de Bernardo y hacerle saber que estaba preso; ahora mismo ha sido cuando el carcelero ha ido á avisarme que era preciso *comparecer*. No sé si todo esto está conforme con los trámites de la justicia, pero lo cierto es que el asesino pudo ser arrestado, y no lo ha sido, ni lo será si no os asegurais de la persona de Juan de Mauprat para impedirle que avise, no digo á su cómplice, pero sí á su protegido. Juro que en todo lo que he oido, Juan de Mauprat está al abrigo de complicidad; en cuanto á la accion de dejar entregar al rigor de las leyes un

inocente, y querer salvar á un culpable, hasta el extremo de fingir su muerte por medio de falsos testimonios... Paciencia, viendo que el presidente iba á interrumpirle otra vez, se apresuró á terminar su discurso, diciendo: En cuanto á esto, señores, pertenece á vosotros, y no á mí el juzgar.

XV

Despues de esta deposicion importante, el tribunal suspendió por algunos instantes la sesion, y cuando volvió á abrirse esta, Edmunda fué conducida á su presencia. Pálida y abatida, pudiendo apenas arrastrarse hasta el sillón que le estaba reservado, mostró sin embargo una gran fuerza y una grande serenidad de espíritu.

—Creeis poder contestar con calma y sin turbacion á las preguntas que se os hagan? le dijo el presidente.

—Lo espero, señor, contestó ella. Verdad es que salgo de una enfermedad grave, y que hace solamente pocos dias que he recobrado el

ejercicio de mi memoria; pero creo haberla recobrado muy bien, y mi espíritu no siente ninguna turbacion.

—Vuestro nombre?

—Solange Edmunda de Mauprat. *Edmunda silvestris*, añadió en voz baja.

Yo temblé. Su mirada habia tomado, al pronunciar esta palabra intempestiva, una espresion estraña. Creí que iba á divagar más que nunca. Mi abogado asustado me miró con aire de interrogacion. Nadie más que yo habia comprendido estas dos palabras que Edmunda habia acostumbrado repetir frecuentemente en los primeros y últimos dias de su enfermedad. Afortunadamente esta fué la última alteracion de sus facultades. Sacudió su hermosa cabeza como para desechar toda idea inoportuna, y habiéndola pedido el presidente la esplicacion de estas palabras ininteligibles, contestó con dulzura y nobleza:

—No es nada, señor; podeis, si gustais, continuar mi interrogatorio.

—Vuestra edad, señorita?

—Veinte y cuatro años.

—Sois parienta del acusado?

—Tia segunda, y por ser remoto nuestro parentesco, nos damos el dulce título de primos.

BIBLIOTECA
Diputación Provincial

—Jurais decir verdad en todo cuanto os fuese preguntado?

—Sí, señor.

—Levantad la mano.

Edmunda se volvió hácia Arturo con triste sonrisa. Este le quitó su guante y la ayudó á levantar la mano, sin fuerza y casi sin movimiento. Gruesas lágrimas corrieron por mis mejillas.

Edmunda contó con finura y naturalidad que habiéndose estraviado en el bosque conmigo, se habia caido de su caballo por la precipitacion que yo habia empleado para sujetarla, creyendo que iba desbocado su caballo: que de aquí resultó un ligero altercado, de resultas del cual, por uno de esos raptos de cólera tan comunes en las mugeres, quiso subirse sola sobre su cabalgadura; que hasta me habia dirigido palabras duras, aunque sin comprender su sentido, porque me amaba como á un hermano; que profundamente afligido por su aspereza, me habia alejado algunos pasos para obedecerla, y que en el momento de seguirme, afligida ella tambien por nuestra pueril querella, sintió una violenta conmocion en el pecho, y cayó oyendo apenas la detonacion y que le era imposible decir de qué lado habia salido el tiro.

—Esto es todo lo que ha pasado, añadió; yo

soy la persona ménos á propósito para esplicaros este desgraciado suceso. No puedo en mi alma y conciencia atribuirlo á otra cosa que á torpeza por parte de alguno de nuestros cazadores, que habrá temido confesarlo. ¡Las leyes son tan severas, y es tan difícil probar la verdad!

—Segun eso, señorita, no creéis que vuestro sobrino haya sido el autor de este atentado?

—No, señor, de ninguna manera. Ya no estoy loca y no me hubiera dejado conducir ante el tribunal si hubiese sentido enfermo mi cerebro.

—Parece que imputais á un estado de enajenacion mental las revelaciones que habeis hecho al honrado Paciencia, á vuestra aya Leblanc y quizás tambien al abate Auberto.

—Yo no he hecho ninguna *revelacion*, contestó Edmunda con serenidad, lo mismo al digno Paciencia que al respetable abate y á la aya Leblanc. Si se llaman revelacion las palabras vacías de sentido que se dicen durante el delirio, es menester condenar á muerte á todas las figuras que vemos en sueños. Qué revelacion podia yo haber hecho de una cosa que ignoro?

—Pero habeis dicho en el momento de recibir la herida al caer de vuestro caballo: «Ber»

nardo, Bernardo! jamás os hubiera creído capaz de matarme!»

—No me acuerdo de haber dicho jamás eso; y aún cuando lo hubiese dicho, no concibo la importancia que puede darse á las impresiones de una persona herida del rayo y cuyo espíritu está como anonadado. Lo que sé es que Bernardo de Mauprat daría su vida por mi padre y por mí, lo que no hace muy probable que haya querido asesinar-me. Y por qué razón ¡Dios mío!

El presidente se sirvió entonces para confundirla de todos los argumentos que podían suministrarle las declaraciones de la dueña Leblanc, en las cuales había en efecto con qué poder turbar su razón, por muy despejada que en aquel momento estuviese.

Sorprendida Edmunda al ver á la justicia en posesion de tantas cosas que creía secretas, tuvo sin embargo bastante valor y serenidad, cuando se la hizo entender, en los términos brutalmente castos que se emplean ante los tribunales en semejantes casos, que había sido víctima de una grosería en la Roca de Mauprat.

Entonces fué cuando, tomando con calor la defensa de mi carácter y la de su honor, afirmó que yo me había conducido con una honradez muy superior á lo que todavía podía es-

perarse de mi educación: pero quedábale por explicar toda su vida desde esta fecha, el rompimiento de sus relaciones con M. de la Marche, sus altercados continuos conmigo, mi repentino viaje á América y su obstinacion en no casarse.

—Este interrogatorio es una cosa odiosa! dijo levantándose de repente y recobrando sus fuerzas físicas con el ejercicio de su fuerza moral. Pedirme cuenta de mis más íntimos sentimientos, descendéis á los misterios de mi alma, atormentais á mi pudor, y os abrogais derechos que sólo á Dios pertenecen. Os declaro, que si se tratase aquí de mi vida y no de la de otro, no me arrancaríais una palabra más. Pero para salvar la vida del último de los hombres, sacrificaría mi repugnancia, ¿con cuánta más razon no lo haré por el que se halla á vuestra presencia? Sabed, pues, ya que obligais á hacer una confesion contraria á la reserva y al orgullo de mi sexo, que todo lo que os parece inesplicable en mi conducta, todo lo que atribuis á culpa de Bernardo, á mis resentimientos, á sus amenazas y á mis temores, se justifica con una sola palabra: *Yo le amo*.

Al pronunciar esta palabra, ruborizada y con el acento profundo del alma más apasionada y más orgullosamente concentrada que

ha existido jamás, se sentó y cubrió su rostro con sus manos. En este momento me sentí tan enagenado que exclamé sin poder contenerme:

—Que me lleven al cadalso ahora, soy el rey de la tierra!

—Al cadalso! tú! dijo Edmunda levantándose; antes iré yo. ¿Tienes tú la culpa, desgraciado jóven, de que por espacio de siete años te haya ocultado el secreto de mi amor, y de que haya querido esperar para decírtelo que fueses el primero de los hombres en saber y prudencia como lo eres en nobleza de sentimientos? Cara pagas mi ambicion, puesto que se interpreta por desprecio y ódio. Bien merecía que me aborrecieras, ya que mi orgullo te ha conducido al banco de los criminales; pero lavaré tu ofensa por medio de reparacion pública y solemne, y si te arrastran al cadalso mañana, no subirás á él sino con el título de mi esposo.

—Vuestra generosidad os lleva demasiado léjos, Edmunda de Mauprat, dijo el presidente; casi consentís para salvar á vuestro pariente, en acusaros de veleidosa y dura, porque ¿cómo esplicareis esa vuestra negativa durante siete años que tanto ha exasperado la pasion de ese jóven?

—Tal vez, señor, dijo Edmunda con mali-

cia, no sea competente el tribunal en esta materia. Muchas mugeres creen que no es gran crimen usar de un poco de coquetería con el hombre á quien aman, y quizás tengan derecho á usarla cuando le han sacrificado todos los demás hombres: es una vanidad natural muy inocente querer hacer conocer al hombre que preferimos, que nuestro amor es de mucho precio y que merecemos ser solicitadas y buscadas durante tiempo. Ciertó que si esta coquetería tuviera por resultado hacer condenar á muerte á un amante, todas las mugeres se corregirian pronto de este defecto: pero es imposible, señores, que querais consolar de esta suerte á ese pobre jóven de mis rigores.

Hablando así con aire de escitacion irónica, Edmunda derramó copiosas lágrimas; nerviosa y esquisita sensibilidad que revelaba todas las dotes de su alma: ternura, valor, delicadeza, orgullo, pudor, y que daba al mismo tiempo á su fisonomía una espresion tan movable y admirable bajo todos aspectos, que la grave y sombría asamblea de los jueces sintió caer la coraza de bronce de la integridad impasible y la máscara de plomo de la hipócrita virtud.

Si Edmunda no me habia defendido victoriosamente con sus declaraciones, logró á lo

menos excitar al más alto punto el interés en mi favor. Un hombre amado por una mujer bella y virtuosa lleva consigo un talisman que le hace invulnerable: entonces todos consideran su vida más preciosa que la de los demás.

Edmunda sufrió todavía muchas preguntas y restableció los hechos desnaturalizados por la criada Leblanc; ella me disculpó mucho, es verdad, pero supo con un arte admirable eludir ciertas preguntas y sustraerse á la necesidad de mentir ó condenarme. Se acusó generosamente de los mismos agravios que yo le habia hecho, y dijo que si habiamos tenido altercados, era porque recibia con ellos un secreto placer, pues en ellos veia la fuerza de mi amor; que me habia dejado partir para América, queriendo poner á prueba mi virtud y creyendo que la campaña no duraria más de un año, como entonces se decia; que despues habia considerado como un compromiso de honor el sufrir esta prolongacion ilimitada, pero que habia padecido más que yo con mi ausencia; en fin, reconoció muy bien la carta que habian hallado en su poder; y cogiéndola restableció los pasajes mutilados con una memoria sorprendente y rogando al escribano que siguiera con ella las palabras medio borradas.

—Esta carta está tan distante de contener ninguna amenaza, dijo, y la impresion que yo recibí con ella participó tan poco del temor y de la aversion, que fué hallada sobre mi corazon, donde la llevaba despues de ocho dias, aunque no habia confesado siquiera á Bernardo que la habia recibido.

—Pero no esplicais, le dijo el presidente, porqué, hará ya siete años, en los primeros tiempos de vuestra mansion al lado de Bernardo, estábais armada de un puñal que todas las noches colocábais debajo de vuestra almohada y que hicisteis afilar para un caso urgente de defensa.

—Mi familia, contestó ruborizada, se ha distinguido siempre por un espíritu bastante romancesco y por el carácter muy orgulloso. Verdad es que muchas veces tuve el designio de matarme porque sentia nacer en mí una inclinacion á mi primo invencible. Creyéndome ligada con compromisos indisolubles á Mr. de la Marche, hubiera muerto antes que faltar á mi palabra y antes que casarme con otro hombre que no fuese Bernardo. Más tarde Mr. de la Marche me devolvió mi palabra con mucha delicadeza y honradez, y ya no pensé en morir.

Edmunda se retiró acompañada de todas las miradas y de un murmullo de aproba-

cion. Apenas habia traspasado el umbral de la puerta del tribunal, se desmayó de nuevo, si bien esta crisis no tuvo consecuencias graves y no dejó huellas al cabo de algunos dias.

Estaba yo tan trastornado, tan embriagado con lo que acababa de sucederme, que se turbó mi vista y ya no ví lo que pasaba á mi alrededor. Reconcentrado en el único pensamiento de mi amor, dudaba sin embargo, porque si Edmunda no habia confesado todas mis faltas, podia muy bien haber tambien exagerado su indignacion hácia mí con el desig- nio de atenuar mis defectos. No podia creer que me hubiese amado antes de mi partida á América, y sobre todo en los primeros tiempos de mi residencia á su lado. Esta era la única idea que me ocupaba, y ya no me acordaba ni de la causa, ni del objeto de mi proceso. Parecíame que la cuestion agitada en aquel frio areópago era únicamente esta: *¿Es amado ó no es amado?* En esta sola frase estaban resumidos para mí el triunfo ó la derrota, la vida ó la muerte.

La voz del abate Auberto me sacó de tan tristes cavilaciones. Estaba flaco y macilento, pero lleno de calma; lo habian tenido incomunicado y habia sufrido todos los rigores de la prision con la resignacion de un mártir. A

pesar de todas las precauciones, el astuto Marcasse, hábil en deslizarse en todas partes como un huron, habia logrado poner en sus manos una carta de Arturo en la que Edmunda habia añadido algunas palabras.

Autorizado por esta carta á decirlo todo, prestó una declaracion conforme con la de Paciencia, confesando que á causa de las primeras palabras de Edmunda, despues del acontecimiento, me habia acusado, pero que viendo luego el estado de enagenacion de la enferma y acordándose de mi conducta intachable en más de seis años, sacando tambien alguna luz de los debates precedentes y de los rumores públicos sobre la existencia y presencia de Antonio Mauprat, se habia convencido demasiado de mi inocencia para querer declarar contra mí; y si ahora lo hacia era porque pensaba que el tribunal se hallaba ya bastante ilustrado con el suplemento de instruccion que acababa de hacerse, y que su deposicion no tendria las graves consecuencias que hubiera podido tener un mes antes. Interrogado sobre los sentimientos de Edmunda hácia mí, destruyó todas las invenciones de la dueña Leblanc, y declaró no solamente que me amaba Edmunda apasionadamente, sino que me habia amado desde los primeros dias de nuestra entrevista. Lo afirmó bajo jura-

mento, apoyando al mismo tiempo algo más sobre mis defectos que lo habia hecho Edmunda. Confesó que habia temido muchas veces que mi prima hiciese la locura de casarse conmigo, pero que jamás habia recelado por su vida, puesto que siempre la habia visto dominarme con una mirada ó una palabra, aún en la época de mi peor educacion.

Aplazóse la continuacion de los debates hasta ver el resultado de las pesquisas mandadas hacer para descubrir y prender al asesino. Se comparó mi proceso con el de Calas, y apenas esta comparacion cundió en todas las conversaciones, cuando mis jueces, viéndose hechos el blanco de mil inectivas, experimentaron por sí mismos que el ódio y la prevencion son malos consejeros y guias peligrosos. El intendente de la provincia se declaró campeón de mi causa y caballero de Edmunda, á quien acompañó en persona hasta dejarla al lado de su padre.

Puso en movimiento á toda la *marechausée*. Se trabajó con actividad hasta lograr la captura de Juan de Mauprat. Cuando él se vió preso y amenazado entregó á su hermano y declaró que se le hallaria todas las noches refugiado en la Roca de Mauprat, y oculto en un cuarto secreto, donde la mujer del co-

lono le ayudaba á encerrarse sin saberlo su marido.

El trapense fué conducido con buena escolta á la Roca de Mauprat, á fin de que revelase el cuarto secreto á donde jamás pudo llegar Marcasse á pesar de su habilidad exploradora.

Tambien me mandaron que fuese yo para ayudar á encontrar este cuarto, ó los pasillos que conducian á él, para el caso en que el trapense desistiese de la sinceridad de sus intenciones. Volví, pues, á ver otra vez aquel castillo detestado, con su antiguo gefe de bandidos transformado en trapense. Mostróse tan humilde y adulator conmigo, hizo tanto desprecio de su hermano y me mostró una sumision tan vil, que lleno de hastío y repugnancia le supliqué al cabo de algunos instantes que no me dirijiese la palabra. Custodiados por la tropa, procedimos á verificar las pesquisas necesarias para hallar el escondite. Juan habia dicho desde el principio que le constaba que existia este cuarto, aunque sin saber su situacion exacta, desde que el castillo se hallaba destruido en sus tres cuartas partes.

Cuando me vió, se acordó de que le habia sorprendido en mi cuarto, y que habia desaparecido por la pared. Resignóse, pues á con-

ducirnos y mostrarnos el secreto que era muy curioso, y cuya descripcion no me detendré en haceros. Abrióse el cuarto secreto, pero no se encontró en él á nadie, sin embargo de haberse verificado la expedicion con prontitud y misterio. Como no parecia probable que Juan hubiese tenido tiempo para prevenir á su hermano, se rodeó de soldados el castillo y se custodiaron bien todas las salidas. La noche era oscura y nosotros habiamos hecho una invasion que habia llenado de espanto á todos los habitantes de la quinta.

El colono no comprendia qué era lo que buscábamos; pero la turbacion y la angustia de su mujer parecian asegurarnos la presencia de Antonio en el castillo. Ella no tuvo el suficiente valor para aparentar un aire tranquilo cuando exploramos la primera pieza, y esto hizo sospechar á Marcasse que debería haber otra oculta. ¿El trapense tenia de ella conocimiento y finjia ignorarlo? Representó tan bien su papel que á todos nos engañó.

Fué preciso registrar de nuevo hasta los menores rodeos y rincones de las ruinas. Una gran torre aislada de todo el edificio no podia al parecer ofrecer ningun refugio, pues la caja de la escalera habia quedado totalmente destruida desde el incendio, y no se hallaba escala bastante larga, ni aun atando con cuer-

das todas las de la quinta, para llegar al último piso que parecia bien conservado y contener una pieza alumbrada por dos troneras. Marcasse dijo que podia hallarse una escalera en el espesor del muro, como las que hay en muchas torres antiguas. Pero, ¿dónde estaba la salida? Tal vez en algun subterráneo. ¿El asesino se atreveria á salir de su escondite mientras estuviésemos allí? Si á pesar de la noche oscura y del silencio que guardábamos, se apercibia de nuestra presencia, ¿se aventuraria á salir al campo mientras permaneciéramos apostados, como estábamos, en todos los puntos? Esto no es probable, dijo Marcasse, es menester hallar un medio pronto de llegar allá arriba y veo uno. En seguida mostró una viga ennegrecida por el fuego, que unia la torre, en una altura espantosa y sobre una estension de cerca de veinte piés, á los graneros del edificio contiguo. Al extremo de esta viga en el flanco de la torre habia una ancha grieta, formada por el hundimiento de las partes contiguas.

En sus investigaciones, creyó Marcasse haber visto por entre esta grieta los peldaños de una escalera. El muro además tenia el espesor necesario para contenerla. Jamás habia osado el cazador de topas arriesgarse á subir sobre esta viga, no á causa de su tenuidad y eleva-

cion, pues estaba acostumbrado á estas peligrosas *travesías*, como él las llamaba; pero la viga estaba quemada y tan adelgazada por el medio que era imposible saber si resistiria el peso de un hombre, aunque fuese esbelto y diáfano como mi bravo sargento. Hasta entonces ninguna consideracion se habia presentado bastante importante para esponer la vida en semejante experiencia; pero se ofreció en aquel momento, y Marcasse no vaciló. Yo no estaba á su lado cuando concibió su designio, pues se lo hubiera impedido á toda costa, y no me apercibí de su ejecucion hasta que Marcasse se halló en medio de la viga, en el mismo sitio en que la madera calcinada no era tal vez más que un carbon.

¿Cómo podré esplicaros lo que experimenté al ver á mi fiel amigo de pié, en los aires, marchando con gravedad hácia su objeto? Tejon iba delante de él con tanta tranquilidad como si hubiese tratado de ir, como en otro tiempo, por entre montones de heno, para cazar las garduñas ó los lirones. El día apuntaba ya, y dibujaba en el sombrío espacio la silueta afilada y el reposado continente del hidalgo. Involuntariamente llevé mis manos á la cara, y pareciéndome oír crugir la viga fatal, sofoqué un grito de terror, temeroso de turbarlo en aquel momento solemne y decisivo; pero no

pude contener este grito, ni impedirme levantar la cabeza cuando oí el ruido de dos tiros que salieron de la torre. Al primero cayó el sombrero de Marcasse, y el segundo casi le tocó un hombro. Paróse por un momento, pero en seguida nos gritó:—No me ha tocado, y tomando carrera, salvó pronto el resto de su puente aéreo, penetró en la torre y lanzándose en la escalera gritaba:—Animo, amigos, la viga está sólida.

Al punto cinco hombres atrevidos y vigorosos, que le acompañaban, se pusieron á caballo sobre la viga ayudándose con las manos, y llegaron uno á uno al otro extremo. Cuando el primero de ellos penetró en el granero donde se habia retirado Antonio de Mauprat, lo halló empeñado en descomunal batalla con Marcasse, quien exaltado al principio con su triunfo y olvidando que no se trataba de matar al enemigo, sino de prenderlo, creyó de su deber mecharlo como una comadreja con su larga tizona. Pero el falso trapense era un enemigo temible. Habia arrancado la espada de manos del sargento, lo habia derribado al suelo, y tal vez lo hubiera ahogado si no se hubieran echado encima de él por detrás, y aunque resistió con una fuerza prodigiosa á los tres primeros agresores, se logró vencerle con el auxilio de los otros dos. Cuando se vió co-

gido, no opuso más resistencia, y se dejó atar las manos para bajar la escalera que iba á parar al fondo de un pozo seco, que habia en el centro de la torre. Antonio acostumbraba bajar á este pozo y salir de el por medio de una escala que le alargaba la muger del colono, y que retiraba inmediatamente. Enajenado de gozo me arrojé en los brazos del sargento.

—No es nada, me dijo, esto me ha divertido. He conocido que tenia aun las piernas seguras y la cabeza fria. Eh! eh! viejo sargento! añadió mirándose las piernas, viejo hidalgo! viejo cazador de topos! no se burlarán ya tanto de tus pantorrillas.

XVI

Si Antonio de Mauprat hubiese sido un hombre enérgico, habria podido hacerme muy mala partida, suponiéndose testigo del asesinato cometido por mí en la persona de Edmunda. Como para ocultarse tenia razones anteriores á este último crimen hubiera explicado el misterio en que se envolvía, y su silencio sobre el acontecimiento de la torre de Gazeau. Yo no contaba más que con el testimonio de Paciencia. ¿Hubiera bastado para absolverme? ¿Tantos otros y aún los de mis amigos y hasta el de Edmunda, que no podia negar mi carácter violento, y las probabilidades de mi crimen no estaban contra mí? Pe-

ro Antonio, el más insolente en palabras de todos los *Corta-piernas*, era el más cobarde cuando se trataba de obrar. Apenas se vió en poder de la justicia, lo confesó todo, aun antes de saber que su hermano le habia abandonado.

Hubo escandalosos debates en que los dos hermanos se atacaron mutuamente de una manera infame. El trapense, siempre contenido por su hipocresía, abandonaba friamente al asesino á su suerte, y se defendia declarando que jamás le habia dado el consejo de perpetrar el crimen; el otro, exasperado, le acusó de haber cometido los más horribles atentados, el envenenamiento de mi madre y de la de Edmunda, que habian muerto casi simultáneamente, de una violenta inflamacion de entrañas.

—Juan de Mauprat era, decia, muy hábil en el arte de preparar los venenos, y se introducía en las casas bajo diferentes disfraces, para mezclarlos con los alimentos.

Aseguró que el día en que Edmunda habia sido conducida á la Roca de Mauprat, habia reunido á todos sus hermanos para deliberar con ellos sobre el medio de desembarazarse de esta heredera de una fortuna considerable, fortuna para cuya usurpacion habia trabajado mucho, valiendose de medios criminales, tra-

tando de destruir los efectos del matrimonio del caballero Huberto.

Mi madre habia pagado con su vida el cariño que habia movido á este último á querer adoptar al hijo de su hermano. Todos los Mauprat querian desembarazarse de Edmunda, y de mí á un mismo tiempo, y Juan disponia ya el veneno, cuando la *marechausée* vino á distraerles de este horrible designio. atacando el castillo.

Juan rechazó estas acusaciones con horror, diciendo humildemente que aunque confesaba haber cometido muchos pecados mortales en su vida licenciosa é irreligiosa, nadie podia imputarle el crimen que su hermano le atribuia.

Como era muy difícil admitir sin exámen semejantes acusaciones de boca de Antonio, y este exámen era casi imposible y el clero demasiado poderoso é interesado en impedir este escándalo para permitirlo, Juan de Mauprat quedó descargado de la acusacion de complicidad, y solamente se le envió á la Trapa, con prohibicion del arzobispo de volver á poner los piés en la diócesis, é invitacion á sus superiores para que no le dejasen salir jamás de su convento.

Allí murió pocos años despues en las angustias de un arrepentimiento exaltado, que te-

nia el carácter de una verdadera enagenacion. Es verosímil que á fuerza de fingir remordimientos, para llegar á una especie de rehabilitacion social, habia concluido, despues de haber visto frustrados sus proyectos, por sentir, en el seno de las austeridades y castigos terribles de su órden, el terror y las angustias de una mala conciencia, y de un tardio arrepentimiento. El miedo del infierno es la única fé de las almas viles.

Apenas me ví absuelto, rehabilitado y en libertad, corrí al lado de Edmunda; llegué para asistir á los últimos momentos de mi tío, que recobró poco antes de morir, no la memoria de los sucesos, sino la del corazon. Me reconoció, me estrechó contra su pecho, me bendijo al mismo tiempo que á Edmunda, y puso mi mano en la de su hija.

Despues que tributamos los últimos deberes á este escelente y noble pariente, cuya pérdida nos fué tan dolorosa como si no la hubiésemos previsto y esperado hacia largo tiempo, abandonamos por algunos meses el país, á fin de no ser testigos de la ejecucion de Antonio, que fué condenado al suplicio de la rueda. Los dos falsos testigos que habian declarado contra mí fueron azotados y espulsados de la provincia. La dueña Leblanc, á quien no se podia acusar precisamente de falsos testimonios,

porque sólo había obrado por induccion, se puso á salvo de la indignacion pública y se fué á vivir á otra provincia con demasiado lujo para que no despertase el fundado temor de haber recibido sumas considerables para perderme.

No quisimos separarnos ni aun momentáneamente de nuestros buenos amigos y únicos defensores Marcasse, Paciencia, Arturo y el abate Auberto. Montamos todos en el mismo coche de camino; los dos primeros, habituados al aire ilbre, ocuparon voluntariamente el asiento exterior, y los tratamos bajo el pié de la más perfecta igualdad, pues jamás desde entonces tuvieron otra mesa que la nuestra, lo cual no dejó de ser censurado por muchas personas á quienes dejamos hablar, respetando su ridícula preocupacion. Hay circunstancias que borran radicalmente todas las distancias imaginarias ó reales del rango y de la educacion.

Visitamos la Suiza. Arturo juzgaba este viaje necesario al restablecimiento completo de Edmunda; los cuidados tiernos é ingeniosos de este amigo desinteresado, la felicidad de que nuestro cariño procuró rodear á Edmunda, no contribuyeron menos que el hermoso espectáculo de las montañas á desterrar su melancolía y á borrar el recuerdo de las

tempestades que acabábamos de sufrir. La Suiza produjo en el cerebro poético de Paciencia un efecto mágico. Frecuentemente se exaltaba tanto su imaginacion que nos encantaba y asustaba á la vez. Tuvo deseos de mandar construir una casita en el fondo de algun valle, y pasar allí el resto de sus dias en la contemplacion de la naturaleza; pero el cariño que nos profesaba le hizo renunciar á este proyecto.

Marcasse declaró más tarde que á pesar del gran placer que habia experimentado en nuestra compañía, consideraba este viaje como la época más funesta de su vida. A nuestro regreso, en la posada de Martigny, el pobre Tejon, cuya edad avanzada hacia difíciles las digestiones, murió victima de la acogida demasiado buena que habia recibido en la cocina. El sargento no dijo una palabra; le contempló largo rato con aire triste, y lo enterró en el jardin bajo el rosal más hermoso, y hasta un año despues no nos habló de su profundo dolor.

Durante este viaje Edmunda fué para mí un ángel de bondad y de ternura; entregándose ya á todas las inspiraciones de su corazon, no abrigando desconfianza alguna contra mí, me confirmó mil veces las dulces protestas de amor que me habia dado en públi-

co, cuando alzó la voz para proclamar mi inocencia.

Confieso sin embargo que por mucho tiempo dejaron una profunda huella de dolor en mi corazón las reticencias que había usado en su declaración y el recuerdo de las palabras acusadoras que se le habían escapado cuando Paciencia la encontró herida. Pensé, y tal vez con razón, que Edmunda había hecho un grande esfuerzo para creer en mi inocencia antes de las revelaciones de Paciencia; pero se esplicó siempre con mucha delicadeza y alguna reserva sobre este particular. Sin embargo, un día cerró la herida diciéndome con su tosquedad encantadora:

—¿Y si te he amado bastante para absolverte en mi corazón y defenderte delante de los hombres á costa de una mentira, qué tienes que decir?

Lo que no me importaba menos era saber hasta qué punto era cierto que me había amado desde los primeros días de nuestras relaciones; pero turbándose ella un poco, como si en su invencible orgullo hubiese echado de menos la celosa posesion de su secreto, dejó al abate el cargo de hacerme su confesion, y asegurarme que en ese tiempo había reprendido á Edmunda frecuentemente su inclinacion al *niño salvaje*. Como yo le espusiera por

objeccion la conversacion confidencial que habia sorprendido una tarde en el parque entre Edmunda y el, y yo le referí con la gran exactitud de memoria que poseo, me contestó:

—Si nos hubiéseis seguido un poco por entre los árboles, habríais oído aquella misma tarde una disputa que os hubiera tranquilizado y explicado, cómo de antipático, aún casi odioso que érais para mí llegásteis á serme soportable primero, y poco á poco querido hasta el más alto grado.

—Contadme esclamá: ¿de dónde procede ese milagro?

—De una palabra sola, respondió el abate; Edmunda os amaba. Cuando ella me lo confesó, cubrió su rostro con ambas manos, y permaneció un instante como abrumada de vergüenza y pesar; en seguida levantando de repente la cabeza:—¡Pues bien! sí, exclamó, le amo; puesto que quereis saberlo de una vez, os diré que teneis razon: estoy perdidamente enamorada como decís. No es un delito amar; ¿porqué he de avergonzarme? Tampoco ha estado en mi mano evitarlo; ha sucedido fatalmente. Jamás he amado á M. de la Marche, ni le he profesado más que una amistad sincera, muy diferente por cierto del sentimiento que ha llegado á inspirarme Bernardo, porque

es un sentimiento tan fuerte, tan variable, tan lleno de agitaciones, de ódio y temor, compasion, cólera y ternura, que no comprendo nada de lo que me pasa, ni procuro ya comprenderlo.

—¡Oh muger! exclamé consternado juntando las manos, eres un abismo, un misterio, y muy insensato el que cree conocerte.

—Como gustéis, abate, replicó Edmunda con una resolucion llena de despecho y turbacion, me es indiferente que penseis lo que queerais. Sobre este particular me he dicho á mí misma más de lo que podeis haber dicho á todas vuestras hijas de confesion en el largo discurso de vuestra vida. Sé que Bernardo es un oso, un tejón, como dice el aya Leblanc; un salvaje, un záfio, ¿qué más? Nada hay más aspero, más espinoso, más solapado, más malo que Bernardo; es un bruto que apenas sabe escribir su nombre; es un hombre grosero que cree domarme como á una hacanea de la Varenne; se engaña mucho; preferiré morir á pertenecerle, á menos que para casarse conmigo no se civilice.

Pero esto seria un milagro y yo lo intento sin esperanza. No importa, aunque me obligue á matarme ó entrar en un convento, que continúe tal como es ó se haga peor, no será menos cierto que le amo, y que le amo con pa-

sion. Mi querido abate, bien sabeis lo que debe costarme haceros semejante confesion; pero por lo mismo no debeis, al verme postrada á vuestros piés como humilde penitente depositando en vuestra amistad los íntimos secretos de mi alma, humillarme con vuestras exclamaciones y exorcismos. Reflexionad ahora, examinad, discutid, decidid. Hé aquí el mal: ¡yo le amo! Hé aquí los síntomas: yo no pienso más que en él, yo no veo más que á él; y yo no he podido comer hoy porque no ha estado á mi lado. Creo que es el hombre más hermoso del mundo; cuando me dice que me ama, veo, conozco que es verdad; esto me ofende y me encanta al mismo tiempo. M. de la Marche me parecia empalagoso y frio desde que conocí á Bernardo. Bernardo solo me parece tan orgulloso, tan colérico, tan atrevido como yo, porque llora como un niño cuando le irrito, y hé aquí que yo tambien lloro al pensar en él.

—Querido abate exclamé yo lanzándome á su cuello, cuán feliz soy y que agradecido os estaré siempre por haberos acordado de todo eso.

—El abate exagera, dijo Edmunda con malicia.

—Y qué, le dije estrechando sus manos fuertemente, me habeis hecho sufrir siete años, y

os arrepentis hoy de haber pronúnciado tres palabras que me consuelan...

—No, no debemos arrepentirnos de lo pasado; nos hubiéramos perdido miserablemente los dos, si, tal como eras en aquel tiempo, no hubiera yo tenido juicio y valor para ambos. ¡Dónde estaríamos hoy, gran Dios! Habrias tenido que sufrir todo el peso de mi carácter severo y orgulloso, porque me habrias ofendido desde el primer dia de nuestra union y te habria castigado abandonándote, ó dándome la muerte ó matándote á ti mismo, porque ya sabes que en nuestra familia se acostumbra á matar desde la infancia. Lo que hay de cierto es que habrias sido un marido detestable, que me habrias avergonzado con tu ignorancia, que habrias querido oprimirme, y nuestro matrimonio entonces hubiera sido un infierno. Esto hubiera causado la desesperacion y la muerte á mi padre, y bien sabes que para mí era mi padre antes que nada. Hubiera tal vez arriesgado fácilmente mi propia suerte, si hubiese estado sola en el mundo, porque tengo un carácter temerario; pero mi padre *debía* ser feliz y respetado: habíame educado en la felicidad y en la independenciam, y jamás me hubiera reconciliado conmigo misma si hubiera privado á su vejez de los bienes que habia derramado sobre toda mi vida,

No creo que sea virtuosa y grande, como dice el abate; pero amo, y amo con vehemencia, con esclusion, con perseverancia. Te he sacrificado á mi padre, querido Bernardo, y el cielo que nos hubiera maldecido si hubiese sacrificado á mi padre, nos recompensa hoy, entregándonos probados é invencibles el uno al otro. A medida que has crecido á mis ojos, he conocido que podia esperar, porque tenia que amarte largo tiempo y temia ver desvanecida mi pasion antes de haberla satisfecho, como sucede á las pasiones de las almas débiles. Eramos dos caracteres de escepcion, necesitábamos amores heróicos, y nos hubiéramos parecido uno á otro muy malos, amándonos como se aman las almas vulgares.

XVII

Al terminarse el luto de Edmunda, época fijada para nuestro casamiento, nos volvimos á San Severo. Cuando abandonamos esta provincia, donde ambos habíamos experimentado tantos disgustos y desgracias, creimos que jamás llegaríamos á sentir la necesidad de regresar á ella, y sin embargo, es tal la fuerza de los recuerdos de la infancia y el lazo de los hábitos domésticos, que en el seno de un país encantador y que ninguna amargura nos recordaba, habíamos echado de menos á nuestra Varenne triste y salvaje y suspirado por los añosos árboles de nuestro parque. Entramos

pues, en él con una alegría profunda y respetuosa.

El primer cuidado de Edmunda fué coger las más hermosas flores del jardín, é ir á depositarlas de rodillas sobre el sepulcro de su padre. Besamos aquella tierra sagrada é hicimos el juramento de trabajar incesantemente por dejar un nombre respetable y venerado como el suyo, pues sabido es que el caballero habia llevado esta ambicion hasta la debilidad; pero debilidad noble y santa, digna de respeto.

Celebróse nuestro matrimonio en la capilla de la aldea, y á nuestro banquete de boda sólo asistieron Arturo, el abate, Marcasse y Paciencia. ¿Qué necesidad teniamos de espectadores estraños á nuestra felicidad? Tal vez hubieran creido hacernos una gracia viniendo á cubrir con su importancia las manchas de nuestra familia. Nos bastábamos á nosotros mismos para estar contentos y ser felices. Nuestros corazones abrigaban tantas afecciones, cuantas podian contener. Eramos demasiado orgullosos para solicitar la amistad de nadie y demasiado satisfechos unos de otros para aspirar á ninguna cosa mejor. Paciencia volvió á su cabaña, y rehusando siempre hacer la menor alteracion en su vida sóbria y retirada, volvió á tomar en ciertos días

de la semana sus funciones de *gran juez y tesorero*.

Marcasse permaneció en mi compañía hasta su muerte, que acaeció hácia fines de la revolucion francesa: creo que le pagué su lealtad y sincera adhesion con un cariño ilimitado y una amistad franca y desinteresada.

No os contaré la felicidad que gozé con mi noble y generosa Edmunda, desde el dia de nuestra union. Años como aquellos no se refieren muchos; ni hay hombre que, despues de haberlos perdido, pudiera decidirse á vivir, si no hiciera todos sus esfuerzos para no recordárselos demasiado.

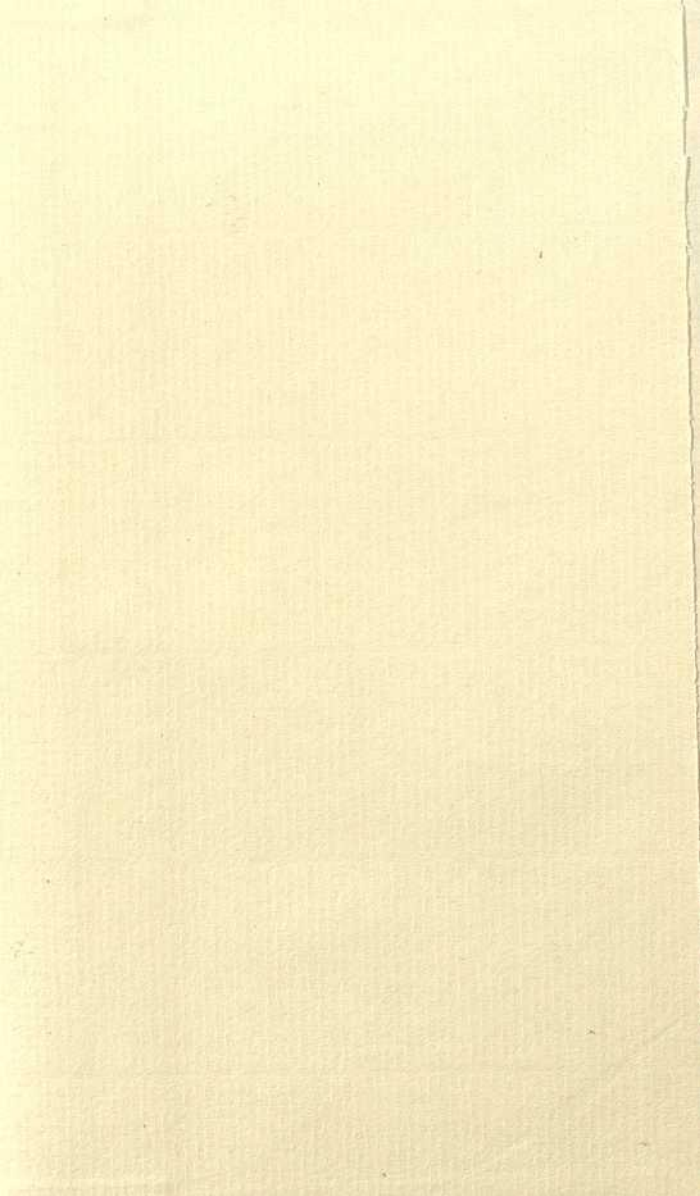
Dióme ella seis hijos de los cuales cuatro viven todavía y se hallan ventajosa y honradamente establecidos. Me lisonjeo de que acabarán de borrar la memoria deplorable de sus antepasados. He vivido por ellos y para ellos, porque tal fué la órden espresa que me dió Edmunda en su lecho de muerte. Permitidme que no os hable de otra manera de esta pérdida que estoy llorando hace solamente diez años; porque la siento tanto como el primer dia, y no trato de consolarme, sino de hacerme digno de reunirme en un mundo mejor, despues de habercumplido mi tiempo de prueba, con la santa compañera de mi vida. Ella ha sido la única muger que he amado; jamás

ninguna otra ocupó mi pensamiento, ni atrajo mis miradas; porque tal es la naturaleza de mi carácter; lo que amo, lo amo eternamente, en el pasado, en el presente y en el porvenir.

Las tempestades de la revolucion no destruyeron nuestra existencia, y las pasiones que encendió no turbaron nuestra felicidad doméstica, y abandonamos con gran resignacion, creyendo hacer un justo sacrificio, la mayor parte de nuestros bienes á las leyes de la república.

El abate, aterrado con tanta sangre vertida, renegó á veces de su religion politica, cuando las necesidades de la época sobrepusieron á la fuerza de su alma. El fué el Girondino de la familia.

Edmunda tuvo más valor sin tener menos sensibilidad; mujer y compasiva, sufrió profundamente al ver las miserias de todos los partidos, lloró todos los males de su siglo; pero jamás despreció la grandeza santamente fanática. Permaneció fiel á sus teorías de igualdad absoluta. En la época en que las actas de la Montaña irritaban y desesperaban al abate, le hizo generosamente el sacrificio de sus arranques patrióticos, y tuvo la delicadeza de no pronunciar jamás delante de él ciertos nombres que le hacian estremecer, y





FAN
XIX
512